

MENUDENCIAS

~~~~~

**COLECCIÓN DE NOVELITAS,**

BOSQUEJOS, REVISTAS, ETC.

**ESCRITOS**

POR

**EDUARDO FERNANDEZ**

(RECTA)

~~~~~

PRECIO:

Una peseta 25 céntimos

~~~~~

**OVIEDO**

IMPRESA DE FLOREZ PINTADO Y COMPAÑIA

CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 10

—  
1884

MEMORIAS

COMUNICACION DE LA

REUNION DE LA

COMISION

DE

EDUARDO FERNANDEZ

(RECTA)

PRECIO

En el presente

DE

EDUARDO FERNANDEZ



8  
447

7-1.3-9

# MENUDENCIAS

~~~~~

COLECCIÓN

DE

ARTÍCULOS Y REVISTAS

PUBLICADOS

EN DIVERSOS PERIÓDICOS

POR

EDUARDO FERNANDEZ

(RECTA)

~~~~~

OVIEDO

IMPRENTA DE FLOREZ PINTADO Y COMPAÑIA

CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 10

1884



R. 2793

Es propiedad. Queda  
hecho el depósito que  
marca la ley.



---

## A LOS LECTORES.

---

**N**ADA ménos que el nombre y apellido, y además el pseudónimo con que me bautizó un amigo querido, y que usé en todos mis artículos de colaboración en un diario importante de esta localidad, estampo al frente de la portada..... Bien merece tamaño atrevimiento una explicación. De otra suerte pudiera entenderse que yo abrigo la vanidosa creencia de que soy un escritor de cuerpo entero y de *cartel*, y que en ese sentido me expongo al respetable público; cosa de todo en todo fuera de mi ánimo, y esto lo saben los que me conocen; á los que nó, les ruego me crean bajo la fe de mi palabra, que es la de un hombre honrado, que no tiene por qué decir uno por otro, cosa que tampoco haría aún cuando tuviera *por qué*.

Pongo mi firma y mi apelativo de *campaña* por la sencillísima razón de que estos trabajos, hechos á la lijera y malos, y todavía peores que malos, deplorables, son producto de momentos perdidos, y por esto mismo, objeto preferente de mi cariño, con lo cual queda justificado mi deseo de verlos todos reunidos en una misma casa y bajo un mismo techo, y no consentir anden desperdigados por

esos periódicos, que dicho sea para hacer constar mi gratitud, los acogieron con amor, no obstante lo pobres de conceptos y de vestidura con que se presentaban.

Con lo dicho pudiera excusarme de seguir escribiendo y dar aquí por terminadas las presentes líneas; pero aún me queda adentro algo que decir, razón que me induce á no soltar la pluma todavía.

Esos trabajillos lijeros, superficiales, los más frívolos é insustanciales, fueron escritos en los momentos en que la enfermedad *literaria* intermitente que padecía estaba en su período álgido: en instantes tales, llenaba cuartillas sin meditación y sin estudio, y así salían ellas; es verdad que no hubieran salido mejores así pusiera el mayor cuidado.

Pues bien; como dije hace poco, reconociendo primero que nadie su ningún valor, y creyéndome ya curado de la susodicha enfermedad, cosa que me permite esperar que no cometeré más tentativas literarias en todo lo que me queda de vida, he formado la resolución de coleccionarlas en un tomo para que así puedan mortificarme mejor esos hijuelos desgarrados, canijos y un si es no es insolentes.

Debo manifestar también que, en este punto, quiero que la mortificación resulte completa, pues sólo así mi curación será de raíz; y al efecto, no hago una edición para mi uso particular, sinó para el público, con el fin de que todo el mundo pueda decir sobre mi atrevimiento y mi feo proceder lo que juzgue conveniente.

Como es probable que no falte quien desée leer este librito, aún cuando no sea más que por curiosidad ó por decirme cuatro frescas, que serán bien merecidas, me permito formular un ruego al respetable público. Miren ustedes, caballeros, eso de pedir libros á préstamo, como

pudieran solicitarse cinco duros para remediar alguna necesidad, es de muy mal efecto..... No lo hagan Vds.; les doy este consejo para su bien!... Reparen que es mucho más digno, más decoroso, hasta casi más patriótico llegar á cualquiera de las librerías donde estas **MENUDENCIAS** se hallan expuestas y adquirir un ejemplar..... con lo cual se favorece el cambio de productos, aumentan Vds. su hacienda y no molestan á los amigos..... Esto ensancha el ánimo..... y contribuye á reembolsarme á mí de los gastos de la edición, de grande importancia para este humilde servidor de Vds., que no es rico, y en buen hora lo diga.

Para terminar, manifestaré que, al coleccionar estos trabajos, no he seguido plan, ni método alguno, ni he dado preferencia á unos sobre otros.

Sin otra cosa por hoy, aprovecho esta ocasión para ofrecerme de Vds. muy rendido servidor Q. B. S. M.

EDUARDO FERNANDEZ.

Oviedo y Julio de 1884.

---



---

# NOCHE BUENA, NOCHE MALA.

## EPISODIO

### I

**M**AYA una noche, caballeros! Hacia lo alto el fondo era oscuro, mejor aún, negro: destacábase de ese fondo tal cual estrella, en la que se advertía cierto titileo muy parecido al temblor del paralítico: indudablemente, sentía frío. De las chimeneas, cuya silueta era apenas perceptible, escapábanse débiles penachos de blanco vapor que se agitaban ténue-mente y desaparecían: había por esas calles algo de niebla que hacía languidecer las luces de gas del alumbrado público, y corría una brisa..... que hacía volar á los transeuntes, rebujados hasta las cejas en sus abrigos.

Eran muy contadas las casas de las cuales no salían más ó ménos ruidosas manifestaciones de la alegría con que se festejaba el aniversario del Nacimiento del Hijo de Dios, venido á este pícaro é ingrato mundo á consumir el más sublime de los sacrificios para redimirnos del pecado. Alegres carcajadas, diálogos animadísimos, voces, choque de tenedores y cuchillos en los platos, los niños atronando la casa con los desacordes instrumentos que tañían, y luego tal cual guitarra, acompañando tal cual bandurria más ó ménos hábilmente manejadas, á las que hacían coro

panderetas, castañuelas.... ¡Qué se yó! Todo esto mientras llegaba la hora de la misa del gallo, que entónces sería ello.

## II

La familia de Alberto no podía ser indiferente á este general *desconcierto*, en que todo el mundo se salía de sus casillas, y cuenta que para que en la tal familia se hiciese un exceso, ya era preciso que el motivo fuera de la entidad del que relacionado queda; pues en ella todo era metódico, todo reglamentario, y por nada ni por nadie se salía de esto que era á modo de norma de vida de esta familia bienaventurada.

Componíase la misma del jefe, señor que andaba cerca de los setenta años, hombre chapado á la antigua, dado en sumo grado á la devoción, y que sentía resuelta malevolencia hácia todo lo que determinase un paso de avance en el camino del progreso. Para él la tierra era plana y estaba quieta como un muerto; el sol y los demás planetas, movíanse obedeciendo al secreto impulso que recibían del Supremo Hacedor; detrás de la bóveda azul estaba toda la córte celestial, y en el centro de la tierra el purgatorio y el infierno. Querer demostrarle otra cosa equivalía á intentar obtener el mayor de los imposibles.

Su biografía se condensaba en dos líneas: había sido siempre un hombre honradísimo, y, sin salir de la oscuridad en que viviera constantemente, había cumplido los difícilísimos deberes de buen hijo, excelente amigo y marido fiel, padre cariñoso y ciudadano integérrimo. En punto á la fidelidad matrimonial, consignaremos que se había casado tarde, unos cuarenta y ocho meses.... después de los cuarenta años de edad. Esto no es decir que si hubiera contraído ántes la sagrada coyunda no hubiera sido igualmente fiel.

Su mujer era una bendita señora en toda la extensión de la palabra. Como ya no había para qué, á nadie ocultaba su edad, y si bien cuando andaba para casarse decía que el que iba á ser su marido le "*llevaba*" veintitantos años, después resultó que no eran más que catorce. Esto lo contaba siempre que venía á cuento, y cuando no venía, también.

Hubo este matrimonio varios hijos, pero, excepto el prime-

ro, los demás se murieron sumiendo en el mayor desconsuelo á sus padres.

Dios se sirvió compensar las dolorosas pérdidas que en el transcurso de poco tiempo habían experimentado, dejándoles un tesoro.

### III

Alberto, ¡qué hijo de bendición! Los padres dudaban que fuese una realidad: más bien le creían un agradable sueño.

Estaba dotado de todas las condiciones que dignifican al hombre. Un corazón puro y sin mancha, con estímulos solamente para el bien; de sus labios jamás se escapaba una palabra mal sonante, ni en su cerebro cabía pensamiento que no fuera levantado. Trabajador asiduo, estudioso é inteligente, ganaba la subsistencia de sus padres, á favor de su honrado oficio, y cultivaba su espíritu con lecturas metódicas y bien combinadas. Se había apartado de cierta marcha que él no estimaba decente en el modo de conducirse de la generalidad de los de su clase, y algunos lo miraban mal. Él seguía su rumbo sin preocuparle las murmuraciones.

Era el sostén de la casa: en verdad que *puntales* así hay pocos.

Por lo demás, estaba dotado de una fisonomía dulce y simpática, y no carecía de gracia su figura.

### IV

Después de presentarles esta familia de vida honrada, sosegada y tranquila, les diré que estaban en los postres de la cena, en la cual, para los que no gustan de aguardar á que den las doce, paga el pato el besugo.

No eran solos á la mesa: dos ó tres parientes sin familia, que andaban desperdigados por esas posadas, habían sido invitados y comían, ó habían comido con regular apetito.

En el semblante de Alberto, todos advertían un aire regoci-

jado, como si la felicidad más completa le cubriera con su sombra protectora.

La madre le miraba con unos ojos.... vamos, con los que tenía; pero, ¡cuantas ternezas! ¡cuántos besos iban envueltos en aquella mirada! luego sonreía bondadosamente. El padre se hacía el desentendido y conversaba con los parientes; pero cuando creía que nadie lo notaba, le dirigía la visual sin detenerse, para no ser sorprendido en tal pecado.

Terminó la cena. La conversación se animó de sobremesa. Los convidados, personas de las cuales nada diremos, porque nada sabemos de las mismas, y además ningún interés nos inspiran, procuraron demostrar que sus estómagos, excelentemente tratados, eran agradecidos. El diálogo cobró viveza y en la frase había chistes de buena ley.

Por supuesto, que versó, en su mayor parte, sobre un suceso verdaderamente fausto en la familia, próximo á realizarse.

Cuando se tocaba este punto, Alberto se ponía colorado como la grana.

Lo cual equivalía á decir, que un color se le iba y otro se le venía; predominando en la posesión de las mejillas el rojo.

¿Qué era ello? ¡Bah! Eso no se pregunta. El mozo que no había estudiado para cartujo, había resuelto casarse, según lo manda la Santa Madre Iglesia y el Santo Concilio de Trento lo dispone, para lo cual había comenzado por escojer la más linda mujercita que vieron los nacidos. Y no se crea que Angeles, que así se llamaba la señora de los pensamientos de nuestro amigo, no tenía más cualidades recomendables que el palmito y su honradez. ¡Como que era tonto el mozo!.... Además era vividora, limpia, aseada, trabajadora, todas las labores de casa las hacía ella. Con que le trajesen el agua de la cercana fuente de vecindad, bastaba. ¿Qué más? El suelo de la modesta sala de recibir estaba bruñido: no había mejor espejo. Luego era modestísima y no gustaba de oír la menor alabanza de las múltiples buenas cualidades que poseía.

Los padres de Alberto, conocedores de todo, le ponderaban la elección y bendecían de antemano, con toda la efusión de su alma, el próximo enlace.

—Alberto, hijo mío, ya es hora de que vayas á visitar á nuestra futura hija Angeles —dijo la madre; —nó, no hay disculpas que valgan, ni vale disimular, estás impaciente; mira, pre-



gíntale á tu padre lo que le pasaba, y eso que no era pollo como tú, cuando me obsequiaba....

—Pues, nada,—dijo á media voz el viejo, sonriendo y llevando á la boca el cigarro.

—Nada, ¿eh? Y llegabas jadeante y hasta sudoroso como si hubieras querido devorar las distancias para llegar pronto á mi lado. —En fin, esa no es razón para que Alberto se esté aquí pudiendo de impaciencia.

—Al lado de Vds. estoy siempre como en el Paraíso.

—Vamos, crees que estás hablando con Angeles. Mira, sólo te ruego, que si vais á la Misa del Gallo, apénas termine, vengas para casa.

Ello es que Alberto, sin dejar de dar excusas, se levantó de su asiento, cojió el sombrero y la capa, se despidió de los parientes y de sus padres, y tomó la escalera tarareando una alegre canción.

## V

Para llegar á casa de Angeles no había necesidad de correr mucho, aun cuando hubiera empeño en pisar pronto aquellos umbrales. Vivía cerca. Se subía por una calle, se bajaba á la derecha por otra, se seguía de frente, y después, al extremo de una plazuela, se veía la claridad de una luz de esquisto en el portal: allí, en el segundo piso, vivía Angeles.

¿Quien es ese que ya sube la escalera, salvando los peldaños de dos en dos y tan agitado como si huyera de un peligro inminente, atropellando casi á dos muchachos de los varios que pedían el aguinaldo con atronador estruendo?

Pues, el amigo Alberto, para quien el mundo estaba concentrado en su novia.

La lluvia de denuestos que cayó sobre él, no es para contada, proferida por los pequeños postulantes que se despidieron de la dueña de la casa con un cantar harto depresivo, por haber tenido la inconcebible osadía de nó dárles el *aguinaldo*.

Nuestro amigo llegó á la puerta y encontró en ella álguien que le esperaba, sin más luz que la que se escapaba de la inmediata habitación.

—¡Adorada mía!

—¡Alberto!

Allá se notaba la misma alegría que en otras partes. En todas las familias cristianas se celebra de igual manera el natalicio del Redentor del mundo.

—Y Ángeles, ¿dónde está Ángeles?—preguntó una voz alegre de dentro.

Sonaron dos chasquidos de dos besos (que la algazara que reinaba entre los comensales no permitió oír), y, después, presentándose en escena, seguida de Alberto que afectaba todo el aire de un doctrino:

—Aquí estoy: Enrique— dijo dirigiéndose á un jóven que estaba sentado á la mesa, el cuál se apresuró á levantarse apenas vió llegar al recién venido—aquí tienes á Alberto.

Y se abrazaron.

Enrique era hermano de Ángeles y frisaría en la edad de su futuro cuñado.

Daríamos mayores proporciones á este episodio verídico acaecido la Noche Buena de mil ochocientos y tantos, de las que en realidad permite el número almanáque del *Porvenir de Asturias*, para el cuál fué escrito, diciendo todo lo bien que esta otra familia se merecía, y pintando siquiera fuera á grandes rasgos, á cada uno de sus individuos.

Sólo dirémos que eran seis á la mesa entre padres é hijos, y que á fuer de artesanos dignos, todos rendían culto al trabajo, á la honradez y al ahorro.

Añadirémos que la recepción hecha á Alberto fué tal y como éste se merecía, y que con un disimulo que no suelen tener clases más privilegiadas, la conversación se generalizó con abstracción absoluta de los novios que pudieron departir á sus anchas hasta la hora de ir á la Misa del Gallo.

¿Qué pasaba fuera entre tanto? La niebla se había convertido en agua menudísima, en chispas de agua, de esa que dicen de bobos y moja á todos. El piso se había puesto húmedo y había lodo por las calles.—El frío se hizo más intenso: de no ser Noche Buena no habría un alma fuera de casa, si se exceptúan las personas constituidas en autoridad, si bien en la menor cantidad posible de autoridad, como són los serenos, municipales y agentes de orden público.

Pero en ésta y á la hora en que escribimos, precisamente, cuando las campanas de la Catedral comienzan á *posar* para la

misa de media noche, se veía bastante concurrencia por ahí: había murgas, orquestas de ménos pretensiones, todavia las había de ménos, que consistían en coros de voces saturadas de alcohol, borrachos, y.... ¿como lo diré, Dios mio, para librarme de las censuras de insólito é intolerante Zoilo?—y mujeres, vamos, de vida más ó ménos *ventilada*.—Decir *airada* es pecado.

Todo eso, revuelto en confuso tropel, penetró en la santa iglesia tan luego como abrió sus puertas; se extendió por las naves, se apoderó de los confesonarios, á pesar de la vigilancia que se ejercía, se arrodilló, ó sentó, ó reclinó, adoptando la postura que mejor le cuadraba, que era siempre la ménos reverente, dijo chistes chocarros, profirió blasfemias, requirió de amores, profanó, en fin, impiamente y de distintos modos el sagrado lugar en que se hallaba.

Poco á poco, y en bien exíguo número por cierto, comenaron á entrar las familias en cuya alma anidaba la más acendrada devoción, personas que se identificaban con el ministerio que se iba á consumir.... ¿Quiénes són aquellas dos mujeres cuidadosamente rebujadas en sus abrigos que penetran en el santuario y se detienen esperando algo? Ya las conocemos: los que las siguen se desembozan y avanzan á la pila ofreciéndoles el agua bendita. Uno es Alberto, otro Enrique, y, conocidos estos dos, nos excusaremos decir el nombre de las recién llegadas.

Apénas se arrodillaron en la inmediata capilla, comenzó la misa: sonaron los órganos, cantó el gallo, de la música que salía del coro la había profana, y tanto como que se oyeron cantos populares cuya letra era bien subida de color; pero como la letra no *sonaba*, el caso no tenía una importancia tan pecaminosa.

Rezaron nuestros amigos: de muy pocos puede decirse como de ellos que *asistieron* á la Misa del Gallo, y ántes que toda la basura que hemos citado pudiera atropellaries á la salida, abandonaron el templo trasladándose á su casa.

Subieron las personas mayores y Enrique: Ángeles y Alberto se quedaron á la puerta.—Se dijeron mil ternezas, agotaron el vocabulario de los enamorados; á los frecuentes llamamientos que de arriba hacían á Ángeles, contestaba ésta con un: ¡Ahora voy!... Y efectivamente, no iba. El tiempo volaba. Del reloj de la torre escaparon cuatro sonoras campanadas, después de breves segundos una de un tímbre más claro.—¡La una de la madru-

gada!— ¡Adios, amor mio, hasta mañana, es decir, hasta después, si Dios quiere!— Adios, Alberto.

Dios me perdone, pero creo que ántes de cerrarse la puerta de la calle sonaron dos besos.

## VI

Se oía rasgueo de bandurrias y guitarras que avanzaba y algunas voces que cantaban peteneras, en cuyas voces se advertía el estado de perturbación en que se encontraban los cerebros de los concertistas.—Alberto se embozó y esperó.

Llegaron: eran seis hombres borrachos, como cubas. De pronto, no se sabe por qué. (¿quien es capaz de averiguar por qué se pelean los beodos?), sin que mediara disputa, acaso por la intención de algún cantar, uno de los guitarristas deshace el instrumento que tenía, sobre la cabeza de un compañero. La lucha se generaliza enseguida, y Alberto, guiado por un generoso impulso de su corazón, arroja al suelo la capa y se mete á poner paz en los contendientes.

La lucha fué breve. Alberto lanza un grito doloroso, avanza dos pasos y cae pesadamente al suelo sin proferir una palabra más: había sido herido en el corazón y su muerte fué instantánea. Los criminales huyeron consumada la bárbara hazaña, realizada también inconscientemente, porque ¿qué sabe un borracho por qué hiere, ni por qué maltrata al compañero, ni por qué realiza muchas acciones brutales impulsado por la bebida?

Cuando amaneció, los transeúntes se detuvieron asustados ante un cadáver, al pié del cual había una pequeña navaja y trozos de guitarra....

Al día siguiente, el periódico de más circulación de la localidad, publicó la siguiente gacetilla:

*Noche buena, noche mala.*—Para amanecer ayer, apareció en la plazuela de la Mala Estrella el cadáver de un hombre, de unos veintiseis años de edad. Tenía una herida en el corazón, que fué la que le produjo la muerte en el acto. Decíase en el lugar del suceso que la muerte había sido la consecuencia funesta de una cuestión promovida por el exceso del alcoholismo á que irreflexivamente se entregan algunos jóvenes en esa noche. También se

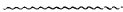
decía que el individuo mencionado era el sostén de su honrada familia y que estaba para contraer matrimonio con una agraciada jóven al pié de cuya vivienda murió. ¿Relacionárase el suceso con alguna cuestión de celos, y el jóven sería víctima de la saña de ignoto rival? Eso es lo que no hemos podido averiguar.

Constituido el juzgado, procedió á levantar el cadáver, que fué trasladado al Hospital, desde cuyo punto, después de practicada la autopsia, será conducido al cementerio general.

Deploramos sinceramente tan criminal hecho.

PORVENIR DE ASTURIAS.

26 de Diciembre de 1883.



---

---

## EL PREMIO GORDO.

---

**S**INO fuera porque había de resultar cursi tronar en las presentes circunstancias contra el juego de la lotería que el Gobierno sostiene, levantaríamos nuestra voz contra ese juego de azar, en el cual, seducidos por el cebo pécido de una ganancia que nunca llega, los *puntos*, es decir, todos los españoles y no pocos vecinos de extramuros, sueltan bonitamente los cuartos y se quedan poco á poco en cueros vivos para que engorde el banquero, que es el único, como resulta siempre, que se chupa la *breve* en toda su integridad: á lo sumo arroja á alguno de aquéllos un residuo, exíguo y mísero, para que no sobrevenga la escama y la dispersión general, cosa que no sucedería porque, ya lo dijo el latino: el número de *estultos* es infinito, y en ese número nos encontramos también nosotros por la gracia de Dios.—Jugaríamos aún cuando se nos hiciesen las jugadas más perras que puede concebir la avisada imaginación del tahúr más redomado, y así nos ofrecieran *cuarenta y nueve mil novecientas noventa y nueve* probabilidades... de perder y una sola de alcanzar la supradicha *colilla*, que es ni más ni menos lo que ahora sucede.

Metidos en ese terreno, es posible que nos atreviéramos á más. ¿Por qué nó? Cuando el Prior juega á los naipes, lícito es permi-

tir á los reverendos algún desahogo análogo. En tal supuesto ¿por qué, lejos de perseguir las bancas particulares, no se las autoriza debidamente y reglamenta, estampando en este documento el artículo *caduca al año* de la instrucción que vemos en los décimos de la lotería nacional? Debiera publicarse con la variante siguiente: en vez de premios se diría: Las *puestas* ganadas y no recojidas en el acto por el *punto* ó por el *levantador de muertos* numerario, caducan al año ó ántes, si el banquero hubiere menester de ellas, cosa que es segura, porque esos señores andan en todos tiempos *alampados* por dineros. Y los que no somos banqueros, también: Conste.

De todo lo dicho resulta que condenamos todo lo que podemos, por más que juguemos como unos condenados, la lotería nacional, ese tapete verde que rodeamos todos los españoles y que preside el Gobierno. Y no hay que hablar de estas ó de las otras escuelas políticas; todas ellas, incluso las más avanzadas pasaron por aquellas esferas, y como iban á gusto en el *machito* (valga lo vulgar de la frase, en gracia de la mala intención que la dicta) sostuvieron el tal juego haciéndose sin duda para ello la filosófica reflexión de que *una cosa es predicar...* etc.

Pero, estamos en Riosa con los pastores (dicen que allí acuden en mayor número con sus ganados los de la provincia) y divagamos lindamente. ¡Combatir la lotería! ¿Habría locura? Es juego de azar: cierto. ¿Hay algo en la vida que no sea azaroso? Hablemos dos palabras no más del nacimiento. ¡Qué buenos lotes se cojen no pocos individuos al salir al mundo! Los envuelven en mantillas de blonda, los mecen en dorada cuna..... En cambio, aquel otro que en punto á méritos puede alegarlos iguales al anterior, es envuelto en harapos y arrojado al torno del Hospicio por mano despiadada. Al primero se le mimra, se le agasaja, se le rinde adoración desde la fecha de su partida de bautismo hasta la de su muerte:—al último se le desprecia ahora, se le desprecia después, hasta se le cubre de tierra con desprecio, y sucederá eso en tanto no desaparezcan ciertas preocupaciones sociales, que vivirán, porque lo que es contrario á todo sentido humano dura mucho.

¡El premio gordo! —Escribimos algunas horas ántes de la jugada; podemos por lo tanto exclamar, parodiando al loco del siglo cuya gloria vana tiene por base miles y miles de cadáveres: ¡Premio gordo! Con la vista puesta en los diez millones de

reales que ofreces, diez y nueve millones de españoles (contando los de casa y sus indias), dos ó tres de finchados portugueses y uno por lo ménos de franceses, te contemplan con tamaña boca abierta. ¡Mira bien á quién vas á favorecer este año! Cuenta que para muchos serás la ruina, la locura, la muerte. Se delira mucho estos días: todos los proyectos que se cifran contando contigo acusan la enfermedad de los cerebros. Aquél quiere arrojar los aperos de la labranza, y es de su opinión el de más allá que á su vez desca sepultar donde nunca jamás vuelva á verlos el martillo y el escoplo: el comerciante y el industrial dicen que no se puede con tantas gabelas, y esperan tu visita para retirarse á vivir de sus rentas. ¿Crees que está conforme con sus pleitos el abogado? Pues hazle una caricia, y verás. ¿Que está contento el oficinista que sirve á las órdenes de jefes que, más que como jefes, le consideran y aprecian como si igual suyo fuera? Mayor mentira: no está disgustado, porque ni es ingrato ni imbécil. Pero favorécele tú, y juro que le falta tiempo para despedirse de aquellos buenos señores todo lo más cortésmente que le permita su azoramiento.... ¿Hombre, qué mas? ¿Ves aquel *zarramplin*? Está bien: vive como un señor; es jóven, gana para sí, su familia, sinó anda sobrada, tampoco le ostiga.... y además está soltero que es una ganga (al decir de los cofrades de S. Márcos, á los cuales creemos sin que nos lo juren). ¿Lo vés? Pues te aseguro que piensa en ti estos días más que en la novia, sólo con el propósito de casarse. ¡Figúrate, si el diablo, que goza con la desgracia agena, te mete en su bolsillo!... Finalmente, chico, añadimos para terminar, contigo no va la dicha; creo sinceramente que eres nuncio seguro de desgracias; y, si bien he jugado dominado por la general locura, te desprecio y deseo con las veras de mi alma que no te inclines al número que más dinero me llevó, ni á ninguno de los números que juego....

.....

Íbamos á continuar tan conmovedor discurso; pero, dominados por una presunción que no vá á tener vuelta de hoja, y es á saber: que el señor de Premio Gordo nos está haciendo burla desde el fondo del bombo, donde en estos momentos se está meciendo gallardamente sin que logren percibirle millares de espectadores que le buscan con escrutadora mirada, damos aquí por terminado discurso y artículo.



Otro sí digo: señor de Premio Gordo, no se burle usted. En realidad, la redacción de *El Porvenir de Asturias*, si desea que usted caiga en su número... es por los cajistas y demás empleados que parece le tienen á V. singular y aún plural amor.

No chasqué usted á tan buena y rendida gente.

.

PORVENIR DE ASTURIAS.

22 de Diciembre del 83.



---

## COMO CAEN LOS HOMBRES.

**D**ESDE aquella época pasaron ya bastantes años. Éramos entónces casi niños: hoy somos casi viejos. Estábamos en el crepúsculo matutino de la vida: ahora nos parece divisar el otro crepúsculo, el que precede á la noche del eterno sueño.

Pero siguiendo en este tono nos enternecemos, y hasta podemos llegar á hacer llorar á cualquier lector sensible, lo cual de ningún modo queremos que suceda.

Echemos á un lado la cuerda de la sensiblería, y hablemos adoptando la forma propia del asunto.

Recordamos haber leído un libro firmado por la Condesa Dahs, que llevaba por título *Como caen las mujeres*; y es esto sólo lo que tocante á semejante obra conservamos en la memoria, pues ni tenemos idea de su argumento, ni del fin moral que perseguía, aunque se colige del epígrafe enunciado.

Nos parece que el lujo, el afán immoderado de lujo, de brillo, de hacer vana ostentación de recursos que no existen, sería la base del plan de la obra; después la trama, á cuyo término se hallaría el abismo en que desaparecería la protagonista.

Semejante mal, no es sólo peculiar de las mujeres frívolas é insustanciales, que todo lo posponen ante las exigencias de su pueril vanidad: no pocos hombres caen y se hundén para no levantarse más, sacrificados por el immoderado afán de aparecer á los ojos del vecino y del amigo en pleno disfrute de un bienestar

y de un desahogo, cuyo origen no tiene explicación fácil, y que es un verdadero misterio aún para los individuos que forman parte de la familia del interesado.

Todos nosotros hemos visto desfilar algunos de esos séres desgraciados, pasando por las estrecheces de un mísero destino, que, explotado un día más ó ménos bien, les permitió vivir por espacio de cierto tiempo ancha vida, dándose aires de potentados, y asombrando con sus cuantiosos gastos á los que tenían el pueril empeño de averiguar de dónde salían aquellas misas, para lo cual no necesitaban quebrarse la cabeza; pues, con un poco de paciencia, el tiempo se encargaría de satisfacer su curiosidad, presentándoles á los tales sujetos corriendo en pos del *sagrado* que les ofrecen las repúblicas hispano-americanas por no dar con sus huesos en cualquiera de los presidios de Africa.

¿Quién no ha visto esas miseras crisálidas, convertidas de la noche á la mañana en brillantes mariposas, lanzarse intrépidamente por los espacios, desafiando con su atrevido vuelo la general expectación, que era á modo de llama en la cual habian de quedar reducidas á pavesas aquellas alas delicadas y tiernas?

No bien se observaba la inexplicable mutación, cuando en torno suyo se levantaba un rumor fuerte y persistente, sólo desconocido para el interesado que se bañaba á la sazón en agua rosada, contento con ser causa de envidia para los ménos, y de ideas que nada le favorecían para los más.

Los maliciosos, que se resisten en todo tiempo, con vigorosa energía, á crecer en *embujamientos*, y que por lo mismo no aceptan los *milagros* que reconozcan tal origen, se devanaban los sesos en averiguación de cómo poseyendo cinco, se podían gastar ciento, sin echar mano del crédito, ni acudir al socorrido procedimiento del *sable*; pero todas sus conjeturas y cavilosasidades se estrellaban ante lo inexcrutable del arcano que inútilmente procuraban descubrir.

Rendida, por fin, la malicia, se sometía y callaba, callaba nada más; pues insistía en negar un legítimo origen á la fastuosidad desplegada y sostenida por el que positivamente se sabía que no tenía sobre qué caerse muerto.

El tiempo, gran contentador de las gentes, acababa, como hemos dicho antes, por dar gusto á todos: un día se observaba entre los compañeros cierta agitación desusada, manifestándose con recaditos al oído, que se trasmitían de unos á otros rápida-



mente , y luego venian las señales de asombro, las sonrisas maliciosas, las frases:— ¡Lo vés?—¡Si lo tenía yo pronosticado!...— ¡Tardaría más ó ménos, pero lo que ahora pasa, tenía que suceder á la fuerza!....

El casi potentado ayer, despreciado hoy y escarnecido, huía entre tanto, huía perseguido por los remordimientos, por la vergüenza, por el espantable séquito que traen consigo los criminales hechos realizados para sostenerse algún tiempo en una altura á la que nunca debió ni aspirar siquiera, cuanto más atreverse á remontarla, careciendo para ello de los rendimientos permanentes y legítimamente adquiridos, que son necesarios.

El afán de figurar es origen de crueles desgracias: contar con seis y gastar cuatro, metiendo los dos sobrantes en la *hucha* del ahorro, aunque la mujer y los hijos no vistan con lujo, es lo cuerdo; pero ganar cuatro y gastar seis, sólo para darse aire de persona de presuposición, echando mano hasta de medios pecaminosos, es el colmo de la locura ó de la estupidez.

Y, sin embargo, eso se veía y se verá siempre, porque el número de los bobalicones es infinito.

EL PORVENIR DE ASTURIAS.

## ¡QUE VENGA ESE BATALLÓN!

**E**L Ayuntamiento que felizmente rige los destinos de este próspero concejo, tierra preciada donde sólo crecen, medran y prosperan las plantas parásitas á favor del apoyo y resuelta protección que se les presta, ha tomado en una de sus últimas sesiones un acuerdo que merece consignarse.

Tenemos mucha necesidad de que guarnezca esta plaza un batallón del ejército. Como somos de génio levantisco y aficionados á revueltas, todo el mundo ha echado de ver la urgencia de tener á raya nuestro inquieto temperamento por medio de las bayonetas.

Los padres del concejo han resuelto solicitar esta *gracia* del señor López Dominguez, actual Ministro de la Guerra, y que, según dicen por ahí, nos ama mucho á los asturianos.

¡En verdad que es *graciosa* la petición!

¡No necesitamos ménos de seiscientos ú ochocientos soldados con su charanga y todo para contener con su aspecto fiero y su aire marcial, y su lucida plana mayor, á los indomables hijos de Fruela!

Ahí es nada el furor que infundimos al Orbe entero cuando nos levantamos.... por la mañana para ir á nuestros cuotidianos quehaceres!

La tierra no tiembla; pero.... tiene motivos para estar orgullosa de nosotros.

Porque, dicho en tono formal y serio, jamás hemos conspirado contra los poderes constituidos; las convulsiones políticas que de vez en cuando agitan el país, aquí no encuentran resonancia; amamos la paz y el trabajo, y hasta donde podemos, procuramos instruirnos, todo lo cual no quita para que el nombre astur raye donde el primero en las grandes y comprometidas empresas de la patria, que en punto á amor cívico ninguna otra provincia nos pone el pié por delante.

Sentado lo expuesto, ¿para qué necesita el Municipio un batallón en esta plaza?

Hasta ahora con dos compañías había para guarnecer toda la provincia; pero en lo sucesivo vamos á triplicar ese número y sólo para Oviedo.

Confesamos que somos muy miopes, por lo cual no podemos ver ciertas cosas.

Oviedo no es una plaza fuerte; únicamente puede considerarse como tal... dentro del mercado, pues los artículos de consumo, carísimos y adulterados muchos, rechazan cuanto pueden el menor contacto con las clases pobres.

Tampoco por el carácter de sus habitantes puede ofrecer motivos de temor para los poderes públicos en determinados momentos.

Además, dudamos que en el cuartel de Santa Clara se hayan reparado las salas y que estén en disposición de poder alojar tantos soldados.

El Municipio tendrá sus razones, no obstante, para reclamar la fuerza que nadie echa de ménos.

No atinamos con ellas, lo cual debe ser porque no tenemos las luces necesarias para ver esas cosas.

Un batallón se reclama cuando es preciso tener á raya elementos discolos y perturbadores.

Por aquí no hay nada de eso.

También es lógico pedirlo, cuando con él se han de obtener beneficios dentro de la localidad.

¿Los obtendrá el comercio?

Creemos que no.

Ya se sabe el sistema que se sigue para habilitar de todo lo referente al vestuario y fornituras del ejército.

¿Se abaratará el mercado público?

Tampoco.

Es cierto que el crecimiento de la población hace que sea mayor la concurrencia de *mercaderes*; pero en Oviedo, por causas que no són de este momento, sucede lo contrario, y carecemos de muchos artículos que están sumamente baratos en otras plazas, y aquéllos que son de primera necesidad andan escasos y sus precios por las nubes.

Con ese refuerzo de ochocientos ó mil hombres que nos ayúdase á comer lo poco que viene al mercado, figúrense Vds. lo que sucedería.

¿Para qué sirve, pues, un batallón en esta culta capital del Principado?

Tenemos que confesar que somos muy torpes: hasta ahora no habíamos dado en ello.

¡Pues allí es una bicoca el recreo que nos entra por casa!

Con el batallón viene la plana mayor; con la plana mayor la charanga.

Los domingos y fiestas de guardar, misa con música.

El día del santo de S. M., música... sin misa, por supuesto.

Tal día de la semana, retreta.

El coronel, galante y atento con el pueblo, como toda la oficialidad del ejército español, dispondrá por complacerle, que los domingos toque en el paseo del Bombé.

Habrá además *ejercicio* una ó dos horas diarias.

¡Qué delicia! Oír las voces de mando del jefe y de los oficiales: presenciar aquéllos marciales movimientos del soldado: marchar al compás de los entusiásticos pasos dobles de la banda....

Después las niñeras, las Maritornes, todas esas damas que andan por allí en estado de merecer, que se pirran por los asistentes y por los gastadores, y por los soldados *distinguidos* y por los otros que aún no han logrado distinguirse, estarán de enhorabuena.

Sí; indudablemente, necesitamos un batallón por todas esas razones, y por otras que no apuntamos, que de seguro no se escapan á la clara penetración del lector.

Con que.... señor López Domínguez, V. que durante sus largas estancias por estas tierras, ha visto que nos vivimos muy bien y muy á gusto sin esa fuerza, envíenosla por su vida: para nada la necesitamos; pero.... da tanto gusto oír: soldados, arr.... por aquí; soldados, marchen, por allá: después la música; des-

pués los chiquillos siguiendo el paso á los soldados; después las criadas siguiéndolos embobadas con la vista...

¡Y, finalmente, cuando llega el momento del relevo, se ofrecen escenas tan enternecedoras!...

¡Que venga ese batallón!

#### EL PORVENIR DE ASTURIAS.

10 de Noviembre de 1883.





---

## PADRES QUE TENEIS HIJOS.....

---



ID: Aseguran los diarios que han logrado alcanzar mayor boga en la península, que es esta la época del año en que andais más cavilosos y preocupados.

Ciertamente que no os faltan motivos para ello.

Pesa sobre vuestro ánimo la levantada preocupación del padre que no duerme ni sosiega pensando en el porvenir de sus hijos.

Teneis que hacerlos hombres.

¿De qué modo?

Dándoles una carrera.

Pero, ¿cuál será la mejor, más útil y más conveniente?

En nuestra Universidad literaria no hay mucho en qué escojer.

La del Notariado y la de Leyes: opten Vds. por cualquiera de las dos ó por las dos juntas, pues en ello no hay incompatibilidad alguna, puede asegurarse que con ámbas profesiones tiene el que las posee más de lo que necesita..... para morir de hambre, si la fortuna ó el favor no le empujan por los venturosos caminos de la empleomanía, en cuyo caso vivirá con holgura, y para lo cual no necesitaba haberse quemado las cejas pasando además los grandes sustos que propinan los señores catedráticos por Junio y Setiembre.

A no dudarlo, la carrera de leyes es muy bonita. A todo

corazón juvenil le seduce la perspectiva de llegar á ser el amparo del débil contra el fuerte, la antorcha á cuya luz se destaque diáfano el Derecho, el crisol de donde salga depurada la justicia..... Cosa brillante tronar desde la tribuna á favor de la virtud hollada, de la razón escarnecida, pintando con los más sombríos colores la silueta del crimen que se dibuja en el fondo de un cuadro de horrores.

Cuanto ennoblece, cuanto dignifica aquella toga majestuosa y severa como la justicia, excusa consignarlo nuestra pluma. Desde el momento en que la viste, el hombre aparece trasfigurado: indudablemente no es el mismo de ántes: su actitud y su porte han cambiado, y han cambiado porque el fiel intérprete de las leyes hállase penetrado de la elevadísima misión que va á desempeñar.

La carrera del Notariado, considerada desde el punto de vista de lo que en ella se puede lucir un jóven de facultades, no atrae de igual manera: significa mucho ser depositario de la fe pública; pero esto no halaga tanto ni mucho ménos como la perspectiva de llegar á ser una lumbrera del foro.

Las dos carreras requieren largos años de estudios y ocasionan gastos que, si por el momento no parecen importantes, si se suman al recibir la investidura de abogado, arrojan una cantidad que no baja, para los que viven en Oviedo, de ocho ó diez mil pesetas.

Los padres que residen fuera de la capital, tienen naturalmente que imponerse sacrificios de muy superior consideración si han de ver á sus hijos con la ansiada carrera.

Bien: ya los tenemos á todos en posesión del título académico ansiado.

Y ahora, ¿qué?

Pues..... nada. Aún concediendo que el jóven abogado esté favorecido por la naturaleza con singulares dotes de inteligencia y con aptitud privilegiada para el estudio, verá trascurrir años y años acudiendo sin cesar á oposiciones, en las cuales no siempre se concede el galardón al verdadero mérito; luchará, sufrirá mil decepciones ántes que pueda abrirse paso y encontrar un modo de vivir, si bien muy honroso y digno, algo más modesto de lo que mereciera por su saber.

No le concedamos, por el contrario, las facultades apuntadas, sinó nada más que mediocres: es un jóven del cual se puede

esperar algo..... ¡Qué lucha no tiene que entablar para huir de la miseria que lo persigue, que le acorrala, no dejándole un momento de reposo, presentando ante sus ojos un porvenir de hambre y de desnudez!..... Cansado y rendido por el diario batallar, echa á mala parte el Fuero Juzgo y las Pandectas, y se aferra á un destinejo de tres ó cuatro pesetas diarias, cuando un misericordioso protector se lo concede para vivir.

Esto se debe á varias causas: al gran número de jóvenes que abrazan esa carrera, á la falta de negocios y á los estrechos horizontes que ofrece á los que la siguen.

Padres, que teneis hijos.....

¿Hemos calculado por alto los gastos relativamente cuantiosos, aparte los sinsabores y quebraderos de cabeza que origina la carrera apuntada?

¿Hemos dicho que á los de Oviedo no les sale por ménos de diez mil pesetas, para después tener que comerse los codos de hambre los que la terminan?

¿Hemos supuesto en un doble el costo para los de fuera de la capital?

Pues bien; dirigid una mirada en torno y medita.....

¿No veis el grado de prosperidad que alcanza aquella pequeña industria, montada á costa de escaso sacrificio?

¿No observais el floreciente estado que obtiene el comercio?

Hasta las tiendas de aceite y vinagre dan para vivir con holgura y algo más al que se pone detrás del mostrador.

Nos parece que bien merece que mediteis seriamente sobre lo que se apunta en este ligero bosquejo, porque es trascendental, padres que teneis hijos.....

EL PORVENIR DE ASTURIAS.

Octubre 3 de 1888.



---

# MARTA Y MARIA.

---

**Novela de D. Armando Palacio Valdés.**

**S**ONARON solemnnes y majestuosas las doce de la noche en el relój de la Catedral. En aquel instante cerré el libro, no sólo por lo avanzado de la hora, sinó tambien porque había dado fin á su lectura.

Lo sentí vivamente: MARTA Y MARIA es un libro que cuesta trabajo soltar de las manos, aún careciendo como carece de interés dramática. Puede decirse que no tiene argumento, pues no merece semejante nombre aquella sencillísima trama cuya exposición no ocupa una sola cuartilla.

No obstante lo cual, lo repito, aquellas quinientas páginas de nutrida lectura se saborean con delectación, y desde la primera línea, hasta la última, despiertan y mantienen de tal suerte el interés que no es posible abandonar el libro ni nénos saltar ninguno de sus capítulos.

Por si el lector no conoce la novela MARTA Y MARÍA, manifestación vigorosa del ingenio de nuestro paisano el Sr. D. Armando Palacio Valdés, reseñaremos lo que insistimos en no llamar argumento.

En Nieva, villa de Asturias, viven las protagonistas, dos her-

manas, hijas de los señores de Elorza: las dos són hermosas—¿cómo nó, siendo asturianas?—las dos distinguidas, en posesión ámbas de una educación brillante. Tipos distintos, bajo el punto de vista de la belleza plástica, atraen la atención de la juventud barbuda, por que són lo selecto de la clase.

Tambien hay completa disparidad en sus inclinaciones y gustos. Mientras á MARTA le dá por lavar, planchar, meterse por la cocina, siendo eficacísimo auxiliar de los criados en sus oficios mecánicos, llevando la cuenta de todo, rigurosa y exacta, á MARÍA le llevan sus aficiones por un misticismo exaltado, un desprecio tan grande de las cosas de este mundo, que llega hasta donde pocas llegan, hasta el extremo de obligar á su doncella á que flagele vigorosamente con fuertes disciplinas sus desnudas carnes.

Aquí el autor parece que escribe con pena: siente, sin duda, que aquella estatuaría belleza, formada por la naturaleza para misión más elevada, se deje resbalar por un derrotero al fin del cual no se halla ciertamente lo que constituye el verdadero destino de la mujer.

El señor Palacio deja correr la pluma. ¿Expone sus teorías sobre la cuestión que entraña las místicas inclinaciones de MARÍA? Nó, por cierto. Se limita á describir con frase limpia é irreprochablemente correcta, la situación de aquel espíritu, dominado por celestiales arrobamientos.

Hay en esta parte de la obra del señor Palacio Valdés, como en toda ella, verdadero lujo de detalles. Tal vez esto sea considerado como defecto por los padres graves de la critica, que no encuentran bueno más que aquello que se encierra dentro de los moldes de su superior criterio; para mí, que ni siquiera califico, porque, en efecto, no lo són, de escarceos críticos á los presentes renglones, no lo es. Antes por el contrario, acusan, en mi humilde entender, un espíritu investigador de primera fuerza. Tal es mi opinión.

Aún no he dicho que la materia se impuso por algún tiempo á MARÍA, quien sostuvo castísimas relaciones amorosas con Ricardo, hijo del marqués de Peñalba, y oficial de artillería; pero, vencióndose, llamada por otros amores que no són de este mundo, rompió definitivamente con su amante y se desposó con el Señor, profesando en un convento de monjas.

Semejante resolución, que á primera vista la consideró el jó-

ven desairado como un mal muy grande para él, de esos que revisten carácter de irreparables, fué.... todo lo contrario. Originó la dicha de dos corazones gemelos que se buscaban, que se amaban y que por la interposición de MARIA, no se encontraban. Retirada del mundo MARIA, Ricardo acabó por ver claro; advirtió en MARTA cualidades que hasta entonces no había notado, vió en ella el ángel del hogar destinado por la providencia á embellecer sus dias, que le amaba en silencio y que sufría resignada; consultó á su corazón.... y no vaciló: pidió la mano de Marta, y al pié de los altares se juraron eterno amor, del cual, á los pocos años, fueron irrecusable prueba varios preciosos ángeles de carne y hueso.

Con la bendición del sacerdote á los novios, el señor Palacio dá fin á su novela.

Un ligero trabajo periodístico, sobre todo, de la índole del presente, no puede extenderse en consideraciones que se deducen de la lectura del libro. Tampoco me juzgo con fuerzas para exponerlas tan atinadas como el mismo reclama.

MARTA Y MARIA ha dado tal magnitud al crédito de escritor castizo y novelador de talla que disfrutaba el señor Palacio Valdés, que hoy ya se le vé formando al lado de Galdós, Valera, Alarcon, esos jefes indiscutibles de la novela española.

No es maravilla, pues cada uno de los pasos del señor Palacio son pasos de gigante: no es amanerado ni vulgar, ni lo ha sido nunca: sus escritos críticos se significaron por lo atildado y escogido de la locución; intencionados, como no podían ménos, y en ocasiones con intención sangrienta, estaban vestidos con tal aliño, con forma tan esmerada, que el mismo fustigado no encontraba medio de darse por ofendido.

Al abandonar el distinguido escritor ovetense el campo de la crítica, campo ingrato, en el cual sólo enemigos se cosechan, se dejó guiar por su génio y abordó la novela, que le abre anchos horizontes dentro de los cuales columbra ya un porvenir espléndido, sobre todo, continuando, como continuará, con el vuelo progresivo que advierten todos los amantes de las letras.

De el SEÑORITO OCTAVIO, novela que mereció las más liesonjeras calificaciones del tribunal de la opinión, á MARTA Y MARIA,—no obstante, repito, el buen juicio que aquél obtuvo,—hay un paso de avance tan valiente, tan vigoroso, tan osado, que llega á colocar, como ya he dicho, al señor Palacio, en el poco nu-

meroso, pero ya escogido núcleo, de los verdaderos noveladores españoles.

Y voy á dar fin á este pobrísimo trabajo que siento no esté (¿qué más quisiera yo?) á la altura del libro á que se consagra; doy lo que puedo y no estoy obligado á más. MARTA Y MARIA pertenece á un género literario, todavía en mantillas y ya muy en boga; pero MARTA Y MARIA despliega el estandarte del realismo culto y decente: así me gusta. Desde hoy tiene usted un prosélito más, señor Palacio, pues con la vista de los cánceres sociales que Vd. presenta, y como V. los presenta, ningún estómago se revuelve, ni ningún pudor se siente ofendido.

EL PORVENIR DE ASTURIAS.

Setiembre 26 de 1883.

## LOS IDEALES DE MINGO.

**N**ADIE vive sin ideal en el mundo.

El ideal es una esperanza para cuyo logro los míseros *gusarapos* que pertenecen á la especie humana no vacilan en torturar su imaginación y en poner á prueba todas sus fuerzas.

Los hombres políticos pelean en la candente arena de los partidos, sirviéndoles de arma de combate la prensa y la tribuna, y a veces el fusil y la metralla, por el triunfo de la idea; los hombres de ciencia y de saber, ganosos de llevar un florón más á la corona con que la posteridad les brinda, contienden en las Academias y en los Ateneos, y se queman las cejas sobre los libros y se desvelan por topar con su ideal, que es algún descubrimiento útil á la humanidad.

Para la madre, la dicha de su hijo es su constante anhelo, su ideal más vehemente, acaso el más puro, porque en él no se esconde la más leve sombra de egoísmo.

Para el amante.... Por sabido se calla que si es pobre, y por ende empleado (yo opino que vale más ser capitalista), suspira por el ascenso para casarse á toda prisa, con lo cual el logro de sus ideales aplasta al hombre, y vé andando el tiempo, todo compun-



gido y lloroso, cómo lejos de compadecerle por su triste suerte, sus coetáneos le miran con desdeñosa mirada que parece decir:

*Tu lo quisiste, fraile mostén,  
tu lo quisiste, tu te lo tén.*

Si el hombre en sus distintas fases y categorías no está sin ideales; si la mujer en sus tres estados de soltera, casada ó viuda, los tiene también, pues en el primero aspira al ascenso inmediato que es el de tener marido, después á que sus hijos sean felices, y en el último extremo á atrapar un sustituto para el que está en mejor vida; si en la naturaleza no hay nadie sin ideal, pues él constituye una necesidad de la vida; vamos á ver, quiero que ustedes me digan la razón por qué había de estar sin ellos Mingo...

Eso no podía ser, y nuestro protagonista dió bien pronto muestras de no ser un ente absolutamente vulgar.

Siguiéndole desde la infancia se notará bien pronto la certeza del aserto que acabamos de hacer. Y sinó á la prueba.

De *pequeño*, viéndose sin padre ni madre (ni can que le ladre), y dueño libérrimo de sí mismo, y en el goce pleno de sus derechos... á buscarse la vida, porque ello era preciso, una vez los autores de sus días no le habían dejado heredero de nada, bajo el frívolo pretexto de que no lo tenían, con lo cual le libraban de cuidados, discurrió que lo más conveniente, por el momento, para llenar la *andorga* (de esta manera le habían enseñado á llamar el estómago), era echarse á *pedir*, ya que sus circunstancias no le permitían dar ni consejos, cosa que tampoco sabía.

No le iba mal en esa socorrida *profesión* de mendigo, porque con un rebujillo de pan que le arrojaban aquí, la cazuela de potaje sobrante que le daban allá, algún puntapié que recibía de vez en cuando, porque solía extremar aquel sábio principio de que *pobre porfiado saca mendrugo*, y hay transeuntes de mal génio, el muchacho iba pasando.

Pero no hay nadie conforme con su suerte: acaso continuando la carrera que con tan felices auspicios había emprendido, hubiera llegado á ser un pordiosero de porvenir, de esos que con dolencia fingida y con voz plañidera, educada en el conservatorio de la clase, sacan bonitamente los cuartos á sus semejantes, viven sin trabajar y acaban por reunir un capital que les permite soportar los gastos que ocasionan los vicios menores y mayores á que suelen entregarse esos modernos sibaritas.

---

Un día vió en la calle de Traslacerca á un pilluelo de su edad, caballero en seco *cuártago* de tiro, y fumando los restos mortales de un cigarro *impuro* que poco antes recogiera del suelo.

Iba montado... como las señoras, y su gorra caída sobre la oreja *zurda* (como él decía), sus ojillos de mirada pícara, su nariz aplastada, de esas que son tormento de los cortos de vista, porque no permiten el uso de las antiparras, su boca grande, sonriente siempre ó dando libre paso á todas las palabras soeces y groseras, mezcladas de vez en cuando con alguna *gracia* feroz, le daban un aspecto original, si fuera posible hallar originalidad en estos descendientes de Rinconete y Cortadillo.

Es incuestionable que con el trascurso de las edades va degenerando la especie humana; pero la *especie* de los granujas (si á ustedes les parece, pueden fijar también su atención en los de alto coturno) no degenera nunca.

En la mente de Mingo germinó el ideal... Ser de *caballería*, hé aquí la aspiración suprema de su alma, la dicha soñada de su fantasía.

—*Chacho*, déjame montar.

El caballero le miró, sonrió burlescamente, escupió, limpió los labios con el embés de la siniestra mano, después extendió el brazo, dobló los dedos índice y anular, dejando el dedo médio en extensión, y dijo:

—Móntate aquí.

Y arreó al veterano sobre que cabalgaba, á quien por sus dilatados servicios debieran reconocérsele derechos pasivos, emprendiendo un trote cochintero, sólo usado por él en las grandes solemnidades, es decir, cuando los desnudos calcañares del ginete repicaban con fuerza en su vientre.

Mingo, ante tan inesperada contestación, se quedó atónito; pero repuesto en el acto se atrevió á tratar de potencia á potencia al poderoso que acababa de despreciarle.

—¡Chato!—gritó—mira que se te quedaron las narices en la cuadra.

No bien había terminado la última palabra, cuando el otro, que tomaba muy á mal que le echasen en cara el defecto capital de su idem, descendiendo de un salto de la olímpica altura en que se hallaba, se aproximó á Mingo con ademan resuelto; pero éste que ya entendía que el que dá primero dá dos veces, no le dejó llegar, se lanzó sobre él de un salto, y entonces comenzó la más descomunal cachetina que presenciaron los siglos.

La cabalgadura, con ese instinto peculiar en los animales, advirtió que su intervención allí había de resultar nula, y en vista de que podía llegar mejor sin carga al abrevadero, dejó á los fieros contendientes que se rompiesen la crisma, y se dirigió á la cercana alberca.

En esto llegó al lugar del suceso el mayoral, y á este quiero y á este no quiero, restableció la paz á moquetes.

—Tú—dijo al chato—vas haciendo muchas y esta es la última. Busca otra cuadra si te parece; y tú—digo á Mingo—tienes corte de bruto, y aún cuando lo seas del todo, ese no es defecto: coje el caballo y vente conmigo si quieres servirme de mozo de cuadra.

Cuando se vió montado en el *cuártago*, creyó enloquecer de alegría.

Su primer sueño, su primer ideal estaba realizado, y en aquél instante no se trocaría él por el czar de todas las Rusias, así le *asegurasen* de nihilistas. (1)

---

Preciso es convenir que aquél sueño duró poco. A los tres

---

(1) Los nihilistas en aquella época hallábanse en estado de crisálida.

años estaba aburrido y cansado de comer su pienso al lado de sus compañeros de fatigas, los caballos del tiro.

El ideal volvió á atormentarle. Ahora le halagaba un deseo más noble; aspiraba á ser hombre de letras como tantos otros que rodaban por las calles de Oviedo, gritando:

— ¡*La Correspondencia!* ¡*El Imparcial!* ¡*La Unión!*

Yo no sé cómo se las arregló; pero ello es que á los pocos días se vió convertido en *periodista*, quiero decir, en vendedor de periódicos.

Y, al poco tiempo, al notar la avidéz con que la gente le arrebatava aquellos papeles, y el gozo que demostraban al recorrer con la vista aquellas negras líneas, se dijo para su misera blusa:

— ¿Qué dirán estos papelotes? ... Quiero saber lo que dicen.

Cuando el ideal se le metía en la cabeza, Mingo no se paraba en barras.

Aprendió con gran trabajo las primeras letras, gracias á las lecciones que le dió un amigo, y después, con gran constancia y firmeza de voluntad, sin necesidad de nadie y quemándose las cejas, consiguió lo que no llegan á conseguir todos los que salen de las áulas con la certificación de la suficiencia en el bolsillo, es decir, que supo leer de corrido, pero lo que se llama leer de corrido, dando entonación y sentido á lo que leía.

¡Con qué gusto abría el periódico! ¡Qué satisfacción más íntima experimentaba cuando en el pobre hogar que le cobijaba, rodeado de la honrada familia que le acogiera, se enteraba y enteraba á los demás de lo que pasaba por el mundo!... Ahora sí que no se cambiaría él... Sí tal.

Los tiempos corrían: frisaba ya en los diez y siete años y su desarrollo físico anunciaba todo un buen mozo para dentro de poco.

Los separatistas y filibusteros habían encendido la guerra en Cuba. A Mingo le indignó mucho esto, y cuando leía el relato de algun hecho heroico realizado por alguno de los muchos esforzados españoles que en aquellas hermosas, ricas y exuberantes regiones luchaban por mantener la integridad de la pátria,

prorrumpía en locas aclamaciones de entusiasmo, y en estos momentos era fácil oírle las siguientes frases: ¡Quien fuera él!... ¡Murió como un valiente peleando por el honor de España!...

España, cuyos hijos no dudan, ni ménos vacilan cuando de su honor se trata, comenzó á enviar numerosas huestes de voluntarios al lugar de la fratricida contienda.

He dicho fratricida, y dudo haber aplicado con propiedad esa palabra tratándose de semejantes *hermanos* nuestros.

Y si los soldados forzosos marchaban con gusto, creo escusado manifestar el entusiasmo que anidaría en el pecho de los voluntarios.

Un día Mingo desapareció del hogar. Aquella familia que tanto le había querido sintió vivamente su ausencia, y no supo explicarse su desaparición. No se atrevió á cechar sobre su frente el estigma de ingrato porque no lo era....

Pasaron los días y poco á poco fué borrándose hasta su recuerdo.

Al año... como si hubiera muerto.

Dos años después, un sentimiento muy vivo de ternura hizo asomar las lágrimas al jefe de la familia, y este era un caso inusitado que sorprendió á la mujer y á los hijos, porque era hombre duro y que no se enternece así como quiera.

El periódico que leía se le cayó de las manos: recojiólo enseñuida, y calmándose por un grande esfuerzo, leyó en voz alta:

"*Hecho heroico.*—El destacamento que guarnecía la torre de Belem fué atacado en la madrugada del 15 por un verdadero ejército de *mambises*, cuyo número no bajaría de mil, pues sólo cuando son cuatro contra uno se atreven á presentarse delante de nuestros valerosos soldados. El destacamento constaba de unos sesenta hombres mandados por un teniente y otras clases inferiores. El ataque fué enérgico y simultáneo por los cuatro costados del fuerte; pero la resistencia fué vigorosa, hasta tal extremo, que

por un momento se llegó á creer que los separatistas abandonarían el campo. Acaso les avergonzó la idea de retirarse ante las débiles tablas de la torre, por más que sabían que las defendían corrazones esforzados, y redoblaron el ataque para rendirle cuanto ántes. Pero este resultado no se conseguía: por todas partes salía una lluvia de balas que los diezmaba, en vista de lo que resolvieron acudir al cobarde y vergonzoso médio de ponerle fuego, lo cual efectuaron; y entónces se vió salir de entre las llamas un reducido pelotón de hombres mandado por uno á quien sus camaradas apodaban el sargento Mingo, quien se batió á brazo partido con tal heroismo que, cuando exhaló el último aliento, su cuerpo estaba materialmente acribillado de heridas, testimonio irrecusable de la valentía de aquel héroe. Todos sus demás compañeros fueron también muertos..

¡Pobre Mingo!... Fuiste víctima del más levantado de los ideales, y tu nombre oscuro no será esculpido en ninguna parte; pero vivirá al lado de tantos otros héroes en la gratitud de la patria, cuyo honor que se quería mancillar, salvásteis con vuestra gloriosa sangre.

EL CARBAYÓN.

26 de Abril del 88.

---

---

## LOS HOMBRES ÚTILES.

**E**N realidad más bien debiera titularse el presente artículo, *Los hombres necesarios*, porque útiles, propiamente hablando, lo són todos, por aquello de que “el que no sirve para un barrido, sirve para un fregado,” ó viceversa.

Pensándolo mejor, tampoco le cuadraría con exactitud el segundo epígrafe; pues está evidentemente demostrado que no hay hombre *necesario* en el mundo; y tan es así, que no bien desaparece la persona que se juzgaba irremplazable, cuando otra se encarga de sustituirla, muchas veces con ventajas.

Perplejos, como se vé, en el nombre rigurosamente apropiado que hemos de poner á estas líneas, y no acertando á dar con él, las confirmamos con el que estampado queda, reservando al lector el derecho de variarle sustituyéndole con el que mejor le plazca, bien seguro de que nosotros no nos hemos de incomodar por eso.

Lo que interesa es conocer el pensamiento que nos prometemos desarrollar, y á ello vamos, sin extendernos más en un preámbulo que alguno puede juzgar enojoso.

Dichosa puede llamarse la localidad donde ven la primera luz, y la segunda, y todas las demás hasta llegar á ser *hombres hechos y derechos*, dos ó tres nada más de esos que nosotros llamamos *útiles*, por no acertar á llamarlos con nombre más adecuado....

Si es pobre, mísera, raquítica, súcia y destartalada, ellos se encargarán de cambiar en media docena de años radicalmente su aspecto.

Porque tales hombres suelen nacer dotados de singular y vigorosa iniciativa. Es general que su cuna sea humildísima y que la fortuna que llegan á disfrutar, se la hayan labrado á fuerza de trabajo, de ahorro, de cálculo, de saber. Con un golpe de vista especial para los negocios que dan honra y provecho, no fían á esto sólo su prosperidad: duermen los demás y ellos velan; velan consumiéndose en un trabajo que, si fructífero, aniquila sus fuerzas físicas.

Pero ellos obtienen los resultados que se proponían; más adelante se verá que cuando tienen asegurado su porvenir y el de su familia no se encierran en un egoísmo criminal. Su bienestar es lo de ménos, y entonces comienza á preocuparles el bienestar y el engrandecimiento del pueblo donde nacieron.

Emprenden con decisión y empeño tan noble faena, y su espíritu no cesa ni descansa hasta no verla cumplida, poniendo al servicio de la misma su reposo, su inteligencia, y los recursos pecuniarios necesarios al efecto; en lo cual no siempre se vé que les secunden los poseedores de grandes capitales, que en este punto, se muestran apáticos ó indiferentes, consagrados á tareas de resultados positivos para el acrecentamiento más ó ménos rápido de sus tesoros.

Merced á los trabajos, siempre constantes y persistentes de los hombres útiles, ábrese calles, se hacen elegantes edificaciones, se construyen teatros, mercados, se realizan, en fin, mejoras de tal naturaleza, que son apreciadas desde los primeros instantes por todos; y nadie niega á aquellos los plácemes y beneplácitos á que se hicieron acreedores.

El hombre útil suele experimentar decepciones crueles; pero su espíritu superior le hace que las mire con desprecio, y no son por lo tanto suficientes á detenerle en el propósito que persigue, sin debilidades ni desfallecimientos, hasta el fin, hasta verle cumplido en todas sus partes.

Tiene también, en cambio, momentos de satisfacción inmensa: sabe que sus dolencias físicas, no sólo le afligen á él y á los suyos, sí que también á la mayoría de sus conciudadanos, que temen por la existencia del hombre que consagró buena parte de sus desvelos y de su fortuna al servicio de su pueblo.



Alguna vez llegan á sus oídos frases como estas: ¡Lástima no haya media docena de hombres como V!...

Como semejantes cosas no se dicen cara á cara, puede calcularse el número de frases laudatorias que se dirán á sus espaldas, especialmente entre las clases trabajadoras que son las primeras en experimentar los beneficios que los hombres útiles esparcen.

Y estas són, á nuestro modo de ver, satisfacciones ante las cuales ceden y quedan reducidas á despreciables proporciones las que resultan de pingües ganancias obtenidas en jugadas de bolsa, ó en contratas ó en otras especulaciones de la propia índole.

Por nuestra parte, á estos hombres que se granjean en vida la general estimación y para después de su muerte el cariñoso recuerdo de la posteridad, les ponemos sobre nuestra cabeza; bien al revés de á esos otros que sólo se ocupan en atesorar, no cuidándose de alcanzar lo que les ofrece á poca costa su fortuna, y que rechazan, no obstante, porque no les permite otra cosa su carácter.

Si las comparaciones no fueran enojosas... ¡qué bonito motivo teníamos ahora para otro artículo!

EL PORVENIR DE ASTURIAS.

3 de Noviembre de 1883.

---

## EL DIA 1.º DE NOVIEMBRE.

MEMENTO, HOMO.....

**H**OY me sopla el náipe por meditar sobre cosas tristes. La proximidad del día de difuntos trae á mi mente ideas sombrías que á duras penas logro desechar.

¡La vida!... ¡Oh, cuán breve, cuán rápida, cuán insensiblemente se desliza á través de las múltiples pasiones que nos dominan, de los grandes pesares que laceran nuestra alma, de los deseos nunca satisfechos que ocupan todo nuestro ser!...

Ya lo dijo Calderon de la Barca, *la vida es sueño* y los sueños... sueños són. Es verdad: corremos locamente en persecución de una idea, de un sueño, y cuando colegimos que estamos á punto de darle alcance nos sale al paso la Parca y nos detiene cortando el hilo de la frágil existencia. De nuestro paso por esta tierra que hemos fecundado con el honroso trabajo, no queda la más débil marca, y al cabo podemos darnos por satisfechos si nuestros huesos no llegan á desempeñar un papel importante en los hornos de algun fabricante de cerillas, ó si nuestra piel no ha sido

empleada en echar medias suelas á unas botas. -- Bien sabe el lector que tambien esto pudiera suceder, dado el invento del zapatero de Nueva-York, de que nos hablaron no hace mucho los periódicos, que consiste en aplicar, prévia la consiguiente preparación, cuyo secreto sólo él posée por ahora, la piel humana á los diferentes usos de la *facultad* (que diría cierto sugeto que yo me sé) zapateril.

La risa y el dolor marchan en extraño maridaje, y yo, personificándoles, los pintaría, á ella, pequeña, casi imperceptible, enteca, enfermiza; á él grueso, sano y de gigantesca estatura. Por eso él nos domina constantemente, y nos sigue como la sombra al cuerpo, despidiéndose de nosotros en la fosa porque ya allí no le es posible acompañarnos.

¡Oh, y que siendo así la vida, hagamos tales esfuerzos por conservarla!.. que la amemos tanto hasta el punto de temblar ante la idea de perderla!...

—Y qué quiere V. que hagamos, señor mio?—dice un lector que se amostaza ante el tono sarcástico y declamatorio de esta última parte de mi discurso.

—Cierto; ¿qué hemos de hacer?—me pregunto tambien. Pero una vez que soy yo quien tiene que contestar á los dos, al lector y á mi, diré al primero, contestando á ámbos, que en los actuales momentos conviene mucho tener presente aquello de *memento homo*; pues cuando se pisa la tierra de un cementerio, parece como que pisamos carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos.

Me había propuesto reirme tratando cosa tan seria, y siento que mis lábios se contraen con la expresión del dolor, y que mi sangre se hiela. ¡Hasta nombrar el cementerio me espanta! No, no es por temor á la muerte: la muerte es hermosa y amiga nuestra; lo ha dicho Chateaubriand. Es que cuando recuerdo ese lugar sagrado, y especialmente cuando me encuentro dentro de él en el día de *Todos los Santos*, por ejemplo, me parece que bajo mis piés hay vida, hay pasión, hay inteligencia; me parece que los que allí yacen me ven y me increpan, porque los piso.

Todavía recuerdo, casi con espanto, el día de *Todos los Santos* del año 187... Estaba anocheciendo: un cierto frio azotaba el rostro de los pocos curiosos que aún quedábamos en la mansión de los muertos. Después de haber estado casi toda la tarde bromeando con mis amigos, y vagando por aquellas estrechas galerías, fijándome indiferentemente en las inscripciones y en los pintorescos

(¡pintorescos, sí!) adornos de algunos nichos, no olvidándome de dirigir piropos á diestro y siniestro á las muchas bellas que por allí pululaban, se apoderó de mí una profunda melancolía. Hasta entónces no me apercibí de que aquel lugar debiera inspirarme respeto, y á la verdad comenzó á causármelo muy sério. Figurábase que una voz misteriosa, salida de no sé donde, tal vez de una tumba, afeaba con palabras muy duras mi conducta de la tarde. Creí oír sordos gemidos mezclados con risas histéricas... ¿Qué sé yo? Excuso decir que la melancolía que me dominara al principio, tomó bien pronto todos los caracteres del miedo, y que fui presa de inexplicable alucinación que, por fortuna, no duró mucho. Es verdad que de haber durado, me hubiera muerto de terror.

Durante él, ví que por doquier circulaban esqueletos envueltos en blancos sudarios, que se fijaban con insistente pertinacia en mí, agitando sus descarnados y secos brazos como aspas de molino; que después promovían extrañas danzas, desapareciendo al cabo, para volver nuevamente á atormentarme bajo diferentes formas.

En el estado anómalo de mi espíritu, se me figuró notar que uno de aquéllos detenía á los demás deteniéndose él á su vez frente á mí y que se encaraba conmigo, adoptando una actitud burlona.—¡Miren el bellaco!—dijo dirigiéndose á los suyos y apuntándome con el dedo,—no hace aún dos horas nos pisaba con altanería y miraba á cuantos le rodeaban con la mayor satisfacción. Ya lo veis; para venir á este lugar de meditación, se ha vestido su traje más lujoso ó el que mejor le sentaba. Por este acto de galantería hacía los muertos, casi le perdonaríamos... sinó supiéramos que se ha adornado para parecer bien á su novia, que se ha puesto igualmente elegante para parecer bien á él, en justa reciprocidad. ¡Dichosos tórtolos que escogieron el cementerio para hacerse el amor! ¡Horrible contrasentido! ¡La manifestación más bella de la vida, en un lugar de muerte, tétrico y sombrío, poblado de sepulturas y de saúces!... ¡Hasta el viento gime aquí... y este hombre sonreía, y este hombre estaba alegre y gozoso como pudiera estarlo en una romería!...

Cierto es que no puede achacársele á él únicamente tan nefando delito; todos cuantos han estado aquí hoy, con muy limitadas excepciones, han hecho lo mismo: vosotros lo habeis visto. Si algo puede atenuar la conducta de este vil gusano que tiembla en nuestra presencia y que no tardará en verse reducido á nuestra

condición, es eso. ¡Ah, los que viven olvidan con loca ligereza lo que tanto les importa!... Es claro—añadió acentuando la ironía,—no se ocupan más que del *hoy*, y el *hoy* para ellos es eterno.. Al Cementerio, que hoy se recibe á la sociedad elegante en los distinguidos y confortables salones de los muertos. Allí veremos y seremos vistos. Conviene, por lo tanto, que nuestra vestimenta corresponda á tan grata solemnidad, y que ensayemos las más agradables sonrisas, las más tiernas miradas, los más dulces piropos de nuestro repertorio..... ¡Já, já, já!..... ¡Pobres mortales!..... Já, já, já.

Y como si esta carcajada fuera la señal de la dispersión, aquellas horribles visiones desaparecieron de mi espantada vista.

Quedé aterrado! Mis sienes latían con violencia, y en mi cabeza había un zumbido extraño como si mil avispas la hubieran escogido por morada. Cuando intenté salir de aquel lugar, advertí que mis piés se movían sin concierto y formando *eses* como los de un beodo. ¡Oh, Dios mio, cuán bien pagué mis ligerezas de la tarde!.....

Para colmo de desdichas, oí que dos personas que se hallaban á la puerta, al verme salir en aquel estado, exclamaron completamente escandalizadas:

—¿Vé V.º como si fueran escasas las irreverencias que aquí se cometen, convirtiéndo esto poco ménos que en romería, se achispau fuera y luego vienen aquí á dormir la moña; porque este sale de dormir. Ya son las ocho.

—Qué quiere V., amigo mio: miéntras ellas lucen su hermosura y su elegancia, ellos lucen aquí su figura cuidadosamente adornada, su oratoria pedantesca, su erudición empalagosa con sus amigos y.... hasta sus borracheras; pues, aunque pocos, se dan casos, como V. acaba de ver..... ¿Quiere V. que le diga con franqueza mi opinión?.... Pues bien, yo no soy amigo de términos medios: ya que lo que hoy se ha visto y todos los años se vé se tolera, opino porque se permitan puestos de vino en las galerías y las consiguientes merendonas en los patios. Así la romería sería completa.

Por lo demás, desde ese dichoso día de *Todos los Santos* de

187.... yo no he vuelto por el Cementerio, y hago voto de no volver....

Todavía al recordarlo se me erizan los cabellos.

LA VOZ DE ASTURIAS.

4 de Noviembre de 1878.

~~~~~

NICUDEMUS.

(FANTASÍA NO DEL TODO INVEROSÍMIL).

SÍ NO se llamaba así, merecía, por lo ménos, llevar ese nombre.
Había nacido... como nacen todos los hombres, en cueros vivos.

Lo primero que hizo, apenas abrió los ojos, fué ponerse á llorar como un condenado.

Comenzó siendo lógico, le sobraba razón para llorar... ¡En bonito mundo acababa de poner su cuerpo!

Aceptó la ubre que le presentó su madre, casi sin darse cuenta de ello, y suspendió el lloro mientras mamaba.

Pero apenas cesó de chupar, comenzaron de nuevo los berridos...

Tanto, que la nodriza *natural*, un poco amoscada, exclamó:
—¡Vamos hijo, que vienes con bonito humor!...

Pasó esto, y entre bofetadas del maestro de primeras letras, fenomenales zurribambas del presunto autor de sus días, y mogicones de sus coetáneos, se dedicó á crecer con ánimo resuelto de ser todo un buen mozo cuando alcanzase la poca apetecible categoría de *hombre* mayor de edad, con todos los derechos civiles é inciviles del cargo.

A los ocho años se daba vida de capitalista... Ya no tenía padres, y apenas si había heredado de ellos, en lo que columbraba, más que un poco de mala educación, cosa que es probado no sirve para nada bueno; pasando á ser gravámen insostenible de una vieja tia santurrona, no muy desahogada de recursos, que le mantenía por la egoísta idea de que con esto se ganaba la parte, ó una de las partes que le faltaban, de la salvación eterna... y no por otra causa, de esas que se relacionan con la nobleza de alma, buenos sentimientos, gran corazón, etc., epígrafes con los cuales calificamos esos hechos los que pertenecemos al vulgo.



A Nicudemus le tenía perfectamente sin cuidado su porvenir. Su presente era brillante, porque sus ambiciosas aspiraciones estaban satisfechas. Para más adelante ya sabía lo que tenía que hacer.

Oía hablar de los favoritos de la fortuna que nacen entre algodones, y que después apenas si saben andar á pié...

A Nicudemus le pasaba lo mismo. En fuerza de andar sentado en la trasera de los coches que iban á Infiesto, á Luarca y á Gijón, y de montar á caballo, siendo eficaz auxiliar de los mozos de cuadra respectivos, con quienes había trabado íntimas relaciones, á favor de las cuales ejercía autocrática influencia en los peschres, siendo él el único autorizado para llevar los caballos al agua, contra cuya inconcebible *exclusiva* habían protestado en ocasiones á puñetazo limpio (aunque sin éxito) otros apreciables aspirantes á *delanteros* de diligencia... en fuerza de eso, repito, el protagonista de esta relación andaba del todo bragado cuando las circunstancias le obligaban á pisar por sus piés la tierra firme.

Y, sólo por aquella razón, á los señoritos de buena casa les llamaba compañeros; y si acontecía, cuando llevaba sus burros

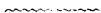
al agua, que tropezase con un compañero montado en brioso corcel, le saludaba con truhanesca sonrisa, diciéndole:

—Hasta dimpues, tú...



A los once días había alcanzado la suprema gerarquía á que aspiraba. ¡Era delantero!... Preciso es hacer justicia á este hombre ilustre, siquier desconocido; guiaba el tiro admirablemente... Más en su favor: vivía ya por su cuenta... Su tía no le echaba de ménos; pero él hacía bastante más que otros que, después de agotar los recursos de su familia en una carrera profesional (y en esta parte Nicudemus aseguraba que la suya también era carrera profesional, por razones sólo por él dichas y de él entendidas), al cabo de los años mil... no sirven para nada, ni saben ganarse una peseta por su cuenta.

—El señorito de enfrente, solía decir, no vale más que yo; dirige bien su potro, cierto; le obliga á hacer cabriólas y se luce; otro tanto y algo más haría mi *emperador* si el enorme tragin y el exíguo pienso no le impidiesen tales lujos.



Sus adelantos en la carrera, corrían parejas con los del vecino, niño de encopetado abolengo, terrateniente de primera fuerza, y bruto á machamartillo; á pesar de lo cual demostraba singulares aptitudes para las cuestiones de cuadra y era tan entendido en eso de la paja y la cebada, que no parecía sino que en su vida había probado otros alimentos.

Mi protagonista y él éran de una edad. A los catorce años Nicudemus dirigía *al pelo* una carretela; el vecino no le iba en zaga con la de casa.

Nicudemus estaba satisfecho de si mismo: el otro lo estaba por igual de su cuna y de su brazo fortísimo capaz de sujetar un tronco desbocado.



Cada uno es para lo que nace: ámbos *á dos* no habían nacido para otra cosa.

Sus destinos estaban indudablemente ligados. Esta clase de *ligaduras* las explican tratados especiales, y á ellos remito al lector.

Ello es que un día Niudemus oyó que á su vecino—por quien sentía misteriosa simpatía— le había sucedido un fracaso. Poca cosa. Estando examinando los cuartos traseros de un brioso alazán, recibió tal patada de éste en el pecho, que le tendió en el suelo cuan largo era, arrojando abundante chorro de sangre por la boca. En mal estado fué trasladado á suntuoso lecho, y poco después se reunió todo el proto-medicato de la población.

El coche estaba para salir, el mayoral dá la voz de *arranca*. El tiro parte. Niudemus, por una de esas fanfarronadas propias de la juventud, deja que los caballos le lleven alguna delantera así como por distracción, para demostrar una vez más sus habilidades gimnásticas... Corre, se agarra, pone un pié en el estrivo, pretende cabalgar rápidamente, pero su pierna se le enreda en los tirantes... No pudiendo sostenerse por la violencia de la marcha pierde el equilibrio y cae, y los caballos, entre cuyos piés se enredó, y el coche, cuyas ruedas le pisaron el pecho, hicieron de él una masa inerte, que fué á poco conducida sin vida al depósito de difuntos del Hospital.

Así terminó ese muchacho, radiante figura de la tralla.

Para que Vdes. no me pregunten por el otro, les diré que á pesar de todos los laudables esfuerzos de la ciencia médica, se murió también, después de agotar todos los sufrimientos del

dolor, y cuando la esperanza comenzaba á ser una brillante realidad...

Escusamos decir... que la cuadra vistió luto, no sin motivo.

EL ECO DE ASTURIAS.

13 de Febrero de 1885.

LA MEDIA NARANJA.

CARTA A MI AMIGO JUAN.

PORQUE te quiero bien, me permito formular un ruego, que es á la vez un consejo. ¡Cásate, Juan!.....
“No des consejo á quien no puedas dar dinero,” dice sabiamente el vulgo que aprendió esto ya de abolengo de *El Alcalde de Zalamea*.

Si tú me salieras al paso con esa cantinela..... te tapaba los ojos con un montón de perros chicos.

Y luego te diría algunas cosas que no huelgan, si has de apartarte de la peligrosa senda en que estás metido; porque estás ya á punto de formar con los solterones contumaces.

Por ahora no eres más que un recluta aprovechado, pero debes desertar de esa nécia bandera.

¡No puedes calcular cuánto apenaría mi ánimo el verte con los galones de soldado distinguido!.....

* * *

Y, segun las trazas, no es otra tu aspiración.

Aprovecho este dia para hablarte de estas cosas, porque no

hay ocasión más oportuna para ocuparse de *medias naranjas* que cuando hay naranjas enteras á granel.

¡Las Candelas!..... Gran día para dirigir una fraterna á cualquier solterón que se tope á mano, principalmente si es amigo de uno.

¡Pero!..... (esta conjunción adversativa siempre se me atragantó). ¿No pudiera el autor del *Firmamento* (1) Sr. Castillo y Ocsiero, hacer que los *Cándidos* y los *Cornelios* celebrasen sus días, pongo por caso, en Carnaval? Porque, al fin y al cabo, no deja de ser triste gracia entorpecer con esa especie de cruel advertencia el trabajo laudatorio que yo había emprendido.

Por fortuna, ni mi amigo Juan ni yo somos fatalistas, y, si él está dispuesto, como no dudo, á atender mis consejos, para nada tendrá en cuenta que se los dí el día de San Cándido y San Cornelio (segun el supradicho Sr. Ocsiero).

*
* *

Esos asteriscos son leve paréntesis del cual puedes prescindir si te place, y yo te aconsejaría que lo suprimieras, estimado Juan.

Pero no lo suprimirás, nó, porque sabes cuánto perjudica á mi propósito.....

Sinceramente debo decirte que, al abrir el calendario, iba en busca de algo que me sirviera de apoyo; ya que no de un texto, al ménos de un santo que me iluminara.

Bajo este punto de vista no puedo quejarme, porque topé con Santa Feliciano, *patrona de los cereros*.... pero bajo el otro que yo perseguía, tengo más de un motivo de descontento, pues sólo había *coma* por medio entre la adorable patrona y los santos que he citado más arriba.

*
* *

¿No te dice nada al alma, empedernido Juan, esa inmensa *cohorte* (como dijo uno muy versado en lenguas vivas y difuntas)

(1) Calendario Zaragozano.

de jóvenes de fascinadora hermosura, de arrobadoras gracias, de virtud que ni aún los maldicientes se han atrevido á poner en duda, que todos los días pasan á tu lado honrándote con su contacto?

No tomes á broma esta parte. La galantería permite asegurar que es gran honra para el gavilán que las palomas pasen rozándole con sus blancas alas..... Por fortuna de nada valen malas intenciones.

Pues, si nada te dice, es que tu alma está muerta; es, que acaso dominado por la pasión que absorbe por completo tus sentidos, ya no te es lícito aspirar á los dulces goces del espíritu. ¡Tu alma está muerta, Juan, sí, bien puedo repetirlo!

Debes casarte, por lo tanto; debes aventar las cenizas y reavivar la llama que ardió en tu corazón: ese fuego da calor á las aspiraciones nobles, justas, legítimas, que concibe todo el que, apartando su vista de juveniles extravíos, puede fijarla en una familia creada por él, por él educada, y por él conducida á senderos que dirigen á suspirados destinos.

Solo así lograrás que tu alma renazca, como el ave Fénix, con toda la lozanía de tus más alegres días.

*
* *

¿Dicesme que me asemejo al famoso *capitan Arcoña*? Pues estás equivocado de medio á medio.

Si pretendo embarcar á los amigos no es para quedarme yo en tierra.....

Tengo ya escogida mi media naranja, Juan..... pero ¡ay de mí! no quiere ella.

Es, pues, de todo punto preciso que te animes, y una vez que ayer la jaqueca no te permitió salir de casa, debes lanzarte hoy á la calle, y en el hermoso jardín que se forma á la caída de la tarde en la bajada de la carretera de Gijón, escojer la *media naranja*.

EL ECO DE ASTURIAS.

LA MEDIA NARANJA.

Carta á un amigo que no quiere entrar por el aro.

“QUERIDO JUAN:

HACE algunos años, y en un periódico de esta localidad precisamente, te dirijí misiva insinuante demostrándote la conveniencia del matrimonio y los peligros que ofrece esa vida de soltero empedernido que traes.

“Las razones que entónces aduje, si bien eran irrefutables, no te encontraron dispuesto á aceptarlas, lo cual es causa de que ahora te halles en la plenitud de tus facultades solteriles, contra lo que taxativamente determinan preceptos muy sanos que te entran por un oído y me parece que te salen por los dos, según la prisa que se dan en abandonar tu cerebro.

“Pues no sabes lo que te *pescas*, hijo; es decir, si lo sabes, pero allá tu, y con tu pan... te lo rasques: lo que urge es que en tu ánimo penetre un rayo de luz que á manera de faro ilumine aquellas oscuridades que le apartan del buen camino, y le permita ver lo que conviene á tu bienestar y á tu dicha.

“Bien sé que sobre estas cuestiones del matrimonio hay opiniones muy encontradas: yó, que me dedico al estudio atento y detenido de lo que sobre el particular han escrito San Antolín de Ibias, San Martín de Oscos, Santa Eulalia de idem, y el tocayo del segundo, el respetable doctor y bienaventurado San Martín del Rey Aurelio, he podido observar la lucha de dimes y diretes que han sostenido, y mientras los primeros creen que el buey suelto bien selame, el último sostiene que no está de más que el buey tenga una compañera para que sean dos á lamer hasta desollarle si es preciso.

“Las opiniones del Cristo de Candás y de San Mateo, refuerzan algo las de aquéllos; pero en cambio, en favor de las del último, que son las mías, viene la Santísima Cuaresma, beatísima señora, amante en grado sumo del yugo indicado, y más que todo de las mortificaciones de la carne, aunque no así del bacalao: ya ves, siete semanas, siete, que ponen á cualquier empecatado mortal más suave que un guante.

“Pero, dime, amigo Juan: ¿En qué diablos puedes fundar tu obstinada resistencia á buscar la *media naranja* que te hace falta?

“Hoy acudirás, ó mejor dicho, acudiremos á la romería de las naranjas.... ¿No te dirán nada al corazón y á los sentidos esas lindísimas mujeres, querubes de la tierra, de ojos así, y de boca asá, y de mejillas de la otra manera (píntalas como quieras) con quienes te has de codear, á quienes has de ver, y hasta puede que sorprendas á alguna flechándote con sus dulcísimas miradas, en las cuales, de seguro irá envuelto el pensamiento que se expresa con estas frases: “Ahí vá mi *medio naranjo*.... ¡Si me atreviera!...” Lo repito, ¿no te dirán nada?

“Sin temor penetro en tu pensamiento y arranco de él la constatación que en vano me niegas: ¡Si!

“Ese *si* es del tamaño del Quirinal.

“Vamos, hombre del pecado: bien sé el tipo de mujer que mejor cuadra á tus deseos.

“Te gustan de exiguas narices, acaso para que no huelan siempre donde guisan, es decir, que te gustan *chatas*, ó mejor dicho, te tiene sorbido el sexo una *chata*.

“No hay *chata* sin gracia, y por cierto que la que es de tu predilección tiene más sal que dñan de sí en un año las salinas de Torrevieja; pero te advierto, que estas tales huelen largo, muy

largo, y *te vé de venir*: preséntate bien, díle que vas con buen fin; hasta se lo puedes decir con música y todo, pongo por caso, así:

Que vengo con el fiiiin
de llevarte al al-tar....

y ya verás qué pronto te acepta.

“Ahora puede ser que me llames capitán Araña, y me arguyas con aquéllo de que yo debo darte el ejemplo, argumento ciertamente que no tiene la menor fuerza legal, pues según los textos de aquellos santos varones que cité, ni es útil predicar llevando á la práctica en cabeza propia las doctrinas que se predicán, ni mi corazón, que parece de cofradía, puede habituarse al amor de un solo ser.... Preciso es que lo sepas, ¡oh tú! para quien escribo estos bien trazados renglones (sostengo que están bien trazados), mi corazón se abrasa en amor, amor ardiente, inestinguible, hácia la bella mitad del género humano....

Me gustan todas,
Me gustan todas;
Me gustan todas, en general....

“Y, vamos á ver, ¿cómo quieres que gustándome todas en general, apechuge con una, por muy en particular que me guste?

“Yo estoy, como ves, fuera de combate en este punto: soy indiscutible, y mantengo mis derechos á permanecer en el estado honesto hasta tanto que una *chata* ó *nariguda* no logre encarrilar por el santo camino que te aconsejo el rebelde sugeto que tengo en el pecho, tranquilamente acomodado entre los pulmones.

“Hoy juzgo yo que el día más apropiado para darte los sanos consejos que mi laudable deseo hácia tu bienestar me sugiere: no dejes trascurrir más tiempo: mira que los años vuelan y que la vida huye rápidamente, ansiosa de abandonarnos, como si fuéramos para ella carga insostenible.

“Si hubieras hecho caso de mí hace cuatro ó seis años, cuando te dirijí las primeras palabras en ese sentido, tu dicha á estas horas sería completa.

“Hoy tendrías, amen de amorosa mujercita, dos ó tres *netes* que causarían tu embeleso: te colmarían de caricias y de baba, algunas noches, te robarían el sueño; zozobrosa inquietud

se apoderaría de tu ánimo cuando les diera el sarampión; al salirles el primer diente, verías tu las estrellas; el anuncio de la viruela, te crisparía los nervios; el erup te llenaría de espanto... Si además de esto, un día, el pequeño se caía de los brazos de la niñera y se rompía la crisma. ¡Figúrate tú!...

“Bien sabe Dios que tantas dichas juntas no las mereces, pero yo que te quiero bien, te las descoco.

“Ea, chico, no seas tozudo... Ya que tienes entre ceja y ceja la *media naranja*, aunque *nacha*, decídetete; hoy es el día más oportuno: echa á un lado temores bobos y... pecho al agua.

“¿Que no?... Pues te juro que esta es la última vez que vuelvo á darte tan sanos consejos.

PORVENIR DE ASTURIAS.

27 Octubre del 83.

LA VENDETTA.

NADA mas lejos de mi ánimo que el deseo pueril de mostrar erudición escribiendo la palabra *vengetta* en italiano.

Si no que, como vengo observando que de algún tiempo á esta parte se vá abriendo paso y tomando puesto en el campo de la literatura hasta el punto de que no ha de pasar mucho tiempo sin que sea moda el afán de escribir los epígrafes en lenguas vivas ó muertas, yo, que soy enemigo de contravenir las leyes de la costumbre ó las que están á punto de serlo, me he ido proviendo á la sordina de palabras y frases de *extrangis*, y á estas fechas soy dueño ya de un regular repertorio que irá saliendo según sea menester.

Por lo pronto en la fluida, armoniosa y rica lengua del Dante he recojido la palabra escrita á la cabeza, y para que no se crea que sólo en lenguas vivas estoy fuerte, tambien sé que *ab initio gentium sumus* quiere decir: *entre qué gente estamos*, que pertenece á una lengua muerta. Lo que sí no estoy seguro es si pertenece al latín ó al *sanscrit*....

Pero ya lo averiguaré para cuando tenga necesidad de usar esa frase, que me parece ha de ser dentro de poco.

Además hay otra razón á mi modo de ver tambien de gran peso, que me induce á bautizar las presentes líneas con la palabra *vendetta* y no *venganza*....

¡La *venganza*!.... ¡Uf!.... El lector ó la lectora enemigos de emociones, apenas la ven no pasan adelante. ¡Un cementerio, un cadáver, un sepulturero!.... ¡La fosa abierta y después!....

No, la verdad sea dicha, eso es muy fuerte y pone los pelos de punta á cualquier cristiano ó moro que no los gaste postizos.

Pues bien, lector ó lectora, va á ser eso.... á mi no me gusta engañar.... pueden ustedes retirarse.

—Hombre ¿quién lo deja ya después de haber apurado cerca de dos cuartillas.... de papel?

—Por supuesto.

Ello es....

Pero antes un poquito de filosofía.

La soberbia es mala cosa: el hombre soberbio prueba con esto que tiene una idea asaz mezquina de sus semejantes y extraordinariamente elevada de sí mismo.

Estos suelen ser pigmeos en todas las acepciones de la palabra y en algunas otras mas.

Y así era el excelentísimo é ilustrísimo, y no sé si también reverendísimo Sr. D. Toribio Mondadientes, señor casi de horca y cuchillo en el pueblo, en el cual no se daba paso ni se movía una hoja sin que él diese previamente su autorización esplicita de ordinario é implícita cuando no era de absoluta necesidad que abriese la boca.

A todo el mundo le traía en un puño, y era tan avaro de los derechos que le habia concedido la privilegiada cuna en que había nacido, que acaso á usarlos demasiado debió que sus días fuesen mas breves.

Prestaba beneficios.... pero no hacía mas que *prestarlos*. De manera que el que recibía uno tenía que devolvérsele con creces.

Nicasio no lo entendió así por lo visto. Recien llegado del ejército con una licencia limpia de pecado, aunque no de manchas de grasa, no pareciendo sinó que había envuelto en ella los *histeques* (otra palabreja de extramuros) que le regaláran las patronas, se *enamoricó* como un bruto, pidió y obtuvo del *excelentísimo* de marras la credencial de peón caminero, y como con siete reales de sueldo no puntualmente cobrados, hasta se puede echar coche, se casó.

Anduvo el tiempo. Un camino vecinal que conducía á la finca más bonita del señor, estaba en mal estado. En cuatro dias de trabajo, lo dejó como nuevo Nicasio.

Hubo que poner el firme á las estrechas sendas que dividian los jardinitos del gran jardin anejo á aquélla, que constituia, juntamente con un bosque y el elegante chalet, la más hermosa posesión de los contornos, y, claro está, Nicasio fué quien lo puso. Llegada la época de la poda, ¿de quién se había de echar mano para subir á los robles, alijerar de innecesarios brazos á manzanos, perales, castaños, etc. etc? Pues de Nicasio..... el muchacho se pintaba solo para todas estas cosas, y el amo estaba satisfecho.

Al señor, ni se le pasó siquiera por la tela del juicio retribuir á aquel mísero gaoapan por tales servicios. ¿No se los había pagado todos, anticipadamente *in illo tempore*?

Pero Nicasio se cerró á la banda. Llegó un dia en que la copa rebosó...—Si el señor quiere esclavos, que los busque en el Congo! —se dijo con varonil entereza—¡Cristo no pasó de la cruz; yo tampoco paso de aquí, que es ya la cima de mi calvario!...

¿Qué, se niega Nicasio á obedecer? No es posible. Contra tan inconcebible aserto protestaba enérgicamente el ilustrísimo señor. Cuando ya no le cupo duda, su soberbia toda se rebeló. Hizo que le quitaran el destino, y á no sobrevenirle una aguda enfermedad que le postró en el lecho, le hubiera perseguido de muerte; tal era su saña.

Como no tenía otros recursos para vivir él, su mujer y un pequeñuelo, que su trabajo, y no había obras públicas ni particulares en el pueblo, Nicasio solicitó la plaza de enterrador y la obtuvo, gracias á que su antiguo protector estaba enfermo, el cual habiendo sabido que ya estaba colocado, pidió desde el lecho del dolor su cesantía; pero esta petición no fué atendida, porque, agravada la dolencia, hubo que administrarle los sacramentos á toda prisa, y murió enseguida, como si para hacerlo sólo esperase ponerse bien con Dios el que en plena salud no se ocupó más que de complacer al diablo.

Cuando Nicasio lo vió á sus piés dentro de la caja, rígido y frío, con las facciones horriblemente contraídas por el dolor, sonrió de la misma manera que lo haría Satán.

Toda la pequeñez de su alma mezquina y vil asomó á sus ojos y se escapó de sus lábios envuelta en sarcásticas palabras proferidas con reconcentrada saña.

Hasta este último pedazo de pan querías quitarnos á mí y á mi mujer y á mi pequeño, perro rabioso?... Ya ves lo que has conseguido.... Ahora estás en mis dominios..... yo soy el amo!

Y, sin dejar de sonreír, escupió aquellos míseros restos de quien, en vida, le hacía bajar la cabeza con una mirada.

Pero ¿quien había de decir que Nicasio había de ser tan miserable? Porque, semejante ultraje sólo le infiere quien está absolutamente desprovisto de todo sentido moral.

Llevar el odio más allá de la tumba, esto no lo hace nadie; si tal, lo haría uno si viviese: el excelentísimo señor D. Toribio.

Como se vé, Nicasio parecía criado á sus pechos.

CRÓNICA DE VIAJE.

I.

A Langreo.—Rivalidades peligrosas.—El tren en marcha.—
Llegada a Sama.—Izar la bandera!—El Campo de San
Lorenzo.—Los kioskos.—La velada.—Los bailes.—*Ache, i.*
—*Mister Thureit.*

A las siete y media de la mañana en punto, partimos del Campo de la Lana para la floreciente villa que el Nalón baña y en cuyas montañas tantos tesoros se encierra; para Langreo.

Sólo un lijero contratiempo nos ocurrió en el breve trayecto de Oviedo al Berrón, contratiempo que pone de manifiesto que á veces la vida de los viajeros está pendiente de rivalidades pueriles.

El caso puede contarse en dos palabras, por lo cual no privaré de él á mis lectores. Hacia la Pega hubo de detenerse breves instantes el *Langreano*, coche que nos conducía, para arreglar las bridas del tiro, á tiempo que se acercaba un coche de la Ferro-carrilana quien avanzó metiéndose por unos montones

de piedra machacada que habia en la cuneta del camino y echándose sobre el nuestro. Éste partió en el acto con lo que, seguramente, se evitó un vuelco cuyas consecuencias fáciles són de calcular.

Y sin otra novedad llegamos al Berrón, donde otros viajeros que esperaban, la música y un servidor de ustedes, nos encajonamos en el tren, silbó la locomotora y comenzó á resonar en mis oídos la sinfonía más abigarrada que en los días de mi vida he oído. Unas veces simulaba el ruido de *carracas*, después el de panderetas destempladas y á ratos todo esto mezclado con castañuelas tocadas por manos poco diestras en el arte. Aquel ruido era producido por el tren, el cual, á mayor abundamiento solía sazonar tan agradable música con algunos sustos de órdago, pues de vez en cuando se notaban movimientos de retroceso que alarmaban á los viajeros que, como yo, no sabían que aquellos golpes eran consecuencia necesaria del mal estado de una línea en cuya recomposición se piensa ahora, después de veintitantos años de constantes servicios.

Por lo demás el paisaje que se desarrollaba á nuestra vista era bellísimo, y en cuya descripción no entraré por ser sobradamente conocido. Sólo indicaré que cada vez me persuado más de que la renombrada Suiza tiene muchos motivos para envidiar á Asturias en cuanto á la belleza del suelo.

A las diez y minutos llegamos á la estación de Sama, en cuyo andén (*sic*) tuve el gusto de saludar á personas muy queridas, entre ellas al Sr. D. Lorenzo Muñiz, entendido Secretario de aquel Ayuntamiento y por el cual había yo sido de antemano invitado.

Desde el hermoso puente de hierro la banda de *Santa Cecilia* entró en Sama tocando un brillante paso doble y se detuvo ante la Casa consistorial, retirándose á tomar un refrigerio para volver á las doce.

El Ayuntamiento es un edificio de moderna construcción y cuya fachada no ofrece nada de notable; el interior es otra cosa: las oficinas todas tienen locales adecuados, la Secretaría, el archivo y demás; el salón de sesiones.... ¡ah, el salón de sesiones! ¡Qué más quisieran nuestros curules que tener local tan apropiado, tan bien dispuesto, con tan severo gusto adornado para disponer y preparar la prosperidad administrativa del concejo!.....

Sonaron las doce en el reloj del Consistorio. A esa hora se izó

la bandera nacional en uno de los balcones, asistiendo la banda de música citada y disparándose algunos cohetes de grueso calibre.

A las cinco de la tarde el Campo de San Lorenzo presentaba un aspecto pintoresco.

A su entrada había un arco en el cual se veía un trasparente que decía: *Langreo á los forasteros*, y después, diseminados aquí y allá varios kioscos dispuestos para la venta de comestibles y *bebestibles*, y otros que no tenían ninguno de ámbos objetos, y sí el de contribuir al mayor brillo y lucimiento de las funciones. Merece especial mención el destinado para la familia de D. Antonio Herrero. Levantado dicho kiosko en poco más de hora y media, nó por eso dejó de ser elegante y estar adornado como si en él se hubieran empleado algunos días de trabajo.

La colocación de puestos por la comisión de abastos, se verificó acto seguido, tocando entre tanto la música varios bailes.

Cuando el mencionado Campo presentaba un efecto verdaderamente mágico haciendo pensar en los cuentos de las *Mil y una noches* fué á las nueve y media de la idem, hora en que aparecía todo iluminado y en que dió comienzo la velada.

El amigo Laureano Sanchez ha sabido llenar á satisfacción su cometido, y en cuanto á los pirotécnicos lograron llamar la atención del gran número de vecinos y forasteros que por allí concurrían con trabajo, pues era inmensa la concurrencia.

Alrededor del kiosko donde la música tocaba, dirigida con el acierto de siempre por el Sr. Saenz, se organizaron algunos bailes. ¡Qué caras de *ellas* se veían por allí, santo cielo! ¡Erán capaces de conmover un corazón de piedra! Parecía que lo más hermoso de Langreo, de Siero, de Oviedo y de otros puntos se había dado cita y congregado allí para tormento de los jóvenes *inflamables* y de otros en cuyo pecho todavía ardé de vez en cuando alguna brasa del sagrado fuego.

También se bailó mucho á la giraldilla. Por cierto, que tocante á este particular, todavía tengo en el gáznate un *ache i jota k eme ene.... qué sé yo*, que se me atragantó y no sé cómo echar de mí. ¡Dios haga que no tenga que oír de nuevo el dichoso cantar durante la velada de mañana!

Más arriba pude ver la danza prima más colosal que presencié en mi vida y que me llevó á pensar en aquellas giras con que

los primitivos astures, al grito de guerra *jixuxú!* se excitaban para la inmediata pelea.

Voy á terminar, porque el correo que sale de aquí á las doce de la mañana, me obliga á omitir muchos detalles importantes.

No obstante, esta carta no se cierra sin dedicar dos palabras al mejor puesto de cerveza que en el Campo de San Lorenzo existe estos dias provisionalmente. El dueño de dicho establecimiento, sencillo kiosko, en el cual se observaban á modo de cortinillas varios *jaiques* de los egipcios, es al parecer un inglés recién escapado de Alejandría que se llama ó le llaman *Mister Thureit* y que se promete restituirse á su pátria tan pronto los festejos terminen.

Yo travé amistad con él y ya soy casi uno de sus íntimos. En la próxima procuraré no dejar nada en el tintero.

Langreo 10 de Agosto de 1882.

II.

Es una dificultad grandísima la que me ofrece el correo que, como dije ayer, sale de aquí á las doce de la mañana, obligándome á tomar los datos á escape, con lo cual me expongo á que resulten incompletos, como á no dudarlo resultarán, si he de aprovecharlos para que estas *desaboridas* correspondencias no pierdan la oportunidad del momento, que es en lo que, á mi modo de ver, estriva su principal interés. Pero dejando á un lado digresiones y floreos retóricos, para no perder el tiempo, entraré de lleno en la cuestión, que es lo que al lector importa.

El programa de los festejos de San Lorenzo se cumple con rigurosa exactitud; como programa hecho para esto y no para ser nada más que el asombro de los que gustan de ver pintarrajeados papelotes en las esquinas.

A las cinco de la mañana resonaron con estrépito por las concavidades de estas montañas, que tan cuantiosos tesoros encierran en sus senos, los ecos de una docena de *imperiales*, cohetes que parecen cañonazos, y después los dulces y melífuos acordes de una diana, composición de mi amigo el Sr. Saenz, y tocada con maestría por los aventajados jóvenes que forman parte de la banda de *Santa Cecilia*. La música recorrió las calles de Sama y los pueblos de la Felguera y Ciaño.

Si bien esto no figuraba en el programa, debo consignar, sin embargo, que, con motivo de ser los días del Secretario del Ayuntamiento, D. Lorenzo Muñíz, á cuya iniciativa se deben aquí mejoras importantes en todos los ramos y muy principalmente en el de instrucción pública, ramo al cual consagra preferente atención, como lo han dejado ver los maestros en sus discursos y las niñas en las poesías que leyeron en el acto de la adjudicación de premios, fuimos obsequiados en una de las oficinas de la secretaría con unas espléndidas once gran número de personas de Sama, mi querido amigo Juan Llana y yó.

A poco comenzaron á llegar los maestros y maestras con los respectivos educandos que habían merecido la honrosa distinción, varias señoras, señoritas y caballeros que fueron convenientemente colocados en el espacioso salón de sesiones del Municipio y un público numerosísimo que llenó el local por completo.

Apénas sonaron las doce, los acordes de la música y los cohetes nos anunciaron que iba á comenzar el acto. En efecto: el Alcalde D. Antonio Alonso ocupó la presidencia, y la Junta local de escuelas, compuesta de los señores D. José Castañón, párroco de Ciaño; D. José Ignacio Nart, ilustrado farmacéutico de la villa; D. Benigno García Huerta, comerciante, y D. José Riesgo, sus respectivos puestos.

El presidente hizo una indicación y el secretario dió lectura á una Memoria en la cual se consignaban los adelantos de la instrucción pública en el concejo desde el año último hasta la fecha, y el resultado de los exámenes verificados en los días 16, 17 y 18 de Julio último, resultado que acusa un éxito lisonjero en los esfuerzos hechos.

Después pronunció un discurso el maestro de Sama D. José Bernardo Vazquez encareciendo la importancia de la educación tanto intelectual como física; y tanto éste como los demás que le siguieron en el uso de la palabra terminaban felicitando á las cor-

poraciones y dando gracias al secretario señor Muñiz por el celo y actividad desplegados en favor de la clase.

Han merecido la calificación de sobresalientes, recibiendo por vía de premio un diploma de honor, en virtud de los adelantos observados en las escuelas que regentan, el maestro de la escuela superior de Sama D. José Bernardo Vazquez, y la maestra elemental de la villa D.^a Amalia Alvarez. El de Riaño, D. Venancio García Carrocera y la maestra de Barros D.^a Rita Piquero Olay.

Y con la calificación de notables y diploma, los maestros de Lada y Ciaño D. Valeriano Lopez y D. José Casas respectivamente, y la maestra de Turiellos D.^a Teresa Hévia.

Antes de comenzar la distribución de premios, leyeron varias composiciones en verso alusivas al acto las niñas Celsa Nespral, Cármen Rebolos, Saturnina Alvarez y Mercedes Guilmain, distinguiéndose la segunda que leyó con entonación y gracia.

También las poesías terminaban dando gracias al secretario, cosa que confirma lo que dejó dicho más arriba y que tanto honra á ese funcionario.

La distribución de premios se verificó acto seguido, consistiendo en las obras de Quevedo y de Calderón preciosamente encuadernadas, para los niños; y en almohadillas, bastidores y estuches de bordados y costura para las niñas.

Los *accesit* eran libros de educación, medallas y cartapacios para los primeros y devocionarios, cabás y cestitas de costura para las niñas.

Terminado este acto con un discurso del presidente dando gracias y excitando á los maestros y á los niños para que continúen por la noble senda de la instrucción, que es la que más dignifica al hombre, comenzó el reparto de limosnas á los pobres, distribuyéndose sesenta duros en treinta lotes.

Dejó para mañana hablar de las personas que asistieron, la feria, la romería y la cucaña, porque el correo apremia y dudo que llegue esta carta.

CONTINUACIÓN DE LA SEGUNDA.

Comienzo la presente en el punto que la dejé ayer, en el acto solemne de la distribución de premios á los alumnos y alumnas de las escuelas públicas del concejo. Se distribuyeron 156 premios y accésit, habiendo obtenido los primeros, por su aplicación los niños que se mencionan á continuación:

De la escuela superior de Sama: Arturo Gonzalez, Silvano Casal, Estéban Rebollos, Arturo Marina, Florentino Magdalena, Sabino Antuña.

De Cíaño: Luis Noriega, Secundino Felgueroso, Jáime Alberti.

De Turiellos: Benigno Alonso, Constantino Braga, Estéban driguez.

De Lada: Paulino Ortiz, Graciano Alonso, Julio Valdés.

De Riaño: José Mortera, Celedonio Sanchez, Bernardo Portilla.

De Barros: Alfredo Carrocera, Emilio Camporro.

Escuelas de niñas.

De Sama: Celsa Nespral, Carmen Rebollos, Saturnina Alvarez, Asunción Meana, Luz Pumarino, Leonarda Ballina.

De Cíaño: Anita Lafuente, María Felgueroso, Teresa García Carrocera.

De Turiellos: Eulogia Alvarez, Josefa Gonzalez, Marcelina Gutierrez.

De Lada: Liria Alonso, Sabina Llanera.

De Barros: Joaquina Argüelles, Virginia Gonzalez, Emilia Zapico.

Entre las personas invitadas al efecto, y que ví en el salón, mencionaré á las distinguidas y simpáticas señoritas de Ortiz, de Alonso, ex-alcalde del concejo, Luisita Martínez, las señoras de Alonso, de D. Ramón Gonzalez; señoritas de Dorado, y otras cuyos nombres siento vivamente no recordar.

Entre los caballeros noté á D. Tomás Mendoza Marrón, Don Manuel Ortiz, farmacéuticos; al juez municipal, D. Modesto Gonzalez; D. Serafin Escalada, secretario del juzgado; D. Estéban Rebollos; D. Ramón Gonzalaz, y D. Antonio María Dorado, re-



presentante de los señores Herrero-hermanos y propietario, persona de aménfimo trato y de ilustración poco común, con quien, lo propio que con los Sres. Rebollo y Nart, no es posible hablar una sola vez sin sentir decidida inclinación hacia él. El Sr. Dorado disfruta aquí de generales simpatías, y su influencia es tan grande como legítima, nacida, á mi modo de ver, más bien que de trabajos políticos, de servicios prestados.

Alegres como pascuas salían los niños y niñas con sus premios; en sus risueños semblantes se notaba la satisfacción del galardón obtenido por el estudio.

A las cinco tuvo lugar la cueca sobre el Nalón. En los puentes había una inmensa concurrencia ávida de presenciar los grandes *chapuces* de los muchachos que, contra su voluntad y por el cebo de la ganancia, se deslizaban, á pesar de grandes equilibrios, del palo y se zambullían ruidosamente en el agua excitando la hilaridad de todos. Los héroes de esta fiesta fueron Cayetano Gonzalez y Maximino Nespral.

La música también asistió, como es de suponer.

No siendo posible corresponder de ningún modo á las atenciones que con nosotros han tenido D. Lorenzo Muñiz, señora, señorita de Castaño y demás familia que aquí nos obsequiaron á porfía y en cuya casa hemos tenido hospedaje digno de príncipes, mi amigo Llana y yo resolvimos obsequiarles con una serenata que, por causas que no són de este lugar, no salió como nosotros hubiéramos deseado. Supla el buen deseo á la falta involuntaria.

Con lo cual terminaron los festejos de este día.

Hasta mañana, pues.

12 de Agosto.

III.

La feria.—La iluminación.—Los fuegos y el Montgolfier.—El baile.—¡Bien por los langreanos!—Despedida de la música.—Siguen los obsequios.—La *Chocolatera*.—A la Oscura.—En San Andrés de Linares.—¡Adios!

Como el lector habrá observado, dí ayer por terminada mi segunda catra en la cual manifesté que quedaban descritas somerísimamente las funciones del jueves.

En efecto: si bien no hablé ni tanto así de la *féria* de ganado celebrada debajo del puente, espacio intermedio entre el río y unos sembrados que, por su situación, pone á los traficantes á cubierto de una insolación, ni de las sesenta y tantas tiendas que con sus respectivos toldos para resguardarse de los ardentísimos besos de Febo conté en San Lorenzo, de las fiestas hablé y todas quedaron registradas en esta desmazalada crónica. ¡Conste, pues, que no he faltado á la fidelidad jurada!

Como nunca falta un primo á quien arrimar la carga, que se lleve la culpa íntegra el señor correo que, en su afán de escapar en dirección de Oviedo á las doce en punto, me obligaba á dejar muchas cosas interesantes en la punta de la pluma.

En cuanto á la *féria*, se hicieron transacciones importantes, y este resultado, unido al que las citadas tiendas ofrecían, de donde salían paños, telas, cobertores y cuanto constituye el tráfico en pequeño á que deben el modo de vivir numerosas familias, ha de animar seguramente, aparte de otras razones más poderosas, al Ayuntamiento, comercio y vecinos de Sama á fomentar estos certámenes, donde todo el concejo cosecha beneficiosos resultados que, si no són del momento, se reciben y palpan en plazo no lejano.

El último día ganó en lujo á los que le precedieron; el paseo estuvo animadísimo; y como donde hay juventud y belleza nunca falta animación, y *Terpsícore* tiene mucho que hacer, unas veces al compás de las sonatas de un *armonifflü*, cuyo manubrio manejaba un ciego á medias, y otras al de la música que concurrió por galantería, pues según el programa no estaba obligada á eso, ello es que las parejas se estrecharon y que el baile campesino se organizó también sin previo anuncio.

Entre tanto Laureano y Manuel no perdían el tiempo, empleándolo en preparar la iluminación que fué acaso más brillante que la que le precedió, pues esta vez se hizo extensiva á todos los kioscos, descollando en este particular el de D. Antonio Herretero, donde lo mismo los de casa que los forasteros eran recibidos con exquisita amabilidad y obsequiados con esplendidez. Díganlo sinó los jóvenes sacerdotes de Apolo, es decir, los músicos.

A las nueve en punto las magnolias, estrellas, bombas, cestas, ramos y demás brillaban por *unanimidad*—los *disidentes* que noté eran muy pocos,—como si hubieran sido encendidos por medio de un aparato eléctrico.

Poco después comenzaron los fuegos: ardió el globo sorprendente, ardió la fuente chinesca y ardió... Troya. ¡Con qué delección miraban los mineros y aldeanos de los contornos! ¡Qué arrobamiento denotaban los semblantes de ellas! Por supuesto que además de los semblantes, como no carecían de otros medios de expresión, á lo mejor prorrumpían en exclamaciones y aplausos que fueron generales cuando á las once y media comenzó á elevarse majestuosamente por los aires, despidiendo numerosas luces de colores, el magnífico Montgolfier, obra del citado Laureano Sanchez.

Terminada con esto la iluminación, comenzó el baile, que tuvo lugar, á falta del Kiosko que los jóvenes comisionados al efecto no prepararon por carencia absoluta de tiempo, en uno de los salones, elegantemente adornados, de la casa del Sr. Rebollos. ¡Cuánta juventud, cuánta distinción, cuánta gracia!

Durante el baile se servían refrescos con profusión, y en verdad que eran necesarios porque el calor que se sentía era sofocante.

A las cuatro de la mañana terminó el baile, y las funciones de Langreo dieron con esto fin y remate, dejando en el ánimo de todos los forasteros la más grata impresión.

Debo consignar que, á pesar de la inmensa concurrencia y de haber percibido el miércoles sus jornales los mineros, no sólo no hubo una cuestión, sino que ni siquiera hemos oído una palabra malsonante, y eso que Juan y yo bullíamos por todas partes. ¡Bien por Langreo, y hasta el 8 de Setiembre que iremos á la romería del Carbayín!

Durante la mañana del sábado, la banda de música de *Santa Cecilia* recorrió las calles de Sama en són de despedida; y en de demostración de lo agradecida que estaba por las atenciones de que había sido objeto, abandonando definitivamente á Langreo en el tren de las tres.

Aún no habían terminado para el compañero ni para mi los festejos ni los obsequios. Invitados de antemano por los Sres. Herrero (D. Antonio) y Dorado, subimos á las cuatro de la tarde, la señorita doña Victoria Castaño, D. Lorenzo Muñiz, los niños Eduardo y Vicente Mendoza y yo, á los cargaderos de carbón, en donde vi funcionar la *Chocolatera*, pequeña locomotora que sirve para el arrastre del mineral que se extrae de las minas de Santa Ana. La *Chocolatera*, que parece una máquina de bolsillo,

arrastra, sin embargo, sesenta ó setenta vagones de carbón en cada viaje.

Cansados de aguardar por Llana, que se distrajo en la villa, montamos en la vagoneta y á escape á la Oscura. El trayecto que recorrimos es de lo más pintoresco, de lo más bello que he visto. ¡Qué riberas, qué vegas, qué vegetación, qué frondosidad!... La imaginación más poética no es capaz de imaginar cosa semejante; el mejor paisajista no podría trasladar aquellos lugares al lienzo. Los campos Elíseos de que nos habla la mitología no són más bellos seguramente.

Pasamos por Cioño, Pumarín, donde los Sres. Herrero poseén un magnífico y extenso jardín y un elegante chalet; Santa Ana, donde están los talleres de construcción de material de la línea y almacenes, y llegamos por fin á la Oscura.

En este último punto se está perforando el túnel de prolongación de la línea férrea hasta Laviana.

Sin detenernos subimos á la altura donde está situada la iglesia de San Andrés de Linares, entrando á reposar un instante en la casa rectoral, donde fuimos obsequiados con un refresco por la familia del párroco que á la sazón estaba ausente.

De regreso tuvimos el gusto de saludar al Sr. D. José Muñiz, párroco de aquel punto, quien estuvo sumamente atento con nosotros.

Y regresamos á Sama, y á la mañana siguiente Juan y yó á Oviedo.

La vista de la torre de la Catedral no me alegró como en casos análogos, lo confieso.

Otro día me ocuparé de otros asuntos que interesan muy de cerca á Sama, pueblo en el cual tan cariñosa acogida obtuvieron todos los forasteros y con especialidad Juan Llana y Recta.

EL CARBAYÓN.

PISTO.

¡Adios!—La Pascua de Resurrección.—Los bollos.—¡Eche usted cabritos!—¡A los huevos!

MAYA usted con Dios, señora, y si mi voto vale, no vuelva usted por acá.

Saludé su llegada con afectuosas frases.... ¿Cómo ha correspondido V. á mi cariño?.... ¡No hablemos de esto, porque se me enciende la sangre!

Traía V. en su cortejo abundancia de todo: bueno y malo. Su Estado Mayor se formaba de elementos que, si bien á la vista respondían al mismo fin, el paladar—perito indiscutible en estas cosas—decía á voz en cuello que eran de todo punto heterogéneos.

Mire V., yo he dado la razón constantemente á ese enemigo capital de mi bolsillo, que se había declarado en abierta guerra con sus compinches de V. los de Escocia y de Noruega.

¡Ah, escoceses malditos!.... ¡Pícaros noruegos!....

Pero, bien mirado, la culpa no es vuestra: esa vejestoria, como ha nacido en buena cuna, es inexorable en sus antiguas costumbres...! ¡La mesa de los pobres, dice, está bien honrada con el bacalao, (esa especie de pulpo que se agarra con poderosos tentáculos á los dientes, y despues cuesta Dios y ayuda el despegarlo); á la de las fortunas mejor acomodadas (usemos esta frase de moda) concurrirán vecinos de ambos sexos del Sella, del Nora y otros rios provinciales.

Así había dispuesto los respectivos *menús*.

¡El suculento salmón!.... ¡La sustanciosa lamprea!....

Sé de alguien que ha muerto de indigestión producida por esos *paísanos* nuestros. Pues doy una onza de oro (que no tengo ni tendré en mi vida, según vaticina Nostradamus) al que me pruebe que las sardinas y el bacalao han intentado siquiera la comisión de un homicidio en toda su vida.

Por lo tanto..., señora Cuaresma, que V. lo pase bien, y que el año próximo venidero me coja á mí con la misma salud que usted tiene y tendrá, á pesar de los años, y con idéntica armadura á la que hoy poséo en las *encías*, para destrozar á sus amigos (que también lo son míos ¡no faltaba más!) los de *extranjis* con-sabidos.

La Páscoa llega hermosísima y dispuesta á llenar de alegría el cotarro; infunde sangre nueva en las venas; da color á las ideas; pone lo más bonito de las rosas en las mejillas... ¡Hay trastos por ahí que hasta parecen guapos, picarescos y lustrosos con el color de bermellón que da la época!....

¡Los niños están locos!.... Los padrinos pagan el pato. Los laureles y las palmas entraron por casa hace ocho dias.

¡Flojo disgusto tuvieron los portadores al pensar que no podían recibir aquel dia el premio de su abnegación!.... Pero, en cambio, su satisfacción de ahora no conoce límites: la masa de vizcocho convenientemente blanqueada y con *frisos* morados, adornada con las flores sacadas de artificiales viveros, los tiene

fuera de juicio.... Después de meter envidia á otros muchachos de menor fortuna, meten el diente á la *esponja*.

¡Buen provecho!

~~~~~

El cordero pascual suministró numeroso contingente á la voracidad de los pudientes habitantes del casco de la población. Un simulacro de cólera morbo asiático, contra el cual nada podían los saludables consejos de un folleto famoso, se representó la noche del sábado último, y continuó durante las primeras horas del domingo. ¡No se veían más que blancas mortajas por las calles, que encubrían miembros rígidos, articulaciones contraindas por el dolor!.... ¡A mi casa no llegó ni uno de aquellos cadáveres!....

¡Juro que hubiera recibido honrosa sepultura!....

¡Inocentes corderos! La Cuaresma les deja esa herencia de lágrimas y sangre!....

Veán Vds. lo que son las cosas: *cabritos* de mayor cuantía alcanzan envidiable longevidad, y disfrutan tranquilos con el aumentativo de ascenso, de las delicias que ofrece la vida....

~~~~~

Escribo esto, como se escribe á la familia en el momento de llegar á la primera estación de la marcha, con el pié puesto en el estribo.

Me voy á Siero y escribo á escape.

Los huevos de la Pola llevan todos los años indefectiblemente á ese alegre pueblo gran número de ovetenses.... ¡Yo acudo.... en espíritu!

Aquellos colorines con que están *sazonados* me seducen.

Y no digo más, porque estas cuestiones són, hasta cierto punto, delicadas.

Ya hablaremos más detenidamente de esto á mi regreso en la Pega.

EL CARBAYÓN.

PATIFIESTO. (1)

A mis electores, digo á mi elector.

UN sentimiento de viva gratitud pone la pluma en mi mano: he sido derrotado, es verdad; pero no por eso desconoceré la perfecta unanimidad de aspiraciones, de propósitos, de nobilísimos deseos, que latían en vuestra alma (es decir, en la tuya) al depositar en la *urnia*, como dice un académico agreste, el sufragio con el cual se pretendía que yo fuese á sentarme en aquellos escaños. Para sentarme allí no necesito de los votos de nadie, y en buen hora lo diga.

Os debo, ó te debo, una explicación clara, terminante, concreta, de lo que he hecho, de lo que estaba dispuesto á hacer si, con efecto, no hubiera triunfado, como no triunfé, de lo que me alegro.

(1) Habiendo obtenido un voto en las elecciones provinciales, dirigí á mi elector el presente "patifiesto."

Aquí para entre los dos, te aseguro que no pensaba hacer maldita de Dios la cosa; y tocante á lo que he hecho, puede envolverse muy desahogadamente en una hoja de peregil.

Acaso os dirán, ó te dirán, que soy un *bienaventurado* por haber sufrido persecuciones por la justicia; te autorizo para que desmientas terminantemente semejante aserto: á mi no me ha *persecucionado* nadie, como diría el consabido académico.

Si te hablan de los *servicios* que presté á ésta ó á la otra familia, envía á paseo á quien eso te diga; porque ni yo soy fabricante de loza, ni menos presto esos muebles á nadie: ¡ hombre, hasta ahí podíamos llegar!

Es posible que algún chusco mencione mi nombre, relacionándole con sucesos trascendentales para la pátria. Dile que no sea guasón, que todos esos acontecimientos me han cojido en mi casa ó en el paseo, y que ni siquiera se dignó D. Arsenio escribirme cuando bullía en su magin la atrevida idea que realizó con gran fortuna.



En fin, amado pueblo, en las horas tristes de las amarguras, es cuando las almas bien templadas dicen las verdades de á fóllo á sus electores: yo no he hecho nada, absolutamente nada; pero en cambio pensaba hacer lo mismo, con lo cual, como dice no sé quien, se realiza la eterna ley de las compensaciones.

He sido vencido en noble lid: declaro que la vergüenza de la derrota no escalda mis mejillas. Si ahora me derrotaron, yo, que tengo fé en mi estrella, declaro rotundamente, sin abrigar la más remota sombra de duda, con el convencimiento que nace de lo más íntimo del alma, que en las próximas elecciones sucederá lo mismo, y en las que sigan idem de lienzo hasta la consumación de los siglos.—HIE DICHO.

EL CARBAYÓN.

AYER Y HOY

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

S EÑORITA: Permítame que bese reverentemente sus piés. He visto á V. y siento abrasadora sed de inextinguible amor. ¡Amor! Palabra que es á modo de concha dentro de la cual se esconde riquísima perla. Y ¿cómo verla sin sentir por V. ese dulcísimo afecto del alma? Yo no sé hablar del empíreo, ni de arreboles, ni de todas esas cosas que se encuentran fácilmente en cualquier discurso de Castelar; pero lo que sé, y eso no lo he adquirido en discursos, ni en libros, ni en periódicos, es que amo á V. de veras, á piés juntillos, de todo corazón, y resuelto, en último término, si V. me acepta, á tirar la casa por la ventana, es decir, á casarme.

¿Seré afortunado?..... El amiguito que tengo dentro del pecho y que pocas veces me engaña, me asegura que sí.

¡Ay, con cuánta impaciencia espera contestación su apasionado

COSME.

Conste, ante todo, que el autor de la precedente misiva no demostraba tener pelo de tonto. Comprendiendo que por la peana se adora al santo, comenzó besándola los piés, cosa que otros hacen á lo último, es decir, cuando la señora de sus pensamientos ha pasado á la categoría de *fiebre*, apelativo con que muchos maridos suelen calificar á sus respectivas mujeres.

Crean Vds. que esto es una exageración, señoritas?... Pues cásense y verán.

Por lo demás, yo no me fiaría mucho de esos suspirillos con que suelen dar fin y remate á sus cartas anatorias la mayor parte de los aspirantes á maridos.... Saben fingir tan bien los muy tunantes!...:

II

Cosme esperó contestación sentado.

—Són las diez de la mañana,—se dijo,—la criada le entregará la carta en el acto. La lee, coje papel, escribe.... y por el mismo conducto recibo el perfumado billete, continente de todas mis doradas ilusiones.

Después de esta luminosísima lucubración, cojió una silla, cabalgó en ella, se apoyó con ámbos brazos cruzados en el espaldar y.....

Creo haber dicho que esperó sentado.

Su fantasía se lanzó atrevidamente por las regiones de lo increíble. Allí la veía á ella vestida de tul y gualda, meciéndose indolentemente en vaporosa nube y sonriendo al enamorado soñador. Todos los arcángeles y querubines tenían su rostro.... De vez en cuando cerraba los ojos para abismar su espíritu en el recuerdo de su adorada.

El punto donde estaba era el más á propósito para tales sueños.

La ventana daba vista á panorámica campiña y sus encantos resaltaban ahora por la hermosura del día, en cuyo diáfano cielo no se notaba la más leve nubecilla.

A su espalda, y como á un metro de alto y avanzando otro tanto hacía el patinejo de la casa de Cosme, había un tejado en el cual, y en aquella sazón precisamente, se decían muchas cosas á su modo, Zapaquilda, gata de muy buenos pareceres, y Za-

pirón, gatazo de suyo simple, como todo buen mozo, que se atusaba el bigote de vez en cuando, y que soltaba mayidos denunciadores de grandes celos, de cuando en vez.

Cosme miró y sonrió á los enamorados felinos. Ella daba sus descargos, mas de sobra se colegía por la fiera de Zapirón que había moros en la costa. Pero pronto dió pruebas de ceder.

—¿Será así ella? ¿Llegará á engañarme? Si me llega á engañar, ¿tendrá la zalamería de Zapaquilla, para convertirme en un nuevo Zapirón....? ¡Qué grandísimo bobo!—dijo sin apartar su vista de los del tejado, —pues no se da poca prisa que digamos para recoger velas.... Tonto, que te engatusa.... ¿No adviertes en lo exagerado de sus zalamerías que te está engañando como á un chino?.... Observa como á la sordina dirige la visual hácia otro lado, y cómo parece que con esa visual se le van sus más dulces ternezas. ¿Lo ves, tontón? Ya pareció el otro. Magnífico, puedo distraer el tiempo.

Y sucedieron dos cosas á la vez; y fueron, que la criada, ya de vuelta, le entregó carta de su adorada, y que el rival de Zapirón, salvando lijeramente la distancia que le separaba de Zapaquilla, se aproximó lo suficiente á ésta para que recibiese instantáneamente la más fiera acometida del que, á no dudarlo, tenía el derecho de prioridad, escabulléndose entretanto por la guardilla inmediata la muy taimada.

A Cosme le tenían sin cuidado las peripecias de la lucha: abierta la carta y apoyado para mayor comodidad en el alfeizar de la ventana, la leía abstraído completamente en los conceptos que contenía....

—¡Qué letra más hermosa, qué corrección de perfiles, qué bien sabe poner la pluma sobre el papel *mi* Liboria!.... Luego ¡qué galanura de estilo, qué frase más correcta, que castellano más puro!....—exclamaba.

Miraba y remiraba, leía y releía.... De pronto una fuerza feróz le arrebató el idolatrado papel de entre las manos, y unas garras de acero le rasgaron rápidamente la piel del rostro, la del cráneo, la del pescuezo..... Quedó el pobre hombre como un mapa-mundi.

III

En el piso del pátio rebotaron dos cuerpos, y se oyeron dos mayidos formidables.

Los contendientes, sin curarse del golpe recibido, continuaron la lucha con redoblada fiereza.

Entretanto, el pobre Cosme se fué á la cocina en busca de una medicina casera para restañar las heridas, que no eran mortales de necesidad, ni mucho ménos; pero que le impedían salir á la calle en dos ó tres días.

Y ella que le daba la primera cita para las cuatro de la tarde en el salón del Bombé (porque la acción pasaba en Oviedo), ¿cómo perdonar el desaire que en su concepto recibiría si él faltaba á la cita?....

Y él, ¿cómo asistir, convertido como estaba en un *Ecco-Homo*?

De presentarse en el paseo con aquella *fisonosuya* tan averiada, se exponía á ser blanco de las chanzonetas del elemento joven; y lo duro del caso es que hasta la fecha aún no se ha inventado el modo de variar el rostro cuando convenga.

Pero está escrito en el libro providencial de los destinos, ó en otra parte, que al hombre de ingénio nunca le faltan recursos. Y Cosme estaba dotado de ingénio precóz, aunque lo disimulaba contra su voluntad, cosa que hacía pensar á sus amigos si sería silvestre del todo el pobre chico.

A las cuatro de la tarde en punto, (en todo caso la diferencia sería de minutos), Cosme se presentó en el campo, donde por única concurrencia, podrían contarse seis personas y tres ó cuatro sonámbulos, *chiflados* de primer grado, que nunca faltan en aquel ameno sitio, así lluevan capuchinos de bronce. Si bien su cara la tapaba casi totalmente enorme venda, no por eso dejaban de notarse algunos rasgos de la escuela pictórica, predominante entre los gatos y entre cierta clase de damas. Algo le preocupaba esta circunstancia; y para el evento de que ella formulara maliciosa pregunta, ya tenía él aparejada respuesta adecuada.

¡Oh, los hombres de ingénio, de que hablé más arriba!....

IV

El sol daba ostensibles señales de que muy pronto nos dejaría á oscuras. Al parecer hacían falta sus servicios en otro hemis-

ferio, y esta parte de la tierra, complaciente y agradecida, hacía su movimiento de rotación para que el astro rey no se molestase corriendo á ocultarse en el ocaso, como aseguran no pocos poetas bajo su palabra, opinión nada conforme con la expuesta por Galileo.... Pero no nos metamos en dibujos, y al grano, que es lo que importa.

La banda musical de *Santa Cecilia* lanzó al espacio los primeros acordes de un brillante paso-doble: en la enramada cantaban una porción de pájaros vocingleros que alborotaban cuanto podían para hacerla competencia; en el pasco había numerosas parejas que se arrullaban al compás de aquellas notas.

La música infunde alientos al más cobarde.... Cosme no reparó en su estado.... Liboria estaba allí, hermosa y seductora, flechándole con sus miradas....

Ánimo.... y á ella.

¡Calabazas!.... Que si quieres. ¿Cuándo se ha visto que las recibiera un escribiente con tres mil reales de sueldo y manos *puercas* si á mano viene?.....

Una *conveniencia* así no la rechaza ninguna Liboria en estado de merecer, por muy enguantada y emperifollada que ustedes la vean; porque lo primero es lo primero, y ¿á qué está una?... Y en último resultado, casado le vea yo, que después él lo arrancará, ó le arranco las entretelas.

¡Qué triunfo! Cosme estaba que no cabía en sí de gozo. El alma se le asomaba á los ojos para decir á todo el mundo que estaba henchida de placer. Él no daba punto de reposo á los puños de la camisa, ni dejaba en paz la vergonzante *pelusa* que sombreaba un tanto su labio superior. Alguna vez se le corría la banda que tapaba la fechoría de Micifúz y Zapirón; pero en este caso cuidaba él con diligencia extremada de retrotraerla á su cometido, y apenas si media docena de personas, á lo sumo, llegó á advertir que aquéllo no era dolor de muelas, que es dolor de enamorados incapaces de sacramentos.

Liboria, por su parte, estaba entusiasmada. Aquel dolor de muelas prematuro era el primer beneficio que la consagraba Cosme, testimonio irrecusable de su grande amor. Su conquista era tanto más valiosa, cuanto que por el galán se pirraban algunas de sus amigas, cosa que habían tenido la flaqueza de manifestarla en alguna de esas íntimas confidencias en que las jóvenes se lo comunican todo.



Algún respeto infundía en Cosme el amor al lujo que notaba en Liboria; pero esto, hasta cierto punto, era disculpable, dada la desahogada posición que disfrutaban sus padres, los cuales necesariamente habían de *traer* á sus hijos, en cuanto á la vestimenta, á la altura de su rango y circunstancias, no pudiendo en esto ser ménos que los de D. Perengano y costilla, que traían á los suyos hechos unos brazos de mar.

Además que Liboria se lo merecía todo por su laboriosidad. ¡Qué chica! En el ramo de modistas ninguna le aventajaba. Ella se hacía los vestidos, y les daba cien vueltas para que siempre fueran de moda y estuvieran nuevos.

Al bueno de Cosme ninguna de las recomendables cualidades que adornaban á su adorado tormento se le escapaba. Es más, hasta sabía que era algo viva de génio, y muy capaz de dar de bofetadas al mismísimo lucero del alba; pero á esto *argumento* le retorció el pescuezo con este otro, que no tiene vuelta de hoja: casada te vea yo, que ya amansarás.

V.

¿Verdad, lectora amable, que se haría el presente articulejo muy pesado, si me pusiera á seguir á Cosme y Liboria desde el campo á casa; si á más de esto contara el diálogo insulso que sostuvieron por el camino; si después mencionara el acto solemne de la presentación del novio á los papás?... En fin, si refiriera punto por punto todas las peripecias por que tuvo que pasar el infortunado Cosme, en el no largo *via crucis* de sus amores, que terminó en el Calvario del matrimonio?

No; mejor es hacer completa abstracción de todo esto. Ya se saben las peripecias, vicisitudes, inquietudes, sobresaltos, duelos y quebrantos, que á las veces son quebrantamientos de huesos ocasionados por algún iracundo rival, que ocurren á los enamorados donceles, cuando aman con buen fin, y el adorado tormento no tiene sobre qué caerse muerto, como no sean humos muy subidos de señora, con los cuales no se ha conseguido otra cosa hasta la fecha, que hacer más dura, más terrible, más pesada, la carga que imprevisoramente aquél se echó sobre los hombros.

Cosme Pocopan, después de mil contrariedades que se oponían con tenacidad inusitada al logro de sus dorados sueños, oyó pregonar su nombre desde el altar mayor en la misa del día, unido al de Liboria Sincebera, ilustre apellido muy conocido en Ovie-do, si bien nadie lo lleva, ni ménos quiere llevarle porque dicen los eruditos que la falta de *cebera* es signo de hambre.

Bien saben ustedes que desde esta notificación á la ejecución de la sentencia—sobre todo si es primera y última—no suelen mediar arriba de tres días, y en efecto, proclamados un domingo, Pocopan y Sincebera se casaron el miércoles inmediato.

Debo hacer constar, que por vía de dote recibió nuestro héroe un ascensito de dos mil reales, que, unidos á los tres mil que ya venía disfrutando, hacían cinco mil cabales y sin que el descuento se metiera con ellos, pues el hombre prestaba sus servicios en una empresa particular.

VI.

Líbreme Dios de meter mi cuarto á espadas en esa cuestión tandebatida del matrimonio, que álguien comparó con una plaza fuerte, porque los que están fuera quieren entrar, y los que están dentro quieren salir, ni ménos puedo estar conforme con el pesimismo de aquel recién casado, á quien le preguntaron qué tal le parecía y cómo le iba con su nuevo estado; á lo que él contestó: — Al principio mal, por la falta de costumbre: ¡ah, pero después— y el hombre sudaba—es cosa de pegarse un tiro!.....

El que se casa, allá él, y con su pan se lo coma; pero los que no tienen perdón de Dios, són los Cosmes Pocopan que se casan con Liborias Sincebera; y esta clase de matrimonios abunda que es un portento.

¡Es claro! A los quince días ó al mes, el hombre comienza á palpar la enormidad del abismo en que se metió; advierte que su mujer no sabe poner un mal puchero freseo, ni freir un par de huevos, ni hacer una triste jícara de chocolate, ni fregar un plato, ni barrer la alcoba, ni arreglar la cama... La señora sirve, eso sí, para sentarse en la butaquita ó en la sillita de costura: coser unos volantes, repasar unos calzoncillos, y arreglar sus

perifollos para presentarse con decencia en la calle; pero para todo lo demás se necesita criada, y además asistenta para que traiga el agua.... Por supuesto, que después de los nueve meses, cuando el fruto de bendición llena con sus berridos de inefable gozo al padre, viene á aumentar el personal y el presupuesto de gastos la famosa ama de cria; pues si bien la señora está en muy buenas condiciones para lactar por sí misma á su tierno vástago, eso de criar *acaba* mucho, y la señora quiere conservarse tan fresca y rozagante como de soltera.

Todo esto pasó por el pobre Cosme, lo palpó el pobre Cosme, lo sufrió el pobre Cosme, y juzguen ustedes cómo se las arreglaría el cuitado para sufragar los enormes gastos que comenzaron á asomar la cabeza desde el primer día.

Su principal era muy bueno y le protegía visiblemente.... Al mes de casados le subió el sueldo; y por el momento no se necesitó más que criada, porque habiéndose ido á vivir á un cuarto que tenía *agua en casa*, se suplía la asistenta con diez reales que mensualmente le pagaban al casero por áquel concepto.

VII

En honor de la verdad, Liboria había mejorado mucho con el matrimonio. Después de echar al mundo el primer vástago estaba que daba gusto verla. Flacucha y casi trasparente ántes, vinieron carnes en el grado necesario para tapar aquellos huesos y dar morbidez y elegancia á aquellas formas. Esa metamórfosis se había operado sin transición, tranquila y paulatinamente; no le sucedió, pues, lo que á algunas cuya grosura es tan rápida que más bien parece hinchazón.

Puede asegurarse desde luego que la mujer de Cosme era una realísima moza, así como suena; y ruego á la maledicencia que aparte de ella sus venenosas garras, porque, eso sí, Liboria sería dentro de casa un mueble elegante, y en la familia una verdadera calamidad; pero, en punto á honrada, nadie podía ponerle el pié por delante, ni aún encontrar en sus pensamientos, tocante á falta, lo negro de la uña.

Y por lo tanto, si el principal protegía á su dependiente Po-

copan, no era por otra cosa que por los buenos servicios que le prestaba Cosme.

VIII

El cual Cosme andaba ya cariacontecido y como si le hubiera caído en cima el viaducto de la Selguera, que como ustedes saben está falso.

Y más veces se arrepintió de haber amado á Liboria que de pelos tenía en la cabeza.

Pero, hombre—solía decirse—¿en qué demonios pensaría yo? Es honrada y buena, y complaciente conmigo, siempre que yo esté conforme con todo lo que ella ordena y manda, porque en otro caso, ya sabe tracrme á buen camino con alguna bofetada de cuello vuelto ó arrojándome cualquier cachivache á la cabeza; pero en lo demás, es santa y buena, sí señor;..... á pesar de lo cual yo no soy feliz con mi mujer.

Me mato, me sacrifico, sudo el quilo, trabajo como un negro, reúno entre sueldo y gajes unos diez mil reales, y no puedo vivir..... Que la plaza está cara; corriente. Que no pocos tahoneros són unos ladrones; corriente. Que las revendedoras contribuyen á encarecer lo que dán el mar y los celleros; corriente. Que á veces pagamos á ocho reales la libra de merluza de ocho días; corriente. Que gracias á las tarifas de consumos que se confeccionaron en tiempo de un ex-alcalde famoso (en el buen sentido de la palabra) no se puede vivir en Oviedo porque hay artículo que paga el 125 por 100 á su ingreso por las puertas; corriente.... Corriente y mil veces corriente. Pero aún así y todo, en una vida modesta como la que yo pretendo para mí y para mi familia, con diez mil reales debiera vivir si Liboria supiera ser hacendosa y mujer de su casa..... ¡Cuánto daría yo por una de esas mujeres de las que se dice que saben dar treinta y cuatro vueltas á una peseta, y tal mano se dán para manejar el sueldo del marido, que no parecec sinó que por aquellas puertas entran los tesoros de un potentado cuando el hombre lleva los veinte duros de paga al mes!..... Eso es casar bien, y lo demás es bobería. Eso de que es guapa, buena moza, y de que viste con elegancia, desaparece en quince días, y solo queda la triste realidad de la señorita que

creyó se la sacaba de su familia para ser señora completa, con todas las comodidades del cargo.... ¡Bien caro pago mi error! Si la fortuna permitiera que me volviera á casar (lo cual no es posible, porque las Liborias enviudan más bien que dejan viudo) ya sabría yo dónde escojer mi media naranja.... ¡Lo que cambian los tiempos! Ayer tan enamorado, hoy—lo confieso—nó ménos enamorado; pero ¡qué diferencia! Ayer andaba por las regiones de lo ideal y no veía más que á mi ángel; hoy piso el terreno de la realidad, y toco á mi mujer. ¡Qué decepción!

.

¡Qué tonto fué Cosme!

De Liborias está el mundo lleno.

Y aquí entre nosotros, la que ménos se cree con un abolengo ilustre, señora de campanillas; y tales pretensiones són incompatibles con la modestia y lo decente en el vestir y en el vivir que lleva consigo el matrimonio cuando no se cuenta con otros recursos que los que proporciona el trabajo.

Si bien no es general—aunque anda cerca— la que más y la que ménos cree sinceramente que la cosa está en traer bien el velo, el traje, los guantes, con el aditamento de miradas, y sonrisas, y movimientitos previamente consultados con el espejo, gran maestro de mímicas.... Si además conoce fusas y semifusas, y corcheas y calderones, y sabe cantar aquí ó allá, la educación de la niña es completa, y ya sabe lo que se lleva el hombre que escoje semejante mujer: de seguro que no podrá envanecerse de tener á su lado un trasunto de la *Perfecta casada* de Fray Luis de Leon.

.

Conste que esto no es una censura á nadie concretamente.

Para el presente articulejo me han servido elementos desperdigados recojidos sin dificultad por esos matrimonios de Dios.

Y ha sido inspirado por el saludable y buen deseo de ser útil á muchos Cosmes que andan por ahí en forma de canuto.

A los cuales, y á mayor abundamiento, debe hacérseles saber, que por esta tierra, que anda muy léjos de ser tierra de promisión, hay muchas Liborias Sincebera.... y *Pico*.

En cuyo *pico* está el *busilis* de no pocas cosas.

ALMANAQUE DE EL CARBAYÓN.

1882.



PISTO.

Sanos consejos.—Scila y Caribdis.—Plancha.—Un Matein Sileno.—Ella, él y el tío.—Ojo al sombrero.

A estamos en pleno período mateinesco. Las fondas, las posadas, los establecimientos de comidas y *vebidas* comienzan á poblarse de forasteros que abandonan sus hogares, ansiosos de presenciar los festejos con que el Municipio ha resuelto obsequiar á propios y extraños.

Sean bien venidos, y nosotros sinceramente esperamos que, al abandonar la capital de la provincia, noble cuna de ilustres varones y de preclaras hembras, de esas que derriten los sexos á cualquiera con el fuego de sus miradas, sólo lleven gratos recuerdos y el propósito, más ó ménos firme (porque en esto de la solidéz de los propósitos no me gusta entrar), de volver á visitarnos dentro de un año, ó antes si hubiera peligro de aburrimiento, y alguna solemnidad extraordinaria lo hiciera menester.

Para que estos deseos, loables en grado superlativo ó máximo, obtengan el merecido éxito, es preciso que ustedes procuren á todo trance huir de dos peligros, especie de Scila y Caribdis, en que, no viniendo provistos de abundante dosis de previsión y, más que todo, de fuerza de voluntad para resistir la tentación del pecado (*liberanos domine*), caen con gran facilidad nuestros amables huéspedes, principalmente los que pertenecen al sexo feo.

Los dos peligros que apunto, abismos tan terribles como los que la mitología puso en el estrecho de Sicilia, tienen tambien su personificación en el *libro de la fábula*, estando representados, el primero por el hijo indiscreto de la diosa de Citeres, como le llama Velez de Guevara, y el otro..... ¿Por quién está representado el otro?... Por vida.... ¡quedar así cuando tan bien iba saliendo ese rasguito de erudición!...

Ello es que si Vds. quieren regresar en paz y contentos al punto donde tienen sus dioses penates, deben huir de todo roce con las palomas de bajo vuelo, que estos días concurren á Oviedo en numerosas *bandadas*, como tambien es forzoso que escapen de todo contacto con la oreja de Jorge, cuya primera propiedad consiste en derretir el oro y la plata, metales que se filtran á través del tejido de los bolsillos, acabando por desaparecer del poder de los incautos que se atreven á tirar de aquel delicado órgano.

Si así no lo haceis..... en el pecado llevaréis la penitencia.

Asemejábase aquella cabeza á la torre de Babel en la diversidad de ideas que contenía, y que pugnaban por salir todas á la vez; la estropajosa lengua apenas si acertaba á formular palabras incoherentes; los brazos movíanse como aspas de molino, y las piernas.... ¡cielos! avanzaban y retrocedían y daban tres ó cuatro pasos hácia el flanco derecho y viceversa como si sostuviesen con gran trabajo el edificio que llevaban encima.

Pues sencillamente, que se echaba de ver que el hombre había matado el tiempo *tirando á los vencejos*; pero con mala pólvora, sin duda... Acaso con ese vil peleón tan reñidor de suyo y que, según la acertada frase de un respetable amigo, da las puñaladas en las cuestiones que promueve (el vino, no el amigo).

Yo no sé si descendería del viejo sátiro que crió á Baco, pero

toda su facha era de Sileno endurecido en el vicio. A su lado iba una jóven, no sé si pastora, sirviéndole de muro de contención, vamos al decir.

Eran las tres y media de la tarde; hora poética, y más poético el sitio elegido por él para decirle media docena de ternezas á ella, pues segun pudo deducirse de algunas palabras de *entrambos*, habian sido amantes.

Qué protestas de él y qué dura de pelar estaba ella....

La escena se representaba en la parte superior del lago. Muy cerca del carbayón tomaron asiento y allí.... si esto, si lo otro, si lo de más allá.... A punto estaba ella de ceder y dar al olvido pasadas cuitas, cuando se presentó un tío.

Ella huye. Aquel tío, era su tío.... ¡Valiente tío!

Sileno escucha frases duras, frases fuertes de severa reconvencción y de amenaza. La tempestad vá á estallar, comienza el estallido.... pero á lo mejor se quedó. Lo mismo, ni más ni menos, que muchos fuegos de artificio.

El tío.—Te habló así porque tú quieres perderla.

Sileno, con un guiño de beodo malicioso. —¿Temes que se pierda, eh?... Pues anúnciala en los *papeles* y da una buena gratificación á quien te devuelva tan bella *alhaja*.

Y se alejó dando traspíes. Este cuadro es histórico; lo presencié uno el sábado último, quien nos lo contó en secreto y con la misma reserva lo damos al lector.

Como se vé por lo que queda trascrito, los festejos de San Mateo prometen.

Va á ser cosa difícil librarse de ciertos obsequios de algunos mateinos inflamables.

A juzgar por los *preliminios*!....

Por mi parte viviré en guardia, y tendré buen cuidado de que el hongo.... no cambie de forma. Además pienso usar barbuquejo.

EL CARBAYÓN.

EL PRIMISMO.

L primista es un tipo. El *primismo* es una institución.

Esa palabreja no la aceptó aún el diccionario; pero en cambio existen otras que representan la misma idea.

La voz *primo* no se aplica sólo al pariente dentro de tal ó cual grado: para los vividores todos los días nace un *primo*; la cuestión estriba solamente en saberlo buscar.

De esta explotación de un sujeto obtenida por medios más ó ménos habilidosos, pero siempre exentos por completo de todo sentimiento decoroso, nació la palabra *primada* que, limitada en un principio á tomar café ó fumar por cuenta de ageno bolsillo, adquirió muy pronto tal magnitud y osadía que no tardó en meterse en toda suerte de remates, así de bienes nacionales, como de obras públicas, como de cualquier otro órden en el que hubiese por álguien un interés efectivo: el rematante de buena fé tenia forzosamente que sucumbir á las exigencias de los primistas, que le asediaban y mortificaban con amenazas hasta que obtenian una concesión metálica, por tan indigno modo adquirida.

Originábanse, y nacen de aquí todavía confabulaciones odiosas á las cuales no logra poner cortapisa el *Código penal*, no obstante la severidad de sus prevenciones, resultando de las mismas una pérdida efectiva experimentada por el vendedor, pues con-

tento con la ganancia conseguida á poca costa por el primista, se retira dejando el campo libre á quien, á su vez, obtiene con mayor ventaja la adquisición por que habia suspirado.

Si los hombres que se dedican á ganar cinco, diez ó más duros descendiendo al papel de primistas se parasen á reflexionar un poco, es probable que se avergonzasen de si mismos y que sintiesen sonrojo en el rostro y quemazón en las manos, al recibir las monedas que resultan ser el pago de.....

Y qué persona que se estime algo, que aprecie su nombre y su decoro no rechazaría con indignación toda idea de lucrarse, si considerase que lo hacía por un procedimiento que, aún calificándolo suavemente es forzoso poner por bajo el nivel del usado por José María en las escabrosidades de Sierra Morena, el cual corría riesgos efectivos y seguros, mientras el primista hace su negocio, realiza una estafa sin peligro de ningún género, sin aventurar por el momento ni el más leve borrón que pudiera caer sobre su nombre ó su fama?

Por fortuna, mientras no se advertia lo ilegal del acto (ya que no queremos llamarlo de otra manera), personas muy dignas lo ejecutaban creyendo que al percibir el dinero convenido, recogian una suma lícitamente ganada; pero cuando se apercibieron de los caracteres que el hecho revestía, abandonaron el campo á los que más tardos ó más perezosos en fijarse, siguieron enriqueciéndose por ese medio.

No es dudoso que el *primismo* desaparecerá, ó que al ménos quedará relegado tan sólo á los que consideran que todos los medios són buenos para obtener dinero, séres de conciencia tan elástica que les permitiría robar sin reparo sinó fuera por los miedos que en su alma ruin infunden los tribunales.

En tanto llega ese momento, las corporaciones toman medidas para que no resulten lastimados sus intereses en los remates que celebran frecuentemente; pero las adoptadas no hace mucho por nuestra corporación municipal nos parecen del todo deficientes ó ineficaces, por lo tanto, para alcanzar el fin propuesto.

A nuestra vez nos permitiremos indicar otras que calificamos desde luego de arbitrarias; pero indudablemente darían resultado.

Supongamos un remate en el Ayuntamiento ó en la Diputación provincial: momentos ántes del acto buen número de personas circula por aquellos pasillos; hay caras que no engañan y

desde luego se advierte quiénes són los compradores de buena fé y quiénes..... lo otro.

Se reúnen en grupos, cuchichean, se aproximan á las ventanas ó á los balcones para hablar con más libertad y en esto suena la hora y se anuncia la subasta. ¿Cuántas personas entran en el lugar donde ha de celebrarse el remate? Dos. ¿Cuántos depósitos hay hechos? Diez. Pues bien, los ocho restantes no se devuelven, destinando el importe de los mismos á remediar las necesidades de algún asilo benéfico, ya que no sea posible llevar á la cárcel á los que los consignaron.

Que para librarse de esta pena se presentan todos á tomar parte en la licitación y dán su pliego que no abona el presupuesto.... Pues se aplica el mismo castigo y así no se efectuará el engaño.

Claro está que también sería conveniente estampar sus nombres en el *Boletín Oficial* y en los periódicos locales para honra y gloria de los interesados.

Consideramos de absoluta necesidad la adopción de medidas enérgicas que hagan desaparecer el mal que denunciamos, y esperamos que serán tomadas por las autoridades y corporaciones con el fin de que se extinga esa lepra que viene lastimando hace tiempo muy sagrados intereses.

Si se logra hacer desaparecer al *primista* se habrá conseguido un beneficio de tal naturaleza que ha de redundar, nó sólo en favor de aquellos intereses, sinó también en el del decoro del mismo interesado, que no se verá manchado con el vergonzoso estigma del *primista*.

EL CARBAYÓN.

LA SEÑA DEL TRES.

(AMORES DE UN VIUDO JÓVEN).

A mayor barbaridad que un marido puede hacer... es dejar viuda á su mujer.

La alta filosofía que encierra este refran, epígrama ó lo que sea, no se escapará seguramente á la ducha penetracion de mis lectores.

Bien persuadido yo de ella, no obstante ser un ángel mi difunta, opté porque me precediera en el eterno viage.

¡Mi Pascasia!... Todavía se me humedecen las pupilas recordando su suave, sonoro y hasta músico nombre.

¡Qué buena era!... Alguna vez le *pruian* las uñas y me arañaba; pero, para tales casos tenia yo aparejadas las bofetadas solemnes, y con una de cuello vuelto se quedaba tan tranquila.

Y no habia mas.

En los años que estuvimos sugetos por el santo yugo, jamás se alteró la paz de la familia.

La mujer propia es como la salud: no se la echa de menos hasta que se pierde.

Muerta Pascasia, noté en el hogar un vacío inmenso; en mi corazón la falta de algo así como vida de mi vida, sér de mi sér, carne de mi carne.

Me parecía que yo no estaba completo.

Mis hijos atenuaban con sus constantes caricias la profunda pena que sentía.

Pero... En fin que en la familia y en el alma no hay medio de suplir la falta de la que es el ángel tutelar de la casa.

Los hijos... bueno. Qué no les falta nada—habiendo dinero—de lo material, de lo mecánico.... perfectamente.

Pero...

Vuelvo á mi tema: la madre no se reemplaza de ninguna manera.

Una nueva esposa, reuniendo buenas prendas, puede lograr que no se sienta tan vivamente la perdurable ausencia de la anterior, y sea para todos un lenitivo á los males experimentados.

Francamente, no acierto á explicarme la existencia del soltero.

Su vida tiene que ser forzosamente triste: aún por egoísmo el hombre debe ser casado.

Aislado, solitario, amado por los parientes con cuenta y razón, deslízase la vida del célibe por senda de abrojos, no recojiendo sino amarguras y sinsabores; al revés del que se ha formado una familia, que disfruta de las inefables caricias que le proporcionan los seres que le deben el sér, á cuyos coros de ángeles dá mas solemnidad la dulce mirada, la bondadosa sonrisa de la madre.

¡Cuando recuerdo á mis nenes!...

¡Cuando recuerdo á mi Pascasia!...

El hombre soltero sólo lo comprendo viviendo sus padres, porque entónces, y así peine mas canas que un ermitaño, es el niño de la casa.

Y ser niño toda la vida, qué mayor dicha...

Pero me causa grima oír á algun *zamacuco* de esos que andan



por ahí aducir en pró de su estado la siguiente estupenda razón:
El buey suelto...

Bien reparados, los tales sugutos son bueyes en el fondo.

Por lo que acabo de decir, se ven claramente mis opiniones resueltamente favorables al matrimonio.

Amen de esto, el corazón que Dios me puso en el pecho es de oro.

Amen de esto, muy impresionable.

Amen de esto....

Pero basta de amenes: con tan felices disposiciones nada tiene de particular lo que me sucedió.

Era el día de San José
Y para hablar en verso....
La ví y la amé.

Y vamos á ver, ¿qué?

Debo consignar, como antecedente, que no fué ese el primer día que la ví: hacía algunos meses que tenía mi amor puesto en ella, amor puramente platónico, que es amor de tontos.

En mi pueblo, el día de S. José se celebra la mejor romería del año.

El lugar donde se celebra es más bonito que el de Villafria dicho sea sin ánimo de ofender la coquetería de nadie.

El cielo estaba azul, el sol espléndido, la señora de mis pensamientos al lado de un puesto de dulces... y yo hecho un caramelo.

¡Ay!... Dejad á mi pecho que desahogue con un suspiro.

Me acerqué á ella (no van á creer Vds. esto en un viudo) todo ruboroso y temblando.

Debía parecer un doctrino.

Su mirada se cruzó con la mía, se puso también colorada, sonrió como deben sonreír los querubines, y bajó la vista.

Por tres ó cuatro veces intenté hablar, pero mis esfuerzos eran inútiles.

Francamente, á los ojos de los que nos miraban debía hacer yó un bonito papel.

No acerté siquiera á comprarle unas rosquillas; por un supremo esfuerzo, recobré el uso de la palabra.

La miré de nuevo, abrí la boca y dije:

—V. lo pase bien.

Oí que sus lábios de ángel pronunciaban las siguientes palabras:

—Vaya V. con Dios.

Y casi satisfecho de mí mismo, eché á andar sin atreverme á volver la cara.



Eso bastó.

Ella conoció desde luego el profundo amor que había encendido en mi alma.

Yo, sin preciarme de perspicáz, adiviné que no le era indiferente.

Semejante descubrimiento me llenó de júbilo.

El porvenir era mío.

Pero ¡qué tímido pone á uno el amor!

Parece mentira, hombre; no me atrevía á nada.

Como tal situación no podía durar, y el puesto vacante por defunción de Pascasia reclamaba con urgencia sustituto, me ví en la necesidad de hacer de tripas corazón.

En su casa había café: ella solía jugar á la brisca; yo jugaba también... La casualidad hizo que me tocase de compañera... ¡Figúrense ustedes!

De pronto cierra un ojo, pero con una gracia tan seductora, tan llena de encanto, denotando tan espresivamente que me correspondía, que yo, no queriendo ser menos, y entendiendo, no lo que la seña propiamente significaba, sino lo que á mí me pareció, es á saber, que me amaba como TRES, abrí los ojos cuanto pude, demostración de que la amaba como ciento, y como los con-

trarios habian sorpuendido (ambas señas, entendiendo este lenguaje mudo en el sentido que tiene en la *brisca*, exclamaron:

—Ella, el *tres*; él, el *as*.—Y arrojando las cartas con despecho, añadieron: dámos el juego.

.....
Si todavía el sacerdote no bendijo nuestra unión, no está lejano el día en que podamos decir, ella y yo, confundidos en estrecho abrazo, recibida la sanción de la Iglesia:

—Efectivamente, hemos ganado el juego.

Y mis hijos tendrán una segunda madre.

Entre otros papeles que nada decian, encontré la presente narración el otro día en la *féria* de los *tramposos*.

Los personajes son de carne y hueso; no vayan ustedes á creer que es *filfa*.

EL CARBAYÓN.

DESDE EL JARDÍN BOTÁNICO.

SR. DIRECTOR DE EL CARBAYÓN.

ESTIMADO señor: Escribo con la pluma mojada en el fango de estos senderos, única tinta que podemos usar los que carecemos de la protección municipal. ¡Viérame yo en la pajarrera del Lago á cubierto de las inclemencias del empecatado temporal que atravesamos, y con la mesa puesta á todas horas, y *ainda mais* (como dice un gorrión expatriado amigo mio), con mi mujercita al lado y ya vería V. con qué risueñas tintas aparecerían mis pobres renglones escritos!...

Sinó que muchos se quejan de vicio, y el *tórtolo* es uno de ellos... ¿Qué tendrá que reprochar al palacio donde habita, y para cuya construcción parece que se tomó como modelo uno de los monumentales morriones que usaban los milicianos allá por el año 20? Podrá ser de mal gusto esto; pero es incuestionable que allí viven al pelo y deben estar agradecidos á la protección que les dispensa el lugarteniente de marras, ó no hay gratitud en la tierra.

¡Aquí quisiera yo ver al señor *tórtolo*!... Esto es una ruina; la nieve ha sido implacable. Su inmensa pesadumbre ha destruido

lo mejor del arbolado. Lo ha tapado todo de tal suerte que no se atrapa un gusano por un ojo de la cara de cualquier cristiano-hembra, de esas que se ven por ahí, porque en las Ordenanzas no se ha dado la suficiente laxitud á la parte que trata del ornato, al cual ofenden á diario las susodichas caras.

Mi punto de residencia es el llamado—no sé por qué—Jardin Botánico. Recuerdo por cierto que contra esta denominación solía protestar un individuo de la especie humana, de excelente corazón y que me protegía echándome migajas de pan cuando se sentaba al lado de la *Mimosa* á tomar el sol. Alguna vez le oí exclamar con amarga ironía—¡Botánico!.... *Canape*, y no hay una yerba medicinal. Aquel grande cuanto oscuro herbolario tenía un mote con que le saludaban las gentes, y sobre todo los estudiantes, no sé si en són de burla, y que, en la hipótesis de que fuese así, no quiero repetir para no ofender su memoria.

Los árboles són nuestro abrigo y nuetros graneros de ordinario, y en crisis tremendas como la presente es cuando hasta los más ingratos aprecian los efectos de su amorosa protección. Mi dolor, por lo tanto, se centuplica ante el cuadro desolador que contemplo. Todos han sufrido, señor director; la *Mimosa* y los *eucaliptus* tienen sus mejores brazos mutilados á cercen; las *mag-nolias* besan el suelo con el tallo partido, y figúrese V. lo que sufrirán al verse así las que se contemplaban orgullosas adornando el Bombé y siendo objeto de pecaminasas miradas en muchas ocasiones.

Al llegar al Bombé me dió la risa. Hay muebles de mal génio. Uno de los bancos, no queriendo soportar el peso de la nieve, se tumbó de espaldas. Se conoce que sólo aguanta ancas de los bípedos implumes.

Los robles són muy bravos; soportan el temporal imperturbables y no les dá una higa por los blancos copos que caen. Los del paseo de la Herradura nos van suministrando—aunque muy tasado— el alimento, que no es de mi agrado por cierto, pero á falta de pan buenas son tortas.

En la hora que escribo (las cinco de la tarde del domingo 11 de Marzo, que hemos de recordar mientras vivamos) está solitario y triste. Ni el *padre*, ni el *hijo*, ni el *bombo*, ni la gente de bronce se ven por allí. Escasas personas circulan bien arropadas por estrechos senderos abiertos por la pisada del hombre.

No quiero meterme en consideraciones sobre lo espantoso de

mi situación. Pues agrega á esto, *chorlito*, que á lo mejor se vé uno expuesto á recibir como caricia una fuerte pellada, ó bien oyes decir, al pasar buscando abrigo por entre el boj, como of á uno de aquéllos, barbudo como un macho cabrío:

—Con diez y ocho ó veinte como *ese*— tiemblo todavía al recordar su mirada—¡qué buena cazuela!...

Este bruto, por lo visto, necesita para desayunarse un cuarto de buey.

Suyo muy afectísimo.

UN MALVÍS.

Postdata.—Se me olvidada decirle que aquel armatoste que hay en el centro del Botánico, y que algunos llaman *cenador*, se hundi6 tambien.

¡Ni el hierro resiste semejante tiempo! — VALE.

EL CARBAYÓN.

EL MAL DE PIEDRA DEL CEREBRO.

LA última obra de Galdós es maravillosa como todas las suyas. Cada uno de sus capítulos es un cuadro bien pensado y desarrollado con irreprochable corrección sobre el lienzo. Los críticos más eminentes mojan en tinteros de incienso y mirra su pluma para escribir merecidas alabanzas al novelista ilustre.

Los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós marcan briosamente la potencia del génio creador, pues, aparte de la narración histórica, cuya galanura de estilo seduce desde los primeros párrafos, y en la cual hay el colorido propio del momento, que enciende la sangre con el fuego sagrado del amor á esta noble España, ó hace asomar el sonrojo al rostro ante las miserias cortesanas de aquel reinado de principios de siglo que no cito, los tipos que presentan són perfectos, diré mejor aún, són acabados. La primera série, auto-biografía de Gabriel de Araceli, demuestra todo lo que el autor ha querido demostrar, es á saber, que la perseverancia y fuerza de voluntad, ámbas cosas protegidas por auxiliares indispensables, también propios del individuo, lo consigue todo; y demuestra á la vez lo que al principio de este párrafo hemos afirmado, lo que nota el lector igualmente en la segunda série: que los *Episodios* són un monumento de la litera-

tura pátria, en los cuales se saborean con delcete los sazonados frutos de una inteligencia superior y fecunda.

Sus novelas españolas contemporáneas han motivado reñidas controversias. Pero, no obstante las difícilísimas cuestiones que algunas tratan y desenvuelven dentro del ropaje espléndido con que el escritor dá forma á sus creaciones, ninguna le acarreó la animadversión enconada de nadie, reconociendo sus mismos adversarios, que aquella pluma privilegiada no había sido guiada por un espíritu hostil y de secta hácia determinadas instituciones.

Gloria y *La familia de Leon Roch*, aún consideradas desde este punto de vista, merecen ser leídas por quien no vaya prevenido y dispuesto por lo tanto á encontrar audacias imperdonables, merecedoras del peor de los suplicios para el escritor: del suplicio del desprecio.

Después viene *Marianela*, idealista y romántica, que se aparta gallardamente de esas resbaladizas lucubraciones: pasado un lapso de tiempo más largo, mucho más largo de lo que permitía la impaciencia de los lectores, asoma la cabeza *Celipin*, protegido de la infortunada *Nela* y, más tarde, según indica el título de la obra, muy respetable señor *Doctor Centeno*, rodando por las calles de Madrid, andrajoso y maltrecho, lleno de ánsias por aprender de letras y llegar á tomar el pulso á médio mundo, experimentando, para comenzar, las consecuencias del tabaco con una solemne borrachera, por cuyos trabajos pasan todos los aprendices de fumadores, *trabajos* providenciales para él puesto que ellos le ponen en relación con el simpático señor de Miquis.

Para saber algo hay que comenzar por ir á la escuela; y allá vá el bueno de Felipe, cabiéndole nó sé si la suerte ó la desgracia de dar con una regentada por D. Pedro Polo y Cortés, respetable señor, enamorado de aquella sábia máxima que asegura que *la letra con sangre entra*; y si bien no le daba una aplicación es-

tricta, los cardenales que solían ornar el cuerpo de los discípulos atestiguaban que no andaban léjos.

Hago yo con las obras de Perez Galdós, lo que los niños con las golosinas. Por supuesto que esto no es decir que esas producciones sólo originan en mi ánimo un efecto transitorio más ó ménos agradable; nada de eso; trabajos psicológicos como los del celebrado escritor citado, con aquella forma presentados, elegante y gallarda en cuanto cabe, de sóbria frase pero riquísima en brillantes imágenes y pensamientos, merecen detenida atención para todos, aún para los ménos versados en achaques de literatura, como el que estas líneas escribe; me asemejo á los niños repito, en que así como éstos saborean muy detenidamente las golosinas, yo no sé salir de un capítulo de Galdós... de tal manera siento llegar á la palabra *fin* de sus obras.

Por esa razón estoy todavía, á pesar de los ocho ó diez dias que adquirí el *Doctor Centeno* (por lo que valga, advertiré que yo siempre compro las obras, y esta conducta debiera seguirse por todos los aficionados á leer: conste tambien que me cuesta un trabajo de los demonios prestar *mis libros*), en el capítulo segundo titulado *Pedagogía*.

¡Qué párrafo, caballeros! Al leerle de seguro saltan ustedes: así era mi maestro.... santo varón, pero muy bruto..

Es el único que pienso copiar, á modo de aperitivo para que les abra el apetito de leer todo el libro.

“Aquel nobilísimo oficio le daba mucho que hacer (al maestro) al principio, porque tenía que aprender por las noches lo que había de enseñar al día siguiente, trabajo penoso é ingrato que fatigaba su memoria sin recrear su entendimiento. Todo lo enseñaba Polo según el método que él empleara en aprenderlo; mejor dicho, Polo no enseñaba nada; lo que hacía era introducir en la mollera de sus alumnos, por una operación que podríamos llamar *inyecto cerebral*, cantidad de fórmulas, definiciones, reglas,

generalidades y recetas científicas, que luego se quedaban dentro indigeridas y fosilizadas, embarazando la inteligencia sin darla un átomo de sustancia ni dejar fluir las ideas propias, bien así como las piedras que obstruyen el conducto de un puente. De aquí viene que generaciones enteras padezcan enfermedad dolorosísima, que no es otra cosa que el mal de piedra del cerebro.,



¡Capítulo admirable! Yo he tenido muchos maestros, pocos dejaban de pertenecer á la egregia estirpe de Don Pedro Polo y Cortés; pero, entre ellos, había uno, cuya tiranía era casi tan grande como su estupidez, y cuyo buen crédito era tan grande como inmerecido.

Estirones de orejas y sopapinas, ¿eh? Quien los viera. Eso si acaso, era el proemio de la enseñanza, cuyo desempeño estaba á cargo del pasante general, apenas se entraba en la escuela.

Algo más tarde, á medida que se entraba en materia, venía ese suave castigo de la palmeta, que hacía ver las estrellas, aplicado tan sólo porque se había uno mascullado dos ó tres palabras de la lección que el maestro tomaba con el *libro abierto y fijándose como si aquella materia le fuera totalmente desconocida*; y á la cuarta falta, las pizarras, cruelísimo modo de enseñanza, que me obliga á disentir en parte de la opinión del distinguido escritor *Clarín*, el cual cree que no debiéramos dudar si se tratase de volver á *aquellos tiempos*: por mi parte conformes.... siempre que no me tocasen maestros así.



¡Cuántas veces, el pájaro, cansado de sufrir castigos, originados por su torpeza natural muchas veces; pero el resto.... por la torpeza natural y supina del maestro, que sería excelente peón de albañil, ó inmejorable zapatero; pero de ningún modo apropiado para depositar en las tiernas inteligencias á su cuidado la semilla de la enseñanza; cuántas veces, repito, el pájaro remontaba su vuelo, y pasaba las horas de la clase en la cima de Naranco, rebrincando gozosamente con otros compañeros, admirando

desde aquellas alturas las obras de la Naturaleza, y considerando la facilidad de destruir á Oviedo, y con especialidad la escuela, cuyo local adivinaba con terror entre aquel intrincado montón de casas!.... ¡Cuántas veces se trasladaba á Gijón ó á la hermosa Avilés, á pié descalzo, nutriéndose de *moras* y manzanas que atrapaba por *sebes* y pomaradas y bebiendo sendos tragos de agua en los charcos del camino, sin temor á insolaciones, ansioso de recrearse una vez más contemplando los barcos y el mar, y pescando *cangrejos*, y gozoso de tener á tan grande distancia á su fiero enemigo el maestro!....

Ah, esos tiempos pasaron por fortuna: de volver en idénticas condiciones, yo votaría porque se quedasen por allá.

Esto se va haciendo largo, y sobradamente se echa de ver que no he pretendido hacer un escrito con honores de crítica. Estoy tan lejos de estas picaronas vanidades, como del premio gordo de la lotería, sugeto á quien persigo con indemable constancia.

Además, tratándose de las obras de Perez Galdós, cada uno de sus volúmenes da materia para mil. En ellos nada sobra. Hasta los puntos suspensivos, de que tanto se abusa, están en su *punto*.

El capítulo segundo puede, y debe dar materia abundante para que fijen su derrotero no pocos maestros del presente. Sobre todo les hará meditar, y meditar (que bien lo necesitan) sobre la importantísima, la delicadísima, la trascendentalísima obra que tienen entre manos.

La *letra con sangre entra* es axioma de brutos; el trato afable, sin identificación completa con el niño, sinó en la forma de hacerle más agradables las áridas materias de los libros; los castigos apropiados primeramente al temperamento y á la edad, sin que de aquí se siga que al que disfruta de complexión robustísima deben aplicárseles más robustos golpes..... el saber y la convicción de que se está con la ocupación más difícil, cual es la de formar las inteligencias, modelar los caracteres, hacer los hombres por fin; esta es la misión para la cual se necesitan especialísimas condiciones, de las que carecían no escasos maestros de mi tiempo,

y que desco para los del actual, á la par que los aumentos de sueldo.

Y ya que recordé los sueldos..... Punto en boca, que esto se asemeja á las cerezas, que de tras de una vienen todas.

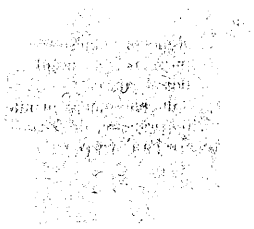


Termino como empecé, dedicando mi entusiasta felicitación al Sr. Perez Galdós, de quien soy admirador constante, y deseando que de su última obra se saquen todas las enseñanzas prácticas por quienes, en primer término, tienen mucho que aprender en ellas.

Sobre todo, á ver si termina ese *mal de piedra del cerebro*.

EL CARBAYÓN.

9 de Junio del 83.



HISTORIA DE MUCHAS.

I.

EL diablo que todo lo añasga, me da la tentación, pone la pluma al alcance de mi mano, y las cuartillas al alcance de mi pluma.... ¡Y todo para escribir una página de amor!.... ¡Una página de amor de Pericote Astuto!

¡Una página de amor!.... Hasta los séres más despreciables tienen eso.

Ama el elefante y ama el infusório. Las plantas y los rios se dicen mil ternezas constantemente. Los hombres tenemos que reconocer que las mujeres aman mejor que nosotros, por las plantas. Y sinó ahí tienen Vds. muchas de éstas que se ponen á la orilla del rio y se doblan al menor impulso del aire, para oir las cosas que en su suave susurro las dice su adorado, al dejarse ir con su peculiar indolencia por el cáuce.

¡Ay de tí, pobre planta, el dia que quiera manifestarte su pasión! Se encespará, rugirá, te arrancará de cuajo de tu hogar, donde vivías tranquila, y te arrojará yerta y sin vida á la ería vecina.

II.

Escribo esto casi enternecido. Porque el protagonista de este cuento no es de esos ríos amables, finos, corteses, y que sólo en las grandes solemnidades se salen de madre. Parece, por el contrario, que se complace en ser brutal. Bien mitado, su brutalidad nace de su idiosincrasia. Aspero por naturaleza, coje la flor delicada, aspira con fruición sus aromas, luego la arroja al suelo desdeñosamente y la pisa.

Si la flor no está al alcance de su mano, no falta quien se la ponga.

III.

¿Tiene corazón Pericote? Falta adivinar eso. Si se le pone la mano en el lado izquierdo del pecho sobre las costillas del medio, se sentirán los latidos de esa víscera, que en él no es más que una masa carnosa, fuerte y muscular. Desempeña con toda regularidad las funciones necesarias para la vida, y... nada más.

De esas otras funciones del alma no pregunten Vds. ni hablen á mi animal, porque, no siendo de los prósperos negocios en que se halla metido (que le llegan al alma), no les sabrá contestar.

Un día creyó que en su masa carnosa había germinado una nobilísima pasión que hasta entonces había desconocido absolutamente. La que la había inspirado era joven, hermosa, pura y sencilla. Tenía la lozanía, la frescura, el colorido de los quince años.

Verla y declararla buena presa, fué todo uno; siguiéndose á esta declaración, sonrisa de astuto zorro, que es á modo de regodeo anticipado de próximo triunfo.

La pobre niña vivía pared medianera del que la acechaba, ignorante del fuego, ó cosa así, que había encendido en el pecho del amojamado galán, y sin saber tampoco que sus miradas eran

aventadores de gran potencia que daban un incremento atróz al supradicho fuego, cuyo fuego....

En fin, que la habló del Vesubio, del Etna y otros volcanes, sin que la muchacha, poco fuerte en geografía ni ménos en los fenómenos geológicos, alcanzase á entenderle por aquel entonces una palabra; para ella, en punto á fenómenos, el mayor que conocía era Pericote, que, en honor de la verdad, se parecía muy poco al famoso Narciso, de quien se cuenta que, de tan hermoso, se enamoró de sí mismo, y murió ahogado en un rio por querer abrazar su imagen.

Rechazado con no esperada energía por la muchacha, amplió su plan: ya no era él solo quien daba á la niña los mejores informes relativos á su persona é intenciones: otro sér. de forma humana y de fondo diabólico, se encargó de hacerla oír la halagüeña música de las grandes ventajas que le iban á entrar por casa el día que atendiese al enamorado vegestorio.

Gracias á la mediación de ese Mefistófeles con falda, el indocto y no rejuvenecido Fausto consiguió que la tierna Margarita diese oídos á sus insulsos, y en la apariencia, apasionados conceptos.

IV.

Todavía no he dicho una palabra del lugar que sirve de escenario á esta narración en la cual los personajes nada tienen de ficticios; pero una vez que estoy á tiempo, indicaré que el pueblo guarda completa semejanza con los Campos Elíseos de que nos habla la Mitología, donde reina una primavera perpétua, y donde los que van á ellos gozan de una felicidad perfecta y durable.

Hermosísima ribera, bañada á diario por caudaloso y manso rio, y con mucha frecuencia por los rayos del sol. Las casas del pueblo limpias y aseadas como procura traerse todo el que se estima; algunas, de talle alto, es decir de construcción moderna, levantando orgullosamente su cabeza sobre las demás. Después de esto, no falta el paseo, ni el casino, ni el café, ni la espadanía de la iglesia, ni montañas, ni brumas que completen el cuadro.....

Asturias cuenta por centenares los pueblos así.

V.

Astuto era allí un hombre de suposición, casi un cacique, ó algo mas, puesto que algunos personajes le debían el serlo. Las expeculaciones en que se había metido le habían hecho una fortuna, dado numerosas y buenas relaciones, y ganado la voluntad de un grupo numeroso de electores que, manejado con habilidad, ó con suerte—porque al hombre le soplaban—decidió una vez cierta elección reñida; el diputado á Córtes, hecho así, como si dijéramos, por arte de Virlibirloque, le dió omnímoda influencia, de la que resultaron infinitos satélites creados por el gran satélite, alma y vida del planeta ministerial.

A mayor abundamiento, su carácter prestábale también grande ayuda. Era osado con hipocresía. A sus atrevimientos, cuando eran descubiertos, sabía disculparles dándoles un barniz de naturalidad, rayana en algo así parecido á la estolidez que la gente despierta achacaba, nunca á torpeza natural, sinó á defectos relacionados con la educación, con las costumbres, con el modo de ser peculiar del individuo.

Después sabía arrastrarse á tiempo, y perdonaba siempre los fustigazos que recibía. El desprecio le tenía sin cuidado. En sus venas y en su sangre sólo había glóbulos del color de las monedas de cinco duros acuñadas.

¡Anémia, pura anémia! Empobrecimiento del alma, del corazón; pero riqueza.... de bolsillo.

¿Qué edad tenía? Lo ignoraba su misma partida de bautismo.

Por lo demás, su fisonomía corría parejas con su parte moral, ó acaso era más fea.

Alguien preguntará ¿por qué semejantes tipos han de estar en contacto con los demás hombres, y ser hasta agasajados, y mimados, y crear una familia, y tener hijos?

Porque en la naturaleza no es rigurosamente exacto eso de que cada cosa enjendra su semejante, pues la perla nace, crece y se desarrolla en el seno de la ostra; y en nada se asemejan una á otra.

El diamante es hijo del carbono. El oro viene mezclado con impurezas.

Los hijos de Astuto acaso sean modelo de caballeros y lumbreras en las ciencias á cuyo estudio consagren sus talentos.

VI.

La primera entrevista que logró con Ludivina no dió otro resultado que acentuar la aversión que la inspiraba; pero andando el tiempo tuvieron completa confirmación aquellos conocidos proverbios: "Pobre porfiado saca mendrugo" y "Dádivas quebrantan peñas."

Al fin y al cabo, tanto sonó en sus oídos el nombre de Astuto, tanto encomió sus méritos la desinteresada amiga.... después eran tan patéticas, tan sinceras las protestas de amor de aquél... y luego que los cuantiosos regalos con que la obsequiaba demostraban bien á las claras que no se imponía semejantes sacrificios por un capricho!.... No darle vueltas: allí había amor, verdadero amor.

Pero, ¿si era tan feo!.... Nó, pues bien mirado, no es tan feo.... La verdad es que cuando los ojos están apasionados, ven al revés!....

Había otra dificultad mayor, verdaderamente insuperable: el hombre era casado y nadie en el pueblo ignoraba esa circunstancia. ¿Qué hacer?

Cuando la mujer duda en estos casos, en que la duda no es posible, su perdición es segura.

Los cuantiosos regalos continuaron; el asedio fué más vivo; ella vistió con elegancia, y declaró después que en efecto, la simpatía que aquél había logrado inspirarla tenía raíces muy hondas, y que esas raíces no són de caña tan endeble como es la simpatía, sinó de tronco más robusto, como es el amor.

VII.

Corrió el tiempo: Ludivina sintió vaguedades, desvanecimientos, sueños; más adelante la inquietud, ese malestar que

llena de inefables alegrías á la esposa novicia, haciéndola á la vez ponerse ruborosa...,

Ludivina desapareció del pueblo y con ella su familia.

La ausencia duró una docena ó dos de meses.

La maledicencia tuvo en que cebarse durante una temporada, y después calló.

Cuando algún amigo tropezaba con Pericote le guiñaba maliciosamente el ojo, y le decía con tono picaresco:

—Ah, bribón; que afortunado es V.

El hombre sonreía y encojía los hombros como diciendo:

—Pchs. Sabe uno sacar partido de sus condiciones personales y de su fortuna.

.....

¿Qué se hizo del fruto de aquellos amores criminales?

La madre no tuvo el valor de su debilidad y lo arrojó á un hospicio siendo de esta manera doblemente criminal.

Después continuó amando al que había sido su perdición y su deshonra.

Él entónces no la hacía caso.

EPÍLOGO.

La verdad es que desde Poncio Pilatos á la fecha, todos los novelistas tienen razón: el corazón humano está lleno de misterios.

Porque el bípedo implume bosquejado, que tanta semejanza guarda con el hombre, tiene la masa carnosa en el pecho; y sin duda por eso vuelve á sentir ardiente inclinación hácia Ludivina cuya belleza física es tentadora.

Y sucede ahora que ella, acaso porque un nuevo amor ha germinado en su pecho, casi le odia.

Mañana le odiará de veras.

Si el señor de Astuto conociese lo que le interesaba sobre punto tan importante, no echaría en saco roto indicaciones atendibles y se moriría sin demora, para lo cual, como le dice á menudo un amigo, está en punto de caramelo.

EL CARBAYÓN.

20 de Noviembre del 82.

LAS DOS VERBENAS.

MENUDOS sustos tengo pasado, allá en casi remotas edades, cuando por este tiempo desempeñaba el oficio de bracero y tenía que ir en compañía de otros personajes de mi laya á la yedra!.... Ahí es nada peligrosa la operación de subir la tápia, sirviéndome de escala los hombros de un compañero, y después, con tan frágil apoyo, tener que arrancar á uña aquella trepadora planta!.... Luego que á lo mejor sonaba mal intencionada voz participando la llegada del *amu* (no el de marras, sinó el del predio), á cuyo anuncio el poste humano que me sostenía emprendía la fuga y yo daba ruidosamente con mi cuerpo en el santo suelo, levantándome como podía, todo molido y quebrantado y con el temor de una zurribamba si por acaño el supradicho amo me alcanzaba.

“Dichosa edad y dichosos tiempos aquellos,” que decía el génio inmortal que escribió el *Quijote*; estoy ya á bastante distancia de vosotros, pero no lo siento. Cuando evoco los recuerdos, y acuden esos, y viene con ellos el de la escuela, y con el de la escuela la feróz palmeta y las pizarras y demás castigos igualmente suaves, se me ponen los pelos de punta, y si me pidieran un perro chico por volver á ellos no le daba.

Créanme Vds., aquel maestro era muy bruto: es verdad que

en vez de cerebro yo tenía un *narbasu*, y por añadidura eran muy de mi agrado los estudios topográficos sobre el terreno á cuyos estudios solía destinar tres días de la semana, ó cuatro, ó á veces la semana corrida; pero estas *piras* y aquella estolidez no debieran servir de pretexto para los rudos castigos que se me imponían.

Esta, al ménos, era mi honrada opinión por aquel entonces.

La forma que se dá hoy á los jardines no ha variado nada aún cuando en la obra de los pequeños artífices intervenga la mano del hombre. Los hemos visto en años anteriores: la fama les precedía anunciándoles por el barrio como cosa merecedora de aplauso. se hablaba de los elementos que concurrirían á la confección y se pregonaban los nombres de los arquitectos de afición que dirigirían la obra exponiéndolos como garantía del mérito del trabajo.

La víspera de San Juan ó la de San Pedro se encargaban de destruir la ilusión que se había formado, pues la única novedad que se ofrecía era un surtidor y cuando más un huevo de gallina bailando en el chorro. En lo demás veíamos los mismos arcos de yedra, los mismos dibujos de arena y tapines y algunos gallardetes ondulando en el extremo de sus respectivos mástiles.... La reina del jardín y su compañero, niños siempre hermosísimos y lujosamente ataviados, eran los únicos dignos de ser admirados.

Eso sí, al hombre le gusta mostrar su desprendimiento y no repara en gastos; conoce un detalle que lleva concurrencia y no lo omite, cueste lo que cueste; la música, á cuyo són las parejas se forman y lo demás ya lo saben ustedes.

Se baila por todo lo largo y con afición. En el bonito jardín de la Plazuela de los Vizcainos, la víspera de San Juan, amenizado por *La Ovetense*, había como siempre no pocas parejas bailando.

— Pero chica, —dijo un mi amigo á una con quien al parecer tenía confianza— eso que estás bailando es un paso doble.

— Bailamos nosotras aunque sea un *paso triple*.

Llegó el día solemne: San Juan. De Pepes y de Juanes estamos superabundantemente surtidos en Oviedo; por eso el 19 de Marzo y el 24 de Junio son días que celebramos todos. Esas fiestas han sido suprimidas, es verdad; pero nadie lo conoce: desaparecieron del Calendario; pero no desaparecieron de nuestro corazón.

Y ¿cómo resistir á la melosa, á la insinuante, á la irresistible invitación de un queridísimo amigo?

Para decir las cosas no se necesitan tantos requilorios: allí, en ignota estancia, tres sujetos apreciables unidos por lazos que la amistad hizo fraternales, celebraron el santo de uno de ellos. Las nobles aspiraciones expuestas no se verán en ningún tiempo realizadas; pero no por eso són ménos de estimar los sentimientos manifestados.

Quisiera poder ser cronista del gran número de banquetes de esa índole celebrados en Oviedo y de los cuales, excepto el anfitrión y la familia del anfitrión y los convidados, nadie se ocupa, y sin embargo en ellos es donde el hombre aparece al descubierto, quiero decir, que allí no hay *reservas mentales*.

Y eso merece consignarse porque no se vé á menudo, y mucho ménos en los banquetes de resonancia.

En otros tiempos los Pepes y los Juanes no tenían fama de ser capaces de inventar la pólvora ó cosa parecida.

Hoy no hay un Juan ni un Pepe que no sea capaz de dar con la famosa piedra filosofal.

Antes se sabía de algún buen Juan complaciente; hoy no se encuentra un Juan complaciente en toda la redondez de la tierra.

Para complacencias estamos.....

Después de aquellos días brumosos, pesados, cuya atmósfera parecía impregnada de ópio por la sognolencia irresistible que daba, vinieron estos días en que el firmamento aparece de un azul purísimo y diáfano y en que el sol brilla esparciendo el con-



tento por esos sembrados que se sienten revivir con los ardientes besos del rey de los planetas.

Cuando la noche llega no por eso quedamos á oscuras.... la luna nos envía la luz que recibe de Febo, y para nada necesitamos esos ténues puntos luminosos que brillan dentro de cuatro paredes de cristal á cortas distancias en las calles de la población.

Si bien entrado el verano, ahora podemos decir que estamos en la plenitud de la primavera. Este cambio atmosférico, tan favorable como necesario, tengo para mí que lo debemos á altísimas influencias.... Acaso S. Pedro, cuya verbena se celebra en el día que escribo, intervino en el asunto.

La verdad es que hubiera sido triste que tantos jardines se hubieran malogrado.

En el brevísimo plazo que media de S. Juan á S. Pedro, la afición á los jardinitos por parte de *niños* que ya saben andar solos, sufrió un recrudecimiento que no me explico: y así hemos visto los consabidos dibujos, y los diminutos arcos, y las flores, y las coronas, y las banderolas, y los gallardetes, y las músicas en la plazuela de Santo Domingo, en la Puerta Nueva, en los Trascorrales, en la calle del Rosal, en el Campo de los Patos, en el Campo de los Reyes.... Tal vez en Lugones habrá también el consiguiente jardinito; pero no me decidí á bajar tan *abajo*.

Conste que no encuentro en tan inofensiva afición ningún motivo de censura; pero no puedo decir lo mismo de que se establezca la costumbre de que el vecindario sea el encargado de pagar la música, si bien por cuestación voluntaria.

Tocante á este particular opino que los gastos deben salir del bolsillo de los que se divierten con esas cosas.

Solo tengo noticia de una parranda que no ha llamado la atención, acaso porque los instrumentos que tocaban, sonaban poco. Consistían éstos en una filarmónica sin *fuelle*, una trompa (a lo quinto), una flauta sin llaves y un violin con *punte*.

Se titulaba la *Económica*, y en verdad que justificaba plenamente su título, pues los *bebestibles* con que se obsequiaron los músicos procedían de los almacenes que tiene Fitoria en el Fresno. Quiero decir que con cuatro botellas de agua fresca hicieron el gasto. ¡Pícaros *perros*!

NOTA.—A modo de timbales, el músico mayor llevaba unos cuantos frutos de la época, con los cuales, para más señas, se hace el dulce de cabello, delicado obsequio recibido de su Dulcinea.

~~~~~

Como no todo se ha de decir de una vez, y esto rebasa los límites que en el periódico me son permitidos, dejo para otro día hablar de músicas, coronas, cuernos, y demás detalles de la verbena si merecieren la pena de ser conocidos.

EL CARBAYÓN.

28 Junio del 82.

~~~~~

EL PIÉ ROJO.

 CABABA de leer las noticias de *La Correspondencia*. Fijé brevemente mi atención en una cosa que me importaba ménos que todas: en la *cotización oficial de la Bolsa*. Después repasé la lista de las personas de viso que habian cerrado los ojos para siempre. Miré el relój: señalaba las once en punto. En el mismo instante de la vecina carretera partió una voz fuerte, sonora, de bajo profundo (y tan profundo) que cantaba: las onceeeee..... bladoooo. El último *doooo* se prolongó breves instantes por aquellos celleros....

Abro de nuevo el periódico. No sé qué secreto impulso llevó otra vez mi vista á sus columnas, á pesar de comenzar á vencerme el sueño. Leo primero: Mencheta. Por un supremo esfuerzo, logro abrir las persianas de mis ojos que se bajaban como si el muelle no pudiera sostenerlas (quiero decir que los párpados se cerraban) y me fijo en los gruesos caracteres que decían: *La Mano negra*. Las letras parecían impresas con tinta roja: quise recorrer nuevamente aquel nutrido ejército de líneas, pero lo intenté infructuosamente. Quise recordar lo que hacía poco tiempo había leído; pero en mi cerebro no había más que una abigarrada confusión de ideas, destacándose entre ellas oscuramente el tri-

bunal popular, las pavorosas ejecuciones decretadas por el mismo y ejecutadas por aquellos crueles sectarios; el socialismo con su cortejo de males, reparto de bienes, incendios á domicilio, y demás suaves procedimientos con que dicen trata de regenerar el mundo esa escuela tan mal avenida con los dineros de los potentados.

Nada: no hay medio de detenerse un momento más; la cama me llama con imperiosa voz. Las almohadas me convidan al reposo.... Lanzo un prolongado bostezo, durante el cual tuve tiempo á desnudarme, dibujo con la diestra mano unos cuantos garabatos en la cara, y me meto entre las sábanas.

Vayan al diablo la *Mano negra* y todos los federados con sus locuras que tan caras costaron á algunos infelices: durmamos, recobremos con el reposo nuevas fuerzas para continuar en el cercano día la honrada persecución del garbanzo cotidiano.

Unos minutos después dí con mi cuerpo en otras regiones.

Era una de esas bellas comarcas del mediodía, donde tanto abundan los olivos, los naranjos, los extensos viñedos de cuyas uvas se extraen los ponderados caldos, admiración de los pares de Francia y de los nones (ó lores) de Inglaterra....

Qué cielo más puro!... Qué sol... más cargado de mosquitos! Los rayos del astro del día le ponen á uno frito; las punzantes picaduras de esos animalitos són capaces de sacar de juicio á un santo de yeso. Los primeros momentos de mi estancia allí los pasé dándome sendos bofetones; pero como al fin á todo se acostumbra uno, y más serias preocupaciones absorbían mi ánimo, acabé por despreciar á los impertinentes insectos, y fijé mi atención en el pliego que acababa de recibir, que venía en esta forma:

Al márgen un sello circular en cuyo centro se veía un pié, que parecia el pié de un aguador con juanetes y todo, y la leyenda *El pié rojo* pintadas las letras y la supradicha extremidad con almazarrón.

Y decia de la siguiente manera:

“Se han cumplido tus órdenes. El traidor ha sido sometido á la prueba que has dispuesto, y no habiendo podido soportarla, reventó como un triquitraque. Era de gran resistencia, pues se

tragó doscientas cincuenta aceitunas sevillanas; pero á las doscientas cincuenta y una... paf... se le abrió el buche, y mira tu, aquello parecía talmente un barril por lo bien colocadas que estaban.

Se le enterrará en la dehesa del *pédibus colorado* y antes de seis años habrá allí la mar de olivos.

Salud y pesetas.—El comité ejecutivo del Pié rojo.,

La llaneza de esta gente me encanta: són muy *federales*, como se dice por Oviedo cuando una persona es muy descortés, y no precisamente porque los afiliados á aquel partido no sean por punto general bien educados, sinó porque se ha dado en decir así, y métase usted á averiguar por qué se dice flín y no flán.

Ello es que la sociedad del *Pié rojo*, organizada para el fomento del olivo en beneficio de los pobres, y con el fin de poder hacer competencia en su día á los grandes propietarios de aceituna me había elegido su Presidente, su Gran Justicia, su *alter ego*, y todas mis indicaciones de palabra, por escrito y aún de deseo, eran atendidas puntualmente, matemáticamente, con exactitud de cronómetro..... *exacto*. (Conste que hay cronómetros que faltan á la verdad como cualquier cilindro de mala muerte).

Esa sociedad era justa, ¿qué duda cabe? Sus principios tenían por base fundamentos legítimos. Mientras algunos cosechaban grandes cantidades de aceituna y extraían de ella grandes cantidades de aceite, quedándoles suficientes ejemplares de aquel sabroso fruto para la mesa, nosotros los proletarios, los jornaleros, los desheredados, teníamos que ir á la tienda á comprar ámbas cosas, si queríamos tener luz en nuestras modestísimas moradas, y sinó nos bastaba la salsa.... del hambre para abrir el apetito.

Hombre, le digo á V. que esto era irritante, atrozmente irritante.... Abajo esto, abajo lo otro, abajo lo de más allá...

Los afiliados eran muchos. En este mundo no hay más que inventar cualquier barbaridad para contar enseguida con numerosos adeptos. Los reglamentos eran cortos, y los castigos que

se infligían á los marrulleros que resistían pasivamente nuestras órdenes, suaves hasta cierto punto. Se les mataba, pero con su muerte prestaban un beneficio inmenso á la sociedad. Se les hacía morir viendo logrado el *desideratum* de sus aspiraciones, de las aspiraciones de todos los demás co-asociados. ¿No aspirábamos á ser grandes propietarios de aceitunas? Pues al traidor se le obligaba á llenar su *almacen* (su estómago) de ese fruto, y moría de empacho, no de legalidad, sinó de aquéllas. Pues bien, el sábio químico que formaba parte del Comité, había descubierto en el cuerpo humano sustancias que, combinadas con la aceituna en descomposición y ámbas cosas enterradas convenientemente, producían numerosos y magníficos plantones de olivos, y como poseíamos un terreno á propósito, con media docena de traidores que murieran, hacíamos un fortuón en muy poco tiempo los demás.

Yo me frotaba las manos de gusto; estaba que no cabía en mí de contento. La Fortuna me abría los brazos, y á punto estaba de precipitarme en ellos, cuando recibo otra misiva.

El mismo pié de aguador, el mismo lema, y estos sencillos renglones:

“La justicia nos ha descubierto, nos persigue: ocúltate ó huye.—El Comité.”

Huyo despavorido: la noche es oscura; á intervalos la cárdena luz del relámpago rasga el espacio; un tableteo seco y prolongado le sigue.

Quiero correr y no puedo: vuelvo la cabeza y noto á poca distancia el fatídico tricornio de un civil. Las sienes me saltan, los ojos se inyectan, la sangre toda se agolpa á mi cabeza.

De pronto aquél me echa su férrea garra al cuello y aprieta furiosamente, me estragula despiadado.

—“Auxilio, pude gritar, au.”

Y desperté.

Seguía la misma opresión en el cuello.... Llevo las manos al pescuezo, y advierto que el señor gato, que se había colocado en

la almohada, para mayor comodidad había colocado sus patas delanteras y el hocico en la parte del cuello, comprimiendo la yugular.

No sé como no le estrellé contra la pared.

Ahora vean Vds. á qué sueños dán lugar las lecturas de *La Correspondencia* sobre la Mano negra.

Ya tendré yo buen cuidado de no volver á leer más ese periódico por la noche, y de que el gato no abuse de la confianza que le otorgo.

Bien dicen que la *confianza mata al hombre*.

Y en poco estuvo para que no muriese por la asfisia un servidor de ustedes.

EL CARBAYÓN.

3 Abril del 83.

~~~~~

---

## LA PLAZA DE TOROS.

---

**S**E acabó.  
El cielo estaba negro y amenazador; lenguas de fuego rasgaban las nubes en lontananza; había un sordo tableteo en el espacio, como la repercusión de cañonazos de gran calibre á mucha distancia.....

Diríase que los manes de Costillares y Montes preparaban un solemne castigo á los profanos que se atrevían á demoler su templo.

Yo, que había asistido á su nacimiento, quise también presenciar sus funerales.

Subí al Fresno, y cada uno de los martillazos de los carpinteros—lo confieso sin rubor—tenían resonancia triste en mi alma.

Con aquellas averiadas tablas que caían, notaba que las clásicas fiestas desaparecían, huyendo como avergonzadas de estar entre nosotros, y que, las funciones profanas de San Mateo volvían á quedar reducidas á lo que fueron en tiempos no muy lejanos: se bailaba la danza prima en la plaza, había la salsa de varios garrotazos *de amigo*, y después.... á dormir bajo los sopor-

tales del Fontán y demás para ir á ganar al día siguiente el jubileo.

En lo tocante al comercio, sólo las *tiendas del aire* vendían escapularios y *via crucis* y medallas del santo con sus cintas; algún parroquiano solía llevar también un silbato para el niño, y *pájaros de pástia* lujosamente vestidos de azafrán.

No faltaba quien llevase una *cesta* ó varias; y en punto á *guiadas*.... bien las necesitaban las mujeres para sus *hombres*.

Más tarde con los toros, vino el estímulo.

Es cosa corriente que los cuernos llevan siempre la *animación* á todas partes.

El año setenta y cinco la provincia se vació en Oviedo. Fras-cuelo y Paco de Oro, con sus respectivas cuadrillas, vertieron por esas calles raudales de gentes que aquí tomaban esto, más allá lo otro, algún recuerdo para individuos de la familia, un presente para el amigo.

Los demás festejos, perparados por el municipio, entre ellos la bellísima iluminación del Bombé, eran también poderoso aliciente para los forasteros que se detenían aquí un día más, aún aquellos á quienes el tren permitía regresar al hogar ántes de la noche.

Cosa igual ocurrió los años sucesivos hasta el próximo pasado.

~~~~~

Sin expesición y sin toros, háganse ustedes cuenta de que el bullicioso San Mateo, que mostraba alientos de jóven, galán y apuesto, arroja despedido todas esas galas, y se retira á cuarteles de invierno.

El anillo, por lo tanto, se reducirá mucho, y, si bien faltará concurrencia á la población.... habrá *corridas*, que darán bastante juego á la honorable *cuadrilla* (hablamos en estilo taurómico) de orden público.

La plaza ha muerto, los toros terminaron.... La población ha perdido uno de sus más valiosos motivos de contento y regocijo; acaso nos equivocaremos; pero sinceramente creemos que el comercio se arrepentirá algún día de haber negado su concurso á la empresa.

Un pequeño esfuerzo común, y hubiéramos podido exclamar:

¡Aún hay pátria Veremundo! Porque, el espectáculo será muy brutal; pero le aman por punto general todos los españoles.

Y de la más escondida aldea, acuden personas á los toros.

La fuerza de la sangre puede mucho.

Y de eso ya habló Cervantes.

Se descubre al pronunciar este nombre su humildísimo devoto.

EL CARBAYÓN.

16 de Junio del 81.

LA ESTRELLA DE RABO.



UÉ miedo!...

Allá por los tiempos de mi tatarabuela, un astrónomo ó filósofo (ni lo uno ni lo otro á mi modo de ver), Jacobo Bernoulli, afirmaba "que si bien el cometa no es una señal visible de la cólera de Dios, la cola indudablemente puede serlo..". Contra semejante supuesto, que es tambien una impiedad, protesta con toda energía el sentido común..... Y no echo mano de otros comentarios por respetos fáciles de adivinar.

Por la misma fecha, ó algo más atrás, estaba hecho todo un guapo mozo, muy hinchado á la vez de secretos de tejas arriba. Ticho-Brahe, quien al anunciar el cometa de 1572, vaticinó grandes catástrofes en el globo. ¡Qué espanto!.... El mundo aguardó tan desagradables pasajeras con pánico mortal; pero, la del rabo lució cuanto quiso su feo aditamento, y desapareció sin que ocurriera nada. Las almas pudibundas quedaron tranquilas, como un amigo mio cuando logra verse libre de una *estantigua* con muchos afeites que le asedia.... y suspira por sus *cachos*.

Kepler auguró que el cometa de 1607 había sido *encendido* (parece que tambien arriba hay talleres de pirotécnia) para que supiesen las gentes iba á morir la mitad del género humano. Este sí que acertó, y con creces, porque es cosa positivamente averiguada que de los entónces vivientes no existe ni uno.

Finalmente, Napoleon I se manifestó muy preocupado durante los últimos días de su vida, cuando se le notició la existencia de un cometa.... y tembló, porque le consideró como el presagio de su última hora. ¡Él, que tantas vidas había sacrificado á su ambición, tenía por la suya, y se asustaba en presencia de un fenómeno astronómico que, por otra parte, nada tiene de particular!....

Por lo demás, nuestro vulgo todavía sigue atribuyendo sobrenatural misión al cometa, y no comprende su existencia sin que á la corta ó á la larga no aparezca el cortejo de tremendos males que debe seguirle, encontrando muy lógico que, como resultado de la misma, se susciten guerras entre los hombres, ó bien asole nuestra Tierra el vecino del Ganges, ó bien la tierra pierda el equilibrio en su movimiento de rotación y vaya á estrellarse con otro planeta, quedando ámbos hechos añicos.

Sin ir más léjos, no falta hoy quien relacione la aparición de la estrella consabida con la ridícula especie que echó á rodar un periódico, relativa á *la fin* del mundo, cuyo acontecimiento tendrá lugar indefectiblemente el día 15 del próximo Noviembre, pues así lo dejó asegurado con la posible seriedad un sábio del siglo XIV que, tengo para mí, debía ser el tal de la misma manera de aquel otro que floreció en el siglo inmediato y tanta celebridad alcanzó por haber *asado la manteca*. (Si en tal fecha no había manteca, me he lucido!...)

Peró para que el mundo se *acabe*, precisa la total esterilidad de la mujer con siete años de antelación; y, por esta parte podemos estar tranquilos, pues por allí se ven muy ostensibles señales de que la especie se rie á boca llena de los pavorosos augurios, y no lleva trazas de extinguirse.

Tampoco deben existir más párvulos que los bobos de solemnidad; y si bien éstos no han desaparecido, aquellos abundan mucho.

Y sinó, presenciaron Vds. la colocación de la primera piedra para las nuevas escuelas el lunes próximo pasado? Más que regueros (como dijo un amigo), parecían ríos de niños que de las escuelas públicas confluían á la plaza para asistir á la solemnidad, los que se veían por las calles circunstantes hácia las cinco de la tarde.

Por lo tanto, los que creen en la posibilidad de que la famosa *estrella* intente algo contra nosotros, pueden estar perfectamente tranquilos.

A parte de otra multitud de razones que haría largo y pesado esto, á más de lo fastidioso, debe tenerse presente que la pobre-cita es muy vieja, y á los viejos no hay que tenerles miedo.

En punto á su edad no lo recuerdo bien, pero por ahí andan *damas* que aún tienen presente el susto que les dió la tal estrella cuando hizo su debut en nuestro horizonte allá por el año de 1814.... Aseguran que no les quedó sangre en las venas.

Y lo erco: así quedaron ellas de apergaminadas.

EL CARBAYÓN.

COSAS DE MI PUEBLO.

CLARO está que habiéndome cabido el alto honor de nacer en la ciudad que unos llaman de Fruela, porque debe su fundación á éste rey, otros de los obispos, acaso no solamente por las razones históricas que Vds. conocen, sinó también porque en ella abundan *obispos* que, además de no haber sido preconizados en ninguna parte, tampoco tienen nada de reverendos, y, finalmente, conocida en la geografía con el nombre de Oviedo, de la antigua *Oveto*, como aseguran los que són capaces de buscar la etimología de todas las voces conocidas y desconocidas hasta el día; claro está, repito—porque este párrafo se vá haciendo más largo que un día sin pan—que habiendo nacido en Oviedo, de esta noble ciudad voy á ocuparme, y lo digo para evitar quebraderos de cabeza.

Mi pueblo natal tiene sus *cosas* como cualquier *quisque*, y *Deo volente* irán saliendo todas poco á poco.

¿Por qué se ha de callar lo bueno? Y pregunto otra vez: ¿por qué no se ha de decir lo malo?

Pues lo bueno y lo malo, lo más malo y lo *más mejor* que tope por ahí irán mezclados en este *pisto* que, aderezado por mí, y por lo tanto infernalmente aderezado, no serviré á menudo, por la razón que daba aquel buen mozo que se había casado con

mujer casi diminuta, el cual, preguntado por qué había escogido mujer tan ruin, contestó muy sério: Porque de lo malo poco.

Los forasteros que no conozcan á Oviedo tienen motivos para asombrarse cuando presencian la conducción al cementerio del cadáver de una persona que tuvo en vida una posición regularmente desahogada, nada más que regularmente.

¿Cómo, se dirán, tan escasos andan aquí de personas de cierta posición que el entierro de una de ellas es un acontecimiento, y acontecimiento de tal naturaleza, que las mujeres abandonan sus quehaceres habituales para correr presurosas á tomar puesto en las boca-calles de la carrera que han de seguir féretro y acompañamiento y miran con toda la curiosidad que se demuestra cuando se vé una cosa nueva? O, por otra parte, ¿la buena posición es en Oviedo garantía contra las enfermedades y la muerte, y eso de liar el petate para el otro barrio sólo acontece de pascua á ramos, entre los que forman en la clase media de la población, llegando á disfrutar por lo tanto los que viven en más elevadas esferas de una longevidad envidiable?

Nada de eso; la Segur reparte sus guadañazos indistintamente entre las varias capas sociales de la ciudad, hoy hiere con mano despiadada al menestral, y mañana sacude el gran linternazo al poderoso.... En esa parte no hay motivo de queja: mide á todo el mundo por un *rasero*, y no hace lo que la loca Fortuna, que sólo concede sus dones á quien tiene á bien, y á los demás los tiene que ponen el grito en el cielo por su indubitable falta de equidad.

Pues entonces, ¿como se explica esa curiosidad pueril, en una población de diez y ocho ó veinte mil almas, donde la clase media está en gran mayoría, y dá el contingente ordinario á la mortalidad general, siendo por lo tanto relativamente frecuentes las conducciones á la última morada, hechas de modo que desde luego se advierte la buena posición que disfrutaba el finado?

Averígüelo Vargas, yo me limito á lamentar esa curiosidad tan trivial como inofensiva, y en la cual es posible vean los extraños una falta de cultura, falta que no existe por fortuna.

Pues no digo nada si ocurre una desgracia imprevista.... El albañil que se cayó del andamio, el transeunte que resbaló (á propósito, señor alcalde, hay que picar esas aceras) y se rompió una pierna, la señora á quien un accidente no epiléptico estuvo á punto de privar de la vida instantáneamente, todos, en fin, á los cuales es preciso trasladar bien en la camilla, ó bien en una silla de mano al Hospital, ó á su casa de habitación, tienen la seguridad de ser víctima de dos males: de la enfermedad que les affige y de la persistente curiosidad de cierta parte del público que mira, interroga con afán, se aproxima cuanto puede al doliente, discute el hecho, deja escapar frases, dichas acaso sin el sentido que parecen tener, como la siguiente:

—¿Qué *ye* eso, tú?

—Nada entre dos platos *muyer*, una señora á quien *i* dió un *acidente*.

¿No es verdad que semejantes palabras denotan sentimiento porque el cuerpo que va allí medio muerto, entre cuatro, y lanzando suspiros de dolor, no va muerto del todo?

Y, sin embargo, no es así; la depravación del sentido moral, si existe, que lo dudo mucho, no llega hasta ese punto; pero lo que dije ántes, no acierto á adivinar el por qué de ciertas cosas. ni ménos el sentido íntimo de frases como las que dejo apuntadas.

~~~~~

El mejor bocado para lo último: se sobreentiende que, estando á punto de agotarse el limitado espacio de que puedo disponer, me voy á ocupar con algo bueno, como *fin de fiesta* del *desaborido* plato que les estoy sirviendo.

Existe en Oviedo desde el año de 1859 una Sociedad de Socorros mútuos denominada la *Ovetense*. Sin ruido, sin alharacas vanas, sin ocupar una vez siquiera las columnas de los periódicos á semejanza de esas otras sociedades *filantrópicas* y cuya filantropía consiste en sacar el mayor número posible de pesos fuertes para quebrar á toda prisa, cumple los elevados fines de su institución.

Al sócio enfermo le suministra médico y botica, y además cinco reales diarios durante los ocho primeros meses de su enfermedad; le facilita tambien socorros para dar baños, y á los indi-



vídúos de su familia que enfermen, la asistencia médica y las medicinas. En caso de defunción del sócio, la sociedad le hace un funeral de tercera, y si la familia lo quiere hacer de segunda ó de primera, le abona 140 reales en metálico.

Para ingresar en la *Ovetense* los medios són sumamente fáciles y el desembolso que se hace de presente, insignificante, aún para el trabajador que vive de un exíguo jornal, pues con decir que el individuo de 20 á 30 años sólo le cuesta treinta reales de presente, una peseta por una sola vez por cada hijo, y dos mensualidades adelantadas para comenzar á disfrutar de los beneficios inestimables que facilita la sociedad, pagando después mensualmente seis reales y siete cuando fallece un sócio, está dicho todo.

Voy á terminar, pero ántes séame lícito decir dos palabras no más acerca del servicio médico en ambas acepciones de la *Ovetense*.

El facultativo de la Sociedad lo es el Sr. D. Manuel Martínez, médico de crédito sólido en la población como adquirido en la asistencia afortunada de numerosos enfermos durante más de veinte años. Hombre de verdadera ciencia, su saber lo demuestra enseguida, no con vanas frases de guardarropía, sinó con hechos: á él debe, el que estas líneas escribe, la vida de la persona más querida de su corazón, y en este mismo sentido he oído expresarse á muy crecido número de clientes. De la única manera que sé y puedo le envío el testimonio de mi gratitud.

Por lo demás, asiste puntualmente al enfermo, y no le abandona hasta que sus servicios són absolutamente innecesarios.

Las medicinas que facilita la *Ovetense*, se toman de la botica de D. Manuel Díaz Argüelles, y conocido como es de antiguo este acreditado farmacéutico, con manifestar que són de su establecimiento, queda hecho su elogio.

---

Ahora bien: dados los beneficios que reporta la tan repetida Sociedad, dados los exíguos desembolsos que ocasiona su ingreso en ella; dadas las numerosas familias que viven al día sin poder economizar cantidad alguna para los casos de enfermedad, por-



que ni el jornal ni el sueldo lo permiten, averiguar cómo la *Ovetense*, sólo cuenta unos trescientos socios debiendo sumar tres mil...

Muy sencillo: porque el que está sano no recuerda que la salud no es un vínculo, y que se pierde sin saber cómo, cuando, ni por qué, y hallándose uno al parecer en las mejores condiciones de viabilidad.

EL CARBAYÓN

Abril 24 del 83.

---

# DOS PARA DOS.

---

IDILIO.... POR MAL NOMBRE.

**E**L pueblo que sirve de escena á mi relato, es de Astúrias, región en la cual tantas bellezas acumuló la madre naturaleza, que hasta los suizos se muestran orgullosos por que su país guarda gran semejanza con nuestro suelo.

De las moradas de ese pueblo poco he de decir; hay algunas de piso terreno y piso alto. Las más són de piso terreno solo, en cuya antojana suelen verse algunas carradas de estiércol; una cuneta del camino vecinal por la que corren aguas infectas bastante á menudo; no pocas gallinas entre las que discurre muy sério y muy grave el señor de la *quintana*, y la consiguiente pareja de cerdos, con perdón de ustedes. A un lado de la casa, muy próximo á una *vava* de yerba, descansa el *carro*, y casi codeándose con ambas cosas pastan las vacas.

Las casas andan desperdigadas por aquellos lugares, subiendo y bajando á compás de lo accidental del terreno, ó á compás de los recursos de los moradores, que es como más propiamente debe entenderse.

---

Una de esas modestas casitas estaba habitada por una familia de la cual formaba parte la mas gallarda moza de la comarca.

De brava estampa, y aunque no pasaba de los veinte, algo metida en libras; ojos negros, de mirada franca y expresiva; labios finos del color, como las mejillas, de cereza no del todo madura (fruto del que se recojía buena cosecha en casa), boca algo grande, pero capaz de volver turulato á un picacho de aquellos montes cuando sonreía, garganta.... ¡De aquí no paso!

Los mozos de por allí, que se hallaban en estado de merecer, solicitaban todos las primicias de su amor, y todos con *buen fin*. Así que, siguiendo las costumbres del pueblo, tenía que soportar, las más de las noches, la fastidiosa conversación de seis ú ocho enamorados, entre los cuales se establecía turno riguroso y período igualmente riguroso para hablar con ella. Entre tanto los demás, en el punto más retirado de la estancia, hacían la corte á los padres.

¡Poco gusto que tuvo ella durante bastante tiempo en dar de codo á sus rendidos galanes, y en reirse de algunos de ellos á boca llena!.... Pero que al fin, como su corazón no era ni con mucho de dura roca, y uno de aquellos, que no era ni buen mozo ni guapo, tenía sal en la mollera, y decía con mucha gracia las cosas, acabó por caerla en gracia, y lo que era peor todavía, en sentir desasosiego la noche que él no venía, y en no querer conceder la merced de una mirada, ni ménos de una palabra á los otros cuando él estaba y cuando no estaba tampoco.

Parece que esto es amor en toda tierra de garbanzos; y entendiéndolo así los demás, ménos dos, á quienes el diablo de los celos había robado el sentido, dejaron definitivamente el campo libre al afortunado mozo.

---

Pasaron dias. Hubo dimes y diretes entre los amantes; celillos, *morros* algunas veces.

—¡Eres un acá!

—¡Y tú una allá!

—¡Te ví con fulano!

—¡Sé que á zutano lo miras con buenos ojos!

—¡Con los que tengo!

—¿Por qué Dios consentirá que yo ame tanto á esta ingrata?

—¡Daría cualquiera cosa por no quererte ni *pizca*!!

Como ustedes ven, hacía ya falta la bendición del cura; y parece que los padres respectivos, opinando de igual manera, comenzaron sin más demora á entablar las negociaciones previas.

Quienes no estaban conformes con semejante solución eran los otros dos mastuerzos que no dejaron de asistir una noche, teniendo que conversar siempre con los padres; pues ella se había negado en absoluto á darles audiencia en ningún caso, ni aún en los momentos de enfado con su novio.

No estando conformes, trataron de estorbarlo.



¿Y qué hicieron los muy brutos?

Muy sencillo. Acordaron solemnizar la víspera del primer *pregón* arrimando una paliza al novio; procedimiento que, por otra parte, está hoy bastante admitido por esos pueblos, y que ya no sorprende á nadie; exclusión hecha del que recibe el obsequio, quien por lo ménos, no debe encontrarle del todo desagradable.

Pero no contaron con la huéspeda.

La huéspeda fué la novia, como verán ustedes.



En los pueblos, cuando no se dispone de otra cosa, es muy común ceder en dote los padres á los novios, amen de los utensilios indispensables en el nido, esta ó la otra finca que se lleva en colonia, ó parte de ella. Aquí estriban las principales dificultades con que se suele tropezar; y no pocas veces por esto, ó por cualquier trebejo del ajuar se suspende el matrimonio, y no se firma la escritura esponsalicia, ya redactada, porque el padre ó la madre de cualquiera de los contrayentes recuerda que tal cosa prometida ántes de llegar á la notaría dejó de especificarse al señalar la dote.

Si los novios lo sienten, que rabien.

A nuestros protagonistas no les pasó nada de eso. Todas las cuestiones de intereses se arreglaron bien.

---

¡Pueden ustedes figurarse como estarían los dos consabidos cuando se les notificó solemnemente el próximo enlace!...

Lo prometido es deuda, se dijeron uno á otro.

Y, en efecto, adoptaron las disposiciones convenientes para que recibiese á todo su gusto (el de ellos) el regalo de boda que le preparaban.

Algo les contrarió, sin embargo, que la noche escogida fuera de luna; contrariedad que no les hizo desistir de su propósito porque se hallaba contrapetada con lo favorable del sitio escogido para el sacrificio, que era la calleja á poca distancia de la casa, sitio oscuro por formar especie de túnel el ramaje de unos castaños laterales.

---

Aquella noche ellos se despidieron ántes de la hora que tenían por costumbre, sin tomarse la molestia de alegar razón ninguna, aunque pudo sospecharse que sería para no estorbar en esos momentos á los dichosos amantes, que los dedican á formar proyectos (es la regla) para el porvenir.

Algo de siniestro debió de ver Pilar (que tal era el nombre de la novia) en la mirada de uno de ellos, y en la sonrisa del otro al despedirse. Lo cierto es que se puso intranquila, que su intranquilidad subió de punto cuando una hora despues su novio le dijo, "¡hasta mañana!" con ese tono peculiar del enamorado que está próximo á ser marido, y, previendo algo sério—y sin que sus padres, ya acostados, lo entendieran—no se anduvo en repulgos, apagó la luz, cojió un palo de acebo, fuerte y nudoso, y se echó al campo con la resolución de quien instintivamente sabe que vá á realizar un gran acto.

---

Y su instinto no la engañó! Primero oyó un golpe seco al que

siguió una frase enérgica, después interjecciones y garrotazos mezclados.

Perico (así se llamaba el agredido, sinó lo hé dicho ántes) era sumamente hábil en la esgrima del palo. El primer golpe vino á ahuyentar las dulces ideas con que se iba regodeando; dió un salto de gato montés, se puso en guardia y comenzó á parar los ataques de enemigos invisibles, avanzando, de espalda, hácia un punto donde la *sebe* era menos espesa, y de otro salto agilísimo salvó el vallado, quedando en sitio descubierto adonde le siguieron sus enemigos por ser muy apropiado.... para sus propósitos. Allí podía ser atacado de frente y de flanco; por mucha que fuese su agilidad tendría que sucumbir al fin.

Pero un nuevo campeón decidió la contienda á su favor: Pilar, como el César, llegó, vió y venció. Daba con rapidez; sus garrotazos denotaban un brazo vigoroso adiestrado en esta clase de lides; sólo esta frase se escapó de su boca al tener uno en tierra: ¡Animo, Perico!

.....

La amazona oyó palmas al día siguiente en el lugar. Su heroica conducta, merced á la cual el que iba á ser dentro de poco su marido estaba sano y salvo, y en disposición de cumplir sus deberes matrimoniales, fué traída y llevada y admirada por el vecindario.

Los agresores heridos y avergonzados.

El novio muy satisfecho.

De todas maneras, ¡oh, amado Teotimo! no te aconsejo, ni ménos te receto tan brava compañera.... porque el mundo dá muchas vueltas.

EL CARBAYÓN.

---

# LOS REYES.

---

**E**RA la hora medrosa en que las brujas montan en sendos palos de escoba para acudir al aquelarre. La nieve, que al parecer se había propuesto tapar caminos y veredas para que el pasajero ignorase dónde ponía el pié y se rompiese la crisma, enviaba copioso ejército de anchas y secas partículas que respondían brillantemente al fin caritativo que se deseaba.

De vez en cuando el horizonte hacía un guiño deslumbrador, que era seguido de un rumor sordo, amenazador y breve. Parece que, sin más explicación, se entiende que había relámpagos y truenos, si bien el sonido de éstos era sumamente opaco, como si tuviera que romper espesas capas de algo que dificultaba el avance de las ondas sonoras de la noche.

Las lechuzas daban al espacio su singular modo de expresión, que algunos relacionan con la merma del aceite en las lámparas de las iglesias: las pobrecitas pagan pecados de sacristanes y monagos que suelen aplicar á su intención la piedad de los fieles.

Los niños colocaban la cestita ó el zapato en el lugar de costumbre, y se dormían sonrientes, soñando ya con el presente de los Magos.

---

La verdad es que la noche de Reyes de aquel año era tal cual queda descrita, y si no había nieve por los suelos, no era porque la estación no lo reclamase. La noche del 5 de Enero debe ser todos los años como esa pintada más arriba, y lo contrario es tan lógico como la nieve en el mes de San Juan.

Muchos caballeros se habían lanzado á otra parte en espera de los Reyes. A pesar del frío, sudaban. Tampoco había en ellos más movimiento que el producido por la violenta agitación de su espíritu.

Las miradas todas estaban fijas en un punto: era el oriente en el cual esperaban luciese la estrella que les anunciase la llegada de su ventura.

Sería un desencanto feróz que los consabidos les diesen chasco; pero, nó, nó podía ser. La estatua misma del Comendador no supo sustraerse á la palabra empeñada y asistió á la cena á que fuera invitado por el romancesco D. Juan.

En su noche clásica, los nobles Príncipes no dejarían de responder á la fervorosa evocación de sus adoradores.

Parecía que la voz había resonado en el espacio. Ella sola encerraba un tesoro de literatura trágica, ó cómica, ó burlesca, ó junto y revuelto á guisa de inexplicable mescolanza.

Las pasiones se asomaban á los ojos; las miradas se concentraban en un punto. En los cerebros había un formidable hervidero de ideas y propósitos.

Indudablemente, el punto citado era la estrella feliz para algunos.



La voz movió de nuevo las enrarecidas capas de la caldeada atmósfera; fuera, la ventisca también quemaba.

Desaparecieron las primeras hojas; la estrella avanzaba, y no tardó en estar perfectamente perceptible para álguien, que sintió refrigerado su espíritu por una esperanza que tenía sus puntas y ribetes de fundadas.

Otros semblantes palidieron hasta el punto de ponerse lívidos.

.....  
Sigue un breve rumor que producen bostezos contenidos, interjecciones que asoman á los labios á pesar de titánicos esfuerzos,



frases de desencanto, ruido de monedas que parece resisten á cambiar tan ignominiosamente de domicilio, tensión de piernas, peticiones de licor al mozo.....



El banquero acaba de hacer su agosto: los puntos más fuertes, que habian consagrado aquella noche sumas respetables en aras de los reyes que esperaban, se vieron chasqueados.

El de copas, el de bastos, el de espadas, todos ellos, por temor sin duda al frío de la noche, se rebujaron bien entre las demás hojas del nefasto libro, y jugaron el gran bromazo á sus adoradores.

EL CARBAYÓN.

7 de Enero del 82.



---

# PISTO.

**A** *Correspondencia de España* viene publicando hace dias el siguiente anuncio, redactado con habilidad, y encabezado con gruesos caracteres que dicen: REGALO. Como á esta voz nadie le hace áscos, todo el mundo se fija en aquéllo, y léc:

"La persona que desée recibir el de un bono de veinte reales de participación gratuita en un billete de la Lotería Nacional Española para el sorteo del 23 de Diciembre del corriente año, se dirigirá en carta franqueada ó tarjeta postal sin enviar sello para la contestación á MRS. FRAMM Y COMPAÑÍA, 47, Rue des Petites Ecuries, 47."

Primero que el eco imparcial de la opinión y de la prensa, dió la singular noticia *El Carbayón*; pero, conociendo por el texto de la misma que se trataba de algo que indudablemente obedecía á una idea oculta que por el momento no se podía explicar, aprovechó la coyuntura que se le presentaba de hacer una buena gacetilla, y á esa sección fueron á parar los señores Framm y Compañía de París.

Antes que la gacetilla apareciese, ya iba carta mía en demanda del bono de veinte reales de participación gratuita en un billete de la Lotería Nacional Española. Hago esta franca, sincera

y explícita confesión sin que el rubor me escalde la mejilla, como dicen que dijo no sé qué poeta, porque al fin y al cabo yo tengo el inquebrantable propósito de salir de ochavo por todos los medios legales, y ese es uno de los consentidos por las leyes y autorizados por el Gobierno.

Como no tengo nada de perspicuo, mis pensamientos se encaminaron naturalmente por rumbo distinto del que seguía el móvil que había inspirado aquellas tentadoras líneas. Me permití suponer en los *monsieures* que las suscribían el propósito de averiguar el número de tontos que había en España; pero, tomándolo por el camino de la lotería, tenían que sumar á todos los españoles: hagan ustedes cuenta que yo soy uno de tantos.

¿No podía ser también que Framm y Compañía perteneciesen á alguna sociedad formada por unos cuantos millonarios filantrópicos que se hubieran propuesto hacer el bien de esa manera...

¿O que habiendo adquirido por malas artes el cuantioso capital que disfrutaban, y desconociendo á los despojados, su conciencia despierta á última hora, les aconsejase hacer la restitución valiéndose de ese medio?....

A un lado cavilosasidades inútiles. ¿Qué aventuraba yo en último término? Veinticinco céntimos de peseta, cantidad que bien mirado, todavía no he logrado averiguar en qué me fundo para despreciarla así.

Pero, en fin, allá se fué.... Acaso ese real del sello, me dije, sea la poderosa palanca que detenga por un instante no más delante de mi puerta, la rueda en que asienta su *zurdo* pié la Fortuna, esa loca deidad á quien la Mitología representa ciega, calva y con alas en los piés.... ¡Mira tú si me dará yo tono con las veinticinco mil pesetas que corresponden al bono en cuestión!....

Calculen ustedes lo que yo seré el día que vea por mi esos cuartejos, cuando ya se me escapaba el *tuteo*....

---

Como en España también suelen llegar, de vez en cuando, las cartas á poder de las personas á quienes van dirigidas, ayer ó

anteayer, ó más ántes, el día no importa, recibí un pliego franqueado con un sello de impresos, un cuarto de céntimo de peseta. El sobre no venía pegado, lo cual demuestra que no son conocidas allende el Pirineo las disposiciones del particular que rigen en nuestro bienaventurado país.

Del cartapacio saqué dos sobres impresos, una circular impresa, un anuncio impreso con muchos millones de reales en guarismos un boletín de pedido á la *caisse continentale*, también impreso, y la seguridad de recibir el bono *gratuito* en cuestión... si remitía sin pérdida de tiempo 126 reales en libranza del giro mútuo sobre Madrid ó Barcelona ó en letras de fácil cobro sobre París. La urgencia del envío se encarecía mucho: había de ser antes del día 15 á más tardar....

¡Quedé como el palurdo á quien por desconocido modo se le escapa la dorada moneda que ya casi tenía atrapada entre los dedos, y contempla cómo buen número de espectadores se ríen de su candidéz desde portales y balcones...

Los cien mil realazos que ya había visto en sueños y con cuyas monedas había pasado buenos ratos contándolas repetidas veces y examinándolas por si me habían encajado alguna falsa ó con algunos gramos ménos del peso, desaparecieron como por ensalmo: allá se fueron en su compañía los propósitos, unos buenos, otros medianos y no pocos, ménos que medianos, nacidos al vivificador calorcillo del codiciado metal.

¡Seis duros y seis reales se me pedían, nada más, para tener opción al bono *gratuito* de cinco pesetas, de nuestra lotería magna!... Sarcasmo más arrogantemente lanzado á la cara de los españoles, ni con más gracia, ni más hábilmente, los nacidos no lo vieron...

Es verdad que también daba derecho á otro billete para varios sorteos de amortización de los empréstitos de la ciudad de París, á cuyo municipio, por lo visto, le parece conveniente y hasta muy lógico salir de apuros con el dinero de los españoles.

Pero, ¿qué no puede esperarse de un país donde, además de la lotería y múltiples rifas de casa, se juega á la famosísima lotería alemana, que paga en nuevos billetes de la misma cuando lanzan un premio á guisa de cebo, por esta parte, donde se ha dado el caso inverosímil (si se cuenta eso en una novela de á *cuartillo* la dósis, nadie lo crée) de la existencia real,—¡y tan real!— de Doña Baldomera?

Para terminar: si la muy noble ciudad de París esperaba por mi dinero para *desempufarse*, se ha llevado chasco.

¡Todavía me acusa la conciencia por el despilfarro de los 25 céntimos de peseta en el sello de franqueo!....

EL CARBAYÓN.

17 de Diciembre del 81.



---

# CARTA CONFIDENCIAL.

---

Amigo A:

**C**ON que te has *dido*? ¿Con que es verdad que te has metido en Madrid, ese centro de muchas cosas que són malas por su propia naturaleza y de otras que se vician al contacto? ¡Ay amigo A., Dios saque triunfante tu virtud de esa corruptora atmósfera, y si algún día te nombran ministro acuérdate de mí!

La presente sólo tiene por objeto ponerte al tanto de lo que por aquí pasa. Las cosas no han variado mucho. En la calle de Uría están edificando otro *chaleco*, ó chalet, ó como se diga, y ya está fuera de cimientos. Te hago este recuerdo porque quiero que sepas que según la prisa que se dan los que pueden para adquirir solares en aquel sitio y habilitarse morada, no va á quedar espacio para el nuestro que, como sabes, ha de ser como el del arquitecto, que es el que más nos gusta, si bien su aspecto general difiere bastante de nuestros gustos arquitectónicos.

En cierto modo me alegro; yo soy partidario de luz, mucha luz, más luz todavía, y que el sitio esté bañado por todos los

vientos del cuadrante; así ya tengo elegido sitio.... ¿Qué te parece la cima de Naranco?.... Porque, para cuando yo tenga dinero, de fijo la población, que se inclina hácia aquel lado, no me deja espacio para edificar más que en la cresta del monte.

---

Aquí apenas se nota que el señor de Camacho sea ministro de Hacienda: todo el mundo se casa como si tal cosa. Sin ir más lejos, el sábado hubo catorce bodas que yo sepa. La primavera hace á la gente muy irreflexiva; y ahora estamos precisamente en el mes que los revolucionarios del 93 llamaban *germinal*.

Como ves, esos casamientos se imponen como el brote á la flor. ¿Quién piensa en las amarguras de un porvenir más ó ménos inmediato? Amar y ser amado. Confusión ó amalgama de sentimientos, aspiraciones, sueños por el momento; más tarde las realidades de la vida se encargan de desbrozar esto, y entónces se cae en la cuenta de lo sériamente que suele embromar á las gentes aquella sentencia del Koran del amor que dice:

—Contigo.... pan y cebolla.

—Contigo.... pan y jamon, como dicen los que algo entienden de estas cosas.

---

Acabo de dar mi paseo de los domingos. Aquellos viejos robes que un dia tuvieron su vida pendiente de un capricho, vistieron su traje de la época. Yo te cito sólo esos porque eran precisamente los que más llamaban nuestra ateneión por su *temperamento resistente*; es decir, porque no soltaban la hoja ni á tres tirones.

Las espineras embalsamaban el paseo. La concurrencia fué numerosa; había lujo de hermosura, salvo algunos *federicos* que hacían á modo de excepeión de la regla.

---

En la Herradura ví vários argumentos humanos en favor de

la teoría de Darwin. Afortunadamente no abundan; pues de otro modo sería cosa de tomar en serio la ascendencia que á la especie humana le atribuye el sábio inglés.

Y sinó ahí tienes al *hijo*, que no me dejará mentir. ¡Qué cára, qué visages, qué movilidad en sus ojos!... ¡Qué *fisonosuya* más expresiva!...

Por lo demás, hizo las delicias, como siempre, de la gente bailadora y de no pocos espectadores; y al otro extremo llenaban igual misión el *padre* y el Paganini del bombo que se han fusionado.

---

Escribo esta carta á escape, porque carezco de tiempo material para recoger los recuerdos y trasladarlos al papel. Hubiera querido darte una revista minuciosa de todo lo que pasa por aquí para meterte *dentera* y ver si despertaba en tí la *nostalgia* del país y abandonabas esa moderna Babel. Otro día será.

Por hoy sólo puedo decirte que soñé que había perdido la torre de la Catedral de vista, y cuando desperté sentí el consuelo que se experimenta cuando se sale de una pesadilla llena de endriagos, esqueletos, brujas por los aires, etc., etc.

Sin más por hoy darás expresiones á todos los que no pregunten por mí; es decir, á todos los habitantes de la coronada villa, y sabes te apreciaba.

EL CARBAYÓN.



---

## LOS LECTORES DE GORRA.

**A**BUNDAN como las florecillas en los campos, cuando la primavera hace despertar á la naturaleza del letárgico sueño en que la tuvo sumida el crudo invierno, ese aterrido vegetorio, cruel y sañudo que nos fustiga con sus cierzos y sus hielos, y nos asesina con sus pulmonías, sus catarros y demás enfermedades que forman parte de su estado mayor.

Los lectores gorreros ó de *gorra*, no se conforman con leer gratis cuantos libros pueden, sinó que, para que al dueño del ejemplar de la obra le quede espacio en la estantería para colocar otro, no se le devuelven, y así, poco á poco, van formando una biblioteca que obtienen sin afanes ni dispendios.

Ellos no creen que cometen el delito de hurto: no reconocen que el libro se adquirió previo el desembolso de cuatro ó cinco duros, y que es esa, precisamente, la suma que *limpian* al propietario.

Debiera proscribirse totalmente esa clase de préstamos; es más, á nadie debiera reconocérsele el derecho de prestar un libro ó un periódico; más aún, debiera existir una penalidad aplicable al caso, que castigara por igual al prestamista y al *gorrón*.

De esta penalidad sólo excluiríamos al que prestara.... con interés.

El que presta el libro que adquiere, al ejercer ese acto de propiedad, ocasiona indiscutiblemente un perjuicio á tercero.

El lector de *gorra* pide el libro porque desea leerlo; ese deseo se avivaría con la negativa, y continuando ésta, le compraría al fin, resultando que el autor obtendría los legítimos rendimientos con que soñaba cuando exprimía sobre las cuartillas los frutos más ó ménos sazonados de su inteligencia.

Sus esperanzas no se verían defraudadas, sobre todo si el libro, producto de vigiliass sin cuento, merecía un éxito lisonjero, puesto que al cundir en alas de la fama la noticia de su mérito, los señores *gorristas*, no teniendo posibilidad de obtener el libro por aquel cómodo y barato procedimiento, se apresurarían á adquirirlo previo el consiguiente desembolso en metálico con lo cual el autor obtenía el merecido premio, y no sucedería como ahora, que por andar los libros de mano en mano no se venden ó se venden pocos.

Porque es de tener en cuenta que en los lectores *gorristas* la afición á la lectura es decidida: leen con ensañamiento: cuando cojen un periódico (que muy contadas veces compran porque los pagan otros para ellos) suelen dormirse con él en la mano: el título, los precios y puntos de suscripción, el artículo, los sueltos, las gacetas, el pié de imprenta, los anuncios de la cuarta plana, todo es objeto de su minuciosa atención: leen mucho y aprisa y aun así no les ocupa ménos de una hora la lectura de cualquier diario de los que andan por ahí de tamaño regular.

Con el libro sucede más: como generalmente abrigan el propósito de no devolverlo, se toman la eternidad para recorrer sus páginas. Si el propietario lo reclama, se disculpan de cualquiera manera, prometen devolverle mañana y ese mañana no llega nunca.

Es claro que las indirectas les producen el mismo efecto que la caída del agua en los terrenos pedregosos.

¿Quiere esto decir que los lectores de *gorra* no són personas honradas; que són unos acá y allá?

Nó, por cierto; sinó que el libro es considerado por ellos como una propiedad *mostrenca*, y cuando llega á sus manos se la apropian como si tal cosa.

Vamos á ver, no podría escojirse un medio de hacer que desaparezca esa plaga, ó de que cese en los lectores *gorristas* el vicio de leer de *gorra*?

Vean Vds. si les ocurre uno delicado, porque no vale encerrarse en una negativa absoluta; ya que en el Código no sea posible estampar un articulito que dijera: "El delito de prestar un libro será penado con veinte años de presidio correccional y *acesorias*," el cual serviría para escudarse de los ataques de aquellos señores, conviene buscar una excusa adecuada que nó nos ponga en el caso de perder al amigo.

Yo tengo una para mi uso particular que no les recomiendo á Vds. porque no tiene nada de fina.

"Ni admito en préstamo libro alguno, ni presto los que adquiero previo el consiguiente desembolso"

Confieso que esta fórmula me ha dado desde que la adopté excelentes resultados.

EL PORVENIR DE ASTURIAS.

9 de Enero del 84





# ÍNDICE.

## PÁGINAS.

|                                                                                                                                                                                                                                  |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| A los lectores. . . . .                                                                                                                                                                                                          | 3   |
| Noche buena, noche mala. (Episodio). . . . .                                                                                                                                                                                     | 7   |
| El premio gordo. . . . .                                                                                                                                                                                                         | 16  |
| Como caen los hombres.. . . .                                                                                                                                                                                                    | 20  |
| ¡Que venga ese batallón! . . . . .                                                                                                                                                                                               | 23  |
| Padres que teneis hijos..... . . . .                                                                                                                                                                                             | 27  |
| Marta y Maria. (Novela de D. Armando Palacio Valdés).. . . .                                                                                                                                                                     | 30  |
| Los ideales de Mingo. . . . .                                                                                                                                                                                                    | 34  |
| Los hombres útiles. . . . .                                                                                                                                                                                                      | 41  |
| El día 1.º de Noviembre. . . . .                                                                                                                                                                                                 | 44  |
| Nicudemus. (Fantasía nó del todo inverosímil). . . . .                                                                                                                                                                           | 49  |
| La media naranja. (Carta á mi amigo Juan).. . . .                                                                                                                                                                                | 54  |
| La media naranja. (Carta á un amigo que no quiere entrar<br>por el aro). . . . .                                                                                                                                                 | 57  |
| La Vendetta. . . . .                                                                                                                                                                                                             | 61  |
| Crónica de viaje. (A Langreo.—Rivalidades peligrosas.—El<br>tren en marcha.—Llegada á Sama.—¡Izar la bandera!—<br>El Campo de San Lorenzo.—Los kioskos.—La velada.—<br>Los bailes.— <i>Ache, i....—Mister Thweitt</i> ). . . . . | 65  |
| Pisto. (¡Adios!—La Pascua de Resurrección.—Los bollos.—<br>¡Eche Vd. cabritos.—¡A los huevos!). . . . .                                                                                                                          | 76  |
| Patifiesto. (A mis electores, digo, á mi elector). . . . .                                                                                                                                                                       | 79  |
| Ayer y hoy. (Historia que parece cuento). . . . .                                                                                                                                                                                | 81  |
| Pisto. (Sanos consejos.—Scila y Caribdis.—Plancha.—Un<br>Matein Sileno.—Ella, él y el tío.—Ojo al sombrero). . . . .                                                                                                             | 92  |
| El <i>printsno</i> . . . . .                                                                                                                                                                                                     | 95  |
| La seña del tres. (Amores de un viudo jóven). . . . .                                                                                                                                                                            | 98  |
| Desde el Jardín Botánico. . . . .                                                                                                                                                                                                | 103 |
| El mal de piedra del cerebro.. . . .                                                                                                                                                                                             | 106 |
| Historia de muchas. . . . .                                                                                                                                                                                                      | 112 |
| Las dos verbenas. . . . .                                                                                                                                                                                                        | 119 |
| El pié rojo. . . . .                                                                                                                                                                                                             | 124 |
| La plaza de toros. . . . .                                                                                                                                                                                                       | 129 |
| La estrella de rabo. . . . .                                                                                                                                                                                                     | 132 |
| Cosas de mi pueblo. . . . .                                                                                                                                                                                                      | 135 |
| Dos para dos. (Idilio.... por mal nombre). . . . .                                                                                                                                                                               | 140 |
| Los reyes. . . . .                                                                                                                                                                                                               | 145 |
| Pisto. . . . .                                                                                                                                                                                                                   | 148 |
| Carta confidencial.. . . .                                                                                                                                                                                                       | 152 |
| Los lectores de gorra. . . . .                                                                                                                                                                                                   | 155 |



INVOICE

## Puntos de venta

OTRERO.—Librerías de Galdá y J. Martínez. Calle  
Luzvimbo, Aspas, Vitoria.  
Y en el domicilio del autor, calle de San Domingo,  
25, principal, a quien se dirigen todos los pedidos.  
PAMPLONA.—Librerías Galdá y Sancho.

IMPRESO EN LA IMPRESA VIZCAYA DE GIL

## Puntos de venta.

---

OVIEDO.—Librerías de Galán y de Martínez; Cafés *Asturiano, Español, París*, etc.

Y en el domicilio del autor, calle de Santo Domingo, 25, principal, á quien se dirigirán todos los pedidos.

PROVINCIA.—Librerías, Cafés y Establecimientos balnearios.

PRECIO: UNA PESETA VEINTICINCO CÉNTIMOS.